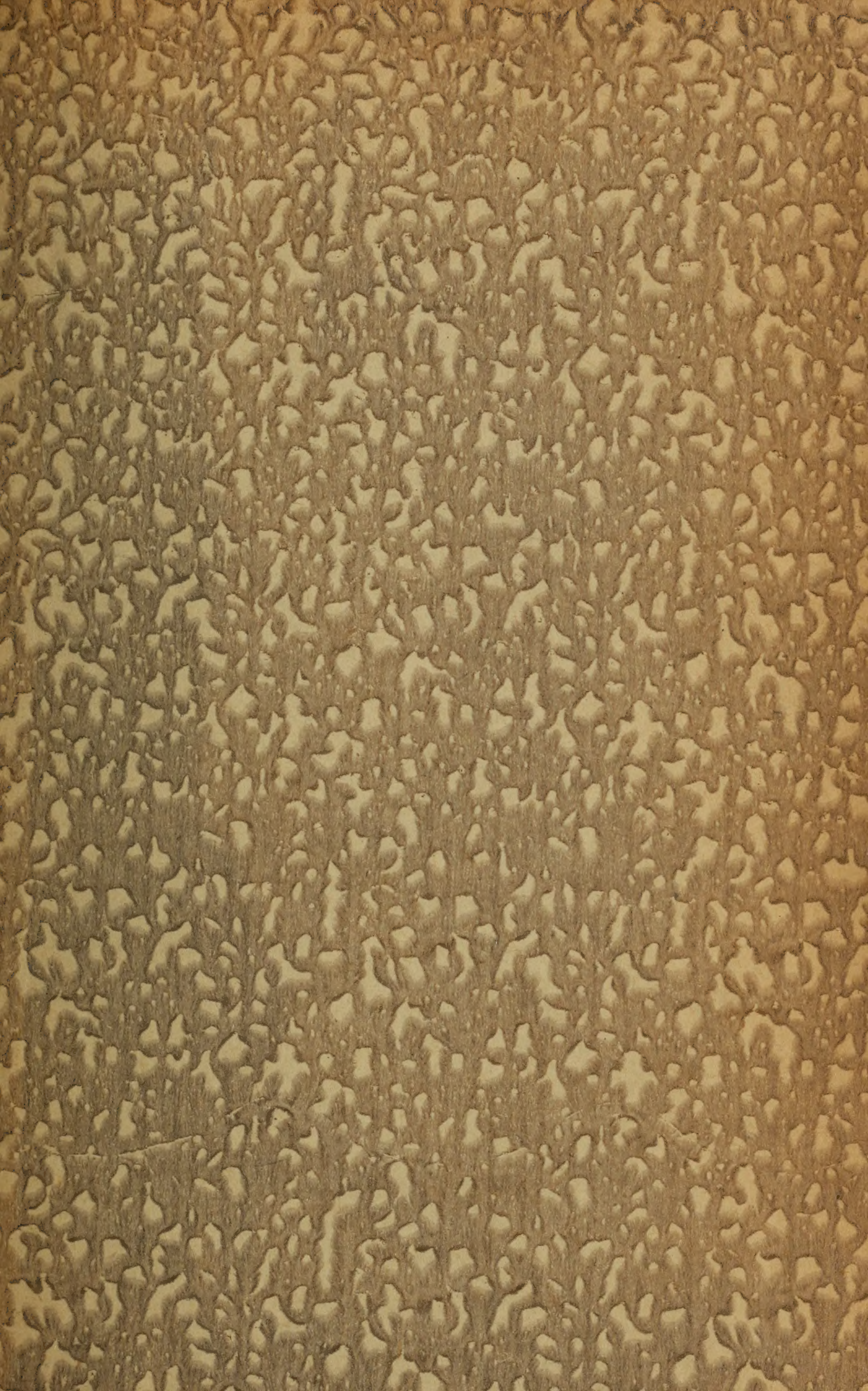

3 1761 08831832 4



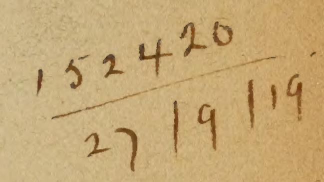


Joaquín Dicenta.

Paraíso perdido.

(Novela.)





Madrid: 1917

Librería de los Suc. de Hernando

Arenal, 11.

Madrid. — Imprenta de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

PARAÍSO PERDIDO

Paraíso perdido.

I

Es el paisaje de sensualidad virgiliana, con sus frondas, donde musica sus amores el ruiseñor; con sus camarines, ricos en artesonados de nardos, de claveles y rosas; con sus arroyos, que entre juncos murmuran; con sus praderas, que amapolas y margaritas y violetas esmaltan.

En el huerto arraigan los naranjos, esencieros de azahar, orfebrerías naturales que, bajo ramas de esmeralda, columpian sus fragantes cairelès de oro; cerca de ellos crecen higueras de sombrío ramaje y meloso fruto, granadas de roja floración, almendros de capullaje lácteo.

Sobre una colina que corta el horizonte, esplende la vid, dando al aire sus botoncillos negros o sus ambarinos borlones; olivos que parecen hechos por el lápiz fantaseador de Dorée, se retuercen contra la atmósfera; altas palmeras suben en dirección del cielo, sacudiendo al aire sus puntiagudos penachos.

En una planicie se alza la casería, con sus muros de nácar y su árabe azotea y su portón que, endoselado por el ancho parral, se abre frente al pozo, en cuyo brocal asienta el cubo a la espera de que una Rebeca lo vacíe en su ánfora, de un Eliazar que apague en sus bordes la sed.

Las palomas tienden vuelo desde la azotea moruna; las gallinas picotean junto al portón; un gallo las vigila y defiende, irguiendo la bermeja cresta, guiñando los redondos ojos de brasa, afilando sus espolones, abriendo a la luz la multicolor paleta de su cola, lanzando al espacio las notas clarinescas de su quiquiriquí.

Como el bíblico Paraíso, llámase *Edén* este rinconcillo del mundo, que el sol meridional enluce con su rayear diamantino y la Diana de los helenos poetiza con los reflejos de su luz. En él, las ramas tienen chasquidos besadores, los arroyos cuchichean lascivias. El aire sabe a fruta.

Propiedad es el *Edén* de un señorón.

Como el Dios genesíaco, es dueño absoluto de

árboles y floresta, de praderas y arroyos, de cosas y animales.

En este paraíso quedó abandonada, por fallecimiento de sus padres y recogida por el colono, una chicuela de rizosa y negra pelambre, de ojos azules y labios bermejos como las flores del granado. Tiene por nombre Curra y por todo caudal un prometimiento de hembra hermosa. Aun es niña.

Descalza de pie y pierna, sueltos por el cuellecitro moreno los rizos de azabache, al aire los brazos, va y viene por la cocina de la casa, revolviendo los sarmientos que en la chimenea arden, espumando las ollas, escobando la cal del piso, enluciendo los azulejos que destellan al largo de los muros. Ella dispone el afrecho de las gallinas, la algarroba de las palomas, el yantar de los cerdos; ella vierte en el ánfora la cubeta recaudadora del aljibe. Ánfora en cadera, va de la casa al pozo y torna desde el pozo a la casa, haciendo competencia a los pájaros con los cantares de su boca.

Cuando el señorón, antiguo D. Juan, visita la finca, se tropieza con la chiquilla de ojos negros. Con los suyos la sigue, y una sonrisa enigmática descorre sus labios gruesos de déspota y gozador.

Curra tiene un amigo: Curro, el zagal que pasa a diario por los límites de la finca, camino del monte, al apacentamiento de un centenar de ovejas, cuyos blancos vellones tiemblan como copos

de nieve. No cumplió sus doce abriles el zagal y ya se gana la bazofia a golpe de honda y giro de báculo.

Cuando pasa por frente del *Edén* detiénese el zagal junto al pozo, descárgase del pesado zurrón y espera a Curra. Ésta llega a su encuentro risa en labios y ánfora en cintura. Los chiquillos platican; trazando él dibujos en la arena con el regatón de su palo, borrándolos ella con su desnudos pies.

El mastín los contempla; el ganado ramonea en los matorrales que suben verdeando los estribos de la montaña.

II

En el *Edén* va haciéndose Curra mujer en franca inocencia campesina, que no excluye el conocimiento de su propia belleza, ni el aprendizaje del amor. Dióse cuenta de la primera en los cristales del arroyo y en el espejo de las fuentes. Comparando allí con el de las otras hembras su rostro, con el de las otras mozas su cuerpo, halló que las sobrepujaba en pureza de líneas, en gracia de expresión. A fines de estío, en una fiesta calurosa, metióse en una enramada que se dobla contra el arroyo y dejó desnuda su carne. Antes de sumergirla en el frescor de la corriente, quiso mirarse en ella y vió la aurora de su pubertad haciéndose redondos globos sobre el pecho, curva amplia en las caderas, morbidez cilíndrica en los muslos, difuminación de suavísimos negros en el vientre y en la oquedad sedosa que junta el seno con los hombros. Contemplóse breves instantes con orgullo y, luego, avergonzada, dejóse envolver por la ondas. Sobre ella flotaron, como una espuma de azabaches, los rizos de su abundante cabellera.

Libro fué de amores — mejor que todos los escri-

tos — para su aprendizaje aquella naturaleza en perpetua nupcia; aves y cuadrúpedos, árboles y hierbas, flores y gotas de agua, cantaban en sus oídos a diario la canción del querer; abríase, delante de sus azules ojos, el poema donde se eternizan entre caricias las especies. Como tenía, sin apreciarlo bien, el concepto de su hermosura, tenía, sin sentirlo aún, el concepto del amor natural. Así como una vanidad inconsciente relampagueaba en sus pupilas cuando Curra se contemplaba en el arroyo, una ola de rubor, también inconsciente, enrojecía sus mejillas cuando dos pájaros se picoteaban sobre una rama, cuando dos flores se acariciaban enlazando sus tallos, o cuando el polen de una palmera, empujada hacia otra palmera por el viento, cosquilleaba el cutis de su rostro con el terciopelo de sus átomos.

También iba el pastorcillo adquiriendo imprecisamente el concepto de su gallarda varonía; también hacía en la montaña, entre el ganado y las salvajes bestezuelas, el aprendizaje del amor.

Pero todavía eran niños; la frase reveladora no sonó todavía para ellos. Aun jugaban en candoroso compadrazgo, en muchachil pareja; aun reía ella francamente si las manos de él la empujaban y la hacían rodar por tierra; aun prorrumpía él en carcajadas estruendosas si las manos de ella le zamarreaban el cuerpo.

Felices eran con sus juegos; dichosos como nadie en aquel *Edén,* mundo único por ellos conocido. Nada hacíales allí falta. Con su trabajo se ganaban el pan.

Ella era tratada con cariño por el colono y por la mujer del colono, còn gran afecto por el señor que, a las veces, durante sus estancias en el *Edén,* charlaba largo rato con la niña, más largo según que la niña iba creciendo. Hasta gustaba de hundir los dedos en su cabellera rizosa, de pasearle sus manos por la ambarina nuca, por la curva firme de los brazos. Una tarde, cogiéndola por las muñecas, la atrajo hacia él y la besó recreadamente en la cara. Fué a los pocos días de notificar a Curra el arroyo su nombramiento de mujer.

Sí; eran muy felices el pastorcillo y la rapaza. Más y más se querían según que pasaban los meses. No podían estar el uno sin el otro; buscábanse con cualquier pretexto. Muchas veces pació el ganado en libertad sobre los altos de la sierra, mientras su guardián dibujaba rayas junto al pozo y la niña borraba las rayas con los dedos de sus desnudos pies.

Y fué un crepúsculo, al comenzar la primavera, cuando ella sintió vergüenza al dar de espaldas contra el suelo, empujada por él; cuando él sufrió un escalofrío al sentir las manos de ella asirse de sus hombros.

Aquella noche el zagal se durmió pronunciando el nombre de Curra.

«¡Curro!», dijo la niña al echarse contra la almohada. «¡Curro!», repitió entornando los ojos.

Al repretárselos el sueño, jugaba aquel nombre entre sus labios.

III

— ¡Hermosa está como un sol la muchacha, Macario! Con la primavera granóse. Con la primavera se ha abierto el capullito de mujer. Tal que los del almendro y del naranjo en la huerta.

— Razón lleva el señor. Antiayer pasó junto a mí por la viña, y quedé embobado mirándola, tal que si por vez primera la viese. Y era la primera vez; que dejéla niña al acostarme, y al despertar halléla moza.

Así charlan bajo el emparrado, por donde el sol se filtra en lluvia de menudos topacios, el señor, dueño del *Edén,* y Macario, antiguo ayuda de cámara del hoy viejo D. Juan, administrador ahora de su finca, al pago de alcahueteos juveniles, que perduran en la vejez si se ofrece ocasión.

— Paciencia tuve — continúa el señor —. No era cosa de estropear el fruto antes que tocara sazón. No tendrá queja la Currita del trato que ha recibido hasta el presente. Menos quejas ha de tener, que no soy roñoso, y cuando me canse de ella, tendrá, como otras, su dote y marido poco aprensivo que cargue con las sobras... Ahora, sí; para mí la

quiero. En sazón está. El primer brote de la florecilla campestre ha de ser para mí. Por algo la fuí cultivando poco a poco; para algo la guardé bajo tu vigilancia. No creo que haya dificultades a su logro.

— ¡Qué ha de haberlas, señor! Igual que a otras ocurriràle. Caerá sin darse cuenta. Estas rosas tempranas no tienen tiempo para criar en el tallo espinas.

— Pues mañana al entrar la noche será. Ya su hermosura prende fuego a mi sangre. A más, no es cosa de que nos descuidemos y un gañán prenda en su chaqueta el capullo que para mi ojal cultivé. Si otra mano lo tocara antes que la mía, muriérame de rabia. No me gustan los frutos remordidos. Conque mañana, al ser noche, procura que tu mujer tenga faena en la ciudad; quedémonos solos: tú, en el huerto; yo, en mi gabinete con ella. Largas se me han de hacer estas veinticuatro horas.

— Como lo manda dispondráse.

Macario se aleja y el señor de las barbas blancas queda bajo los pámpanos, apurando a sorbos una copa de *wisky,* entredurmiéndose al beso del sol, que espolvorea sus cabellos de nieve.

IV

Días hace que se huyen, tal que si fueran enemigos, la moza y el zagal: si se encuentran, ella baja los párpados y se aleja más que de prisa; él frunce el entrecejo y torna la espalda, golpeando con su báculo el suelo.

Sin embargo, él la acecha a escondidas para recrearse en su contemplación; sin embargo, ella, cuando se halla segura de que él vuelve la espalda, torna la cabeza y le sigue en su viaje con acariciante mirada.

Amor prendió en ellos e hízolos, como a todos los hombres en los comienzos de una pasión, cobardes, recelosos y huraños. Amor es, cuando empieza, casi odio. En odio suele concluir.

Pero cuanto más se recelan y se huyen, más se necesitan y desean el zagal y la moza, más duran en el primero los anhelos, más, en la segunda, los ojeos acariciantes.

Y es una tarde, bajo la bóveda de flores, sobre los cojines de césped que tapizan el arroyuelo, donde se hallan de rostro a rostro Curra y el pastor. ¿Fué el encuentro casual? ¿Buscáronse hipó-

critamente? Inútil fuera preguntárselo. Ellos no han de decirlo. De rostro a rostro se hallan, cara a cara se miran: ella, ruborosa, con el pecho agitado por premuras del alentar; él, pálido, con la garganta seca y entre la garganta el suspiro.

— ¿Por qué me huyes? — dícele el zagal a la moza.

— ¡Huirte! — responde ella.

— Huirme. Bien lo veo; mal harías en negármelo. ¿Es que ya no me quieres, Curra?

— Eso dijératelo yo, y te dijera la verdad. Así que me hallas, tórnaste y corvas los hombros como si fuese yo el demonio.

— No demonio; ¡ángel eres que, con el batir de tus alas, me quitas el sueño y me partes el corazón!...

Cogidos por las manos, asientan los dos sobre la hierba. El ramaje, doblándose contra ellos, los difumina con su sombra; entre el ramaje canta un ruiseñor endechas amantes a su hembra; el arroyo se descompone en ondas besadoras; las partículas del aire gimen lascivamente; lascivamente vibran los átomos del sol; un viento embalsamado por todas las esencias del abril, estremece las hierbas. El silencio se hace. El ruiseñor lo rompe con un canto triunfal que rubrica la posesión de la hembra.

En brazos del zagal cae la moza; un beso les une; las ramas se doblan sobre ellos; el perfume de las

florecillas campestres, mezclándose a los cernidos átomos solares, incienso es de la nupcia...

Las ramas crujen; por entre ellas asoma la cabezota colérica del señor de las barbas blancas.

—¡Ah granujas! ¡Ah perdidos! ¡Ah miserables! —grita—. ¿Así pagáis el pan que os regalo? ¡Macario!... ¡Macario!... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Baja una estaca! ¡Échame, a garrotazo limpio, a estos sinvergüenzas del *Edén!*

V

En los límites del *Edén* está Macario, tranca en alto, expulsando a los pecadores. El señor se mesa la barba de nieve.

Adán y Eva siguen carretera adelante, apoyándose uno en otro, bajas las frentes, soboreando entre rubores el dolor gozoso de su caída...

EL "LOBO,,

El "Lobo"

I

En la noche destaca la silueta gris del presidio, edificado junto al mar. Las olas baten el cimiento y salpican los muros.

Los alertas del centinela viajan de garita a garita, amenazando con la muerte a quienes sueñan la evasión. El aire gruñe al entrar en los patios. La niebla se desploma contra el edificio y se ciñe a él en pliegues chorreantes. Sacudida por el vendaval, da la impresión de una hopa.

Recio es el vendaval. Sus rafagazos aúllan en la atmósfera canciones de agonía. Olas y truenos acompañan las estrofas del viento. Las olas no se ven; se las oye galopando sobre la niebla, rompien-

do, con gritos de espuma, en el rocaje. A veces abre un rayo las nubes. A su luz gallardean los airones blancos del mar.

Dentro del presidio suenan los pisares monótonos del centinela que pasa y repasa frente al portón de hierro; más dentro aún, se escucha el viaje de las rondas. Fuera éstos, ningún ruido humano estremece aquel mundo, aislado del nuestro con triple juego de cerrojos.

El portón abre contra un pasillo. Al frente del pasillo se tiende una reja espaciada con otra. Hay entre ambas hueco sobrado a impedir los garrazos del odio y las caricias del amor. Algo por el estilo existe en las casas de fieras.

El enrejado descubre un segundo portón. Camino ofrece a los interiores del presidio. Al abrirse el portón, quienes acuden de la calle, miran avanzar entre brumas a las criaturas del crimen. En aquellas brumas se abocetan caras de ansiedad, brazos temblorosos. Las criaturas de las leyendas infernales asoman en igual actitud, por el boquete que les permite ver el cielo. Aquí es realidad la leyenda.

En el patio, a esta hora de la media noche desierto, pelean gatazos de ojos relucientes y ratas de hocico respingón. Los gatos maúllan al meter sus uñas en la presa; las ratas se defienden a dentellazos.

En tales embites pierde algún felino la vida. Las

ratas mueren por docenas. Las supervivientes huyen, con la rapiñada piltrafa, a sus agujeros sin luz. Allí duermen, y se reparan, y se ayuntan, mientras impera el día. Cuando adviene la noche tornan al patio a rejugarse contra un desperdicio la piel. También esperan los gatos el advenimiento de la noche, entornando sus ojos amarillos y afilando sus uñas. Es una pelea que no acaba.

La de hoy tomó apariencias de batalla campal.

La marejada cubrió casi por completo el islote donde arraiga el presidio, y obligó a las ratas campesinas a guarecerse en él. Ganaron el patio por las grietas del murallón, por los vanos de las garitas, por los tubos de los vertederos. Mal las acogieron sus congéneres del interior: el hambre era larga y era escaso el botín. A disputárselo iban, cuando la presencia del común enemigo hizo la disputa alianza.

Los gatos cargaron en compacto escuadrón; las ratas opusieron al embite la muralla de sus líneas profundas. Rotos al fin los cuadros, empiezan los combates parciales. Algunas ratas yacen despanzurradas sobre los adoquines; otras huyen pidiendo asilo a la capilla, trinchera a los escombros, escondrijo a los pupitres de la escuela; muchas trepan escaleras arriba; no pocas se encaraman a los altos del murallón. Las más valerosas o las más hambrientas, resisten. La sangre chorrea por los tercio-

pelos gatunos; los roedores muerden en los carniceros hocicos, respondiendo al puñaleo de las uñas... Es, en la noche, como un símbolo aquel furioso batallar de alimañas.

Por la escalera central, que apenas esclarece un farol, se sube hasta los dormitorios.

Abajo, entre la capilla y la escuela, rompe un corredor que lleva a los calabozos de castigo. En ellos duermen ahora hombres encadenados. A cada vaivén de los cuerpos sigue un arrastre de cadena. De cama sirven las baldosas.

El dormir de estos hombres es estremecido e inquieto; el velar, huraño y feroz. Si cierran sus ojos, los párpados se recogen contra ellos, dibujando hipócritas arrugas; si los abren, la pupila gira recelosa en todas direcciones.

Comparados con ellos, son felices quienes duermen arriba.

Arriba las paredes chorrean humedad; la atmósfera, que el vaho de los adormidos cuerpos corrompe, se vicia al punto de encortinar los faroles suspendidos del techo. Los camastros son inhospitalarios, entre potro y jergón; los cabezales tiran más al guijo que a la pluma; las mantas componen mosaico de rasgaduras y remiendos. Hay que entredormir de ojos y oídos; quien respira cerca de cada cual, supone riesgo, no compañía.

Pero a la postre, en los dormitorios de arriba pue-

den estirarse las piernas sin recelar la mordedura del grillete; pueden extenderse los brazos sin que los refrene el serretazo de la esposa; pueden las manos subir hasta las alturas de la frente para aventar los remordimientos; pueden acudir sobre el corazón para acompañar, con el tictac de sus latidos, recuerdos y esperanzas.

Cincuenta hombres por lado hay en el dormitorio central. Cuatro dormitorios arrancan del primero, dibujando una cruz. Al reflejo de los faroles es muestrario horrible el ofrecido por aquellos semblantes. Más se aproximan, por su lineamiento y por su expresión, a la bestia que al hombre.

Hay caras chatas, con las orejas totalmente pegadas al resto de la piel, donde boca y nariz se confunden, modelando hocicos de dogo; las hay de frente angosta, de morros fruncidos, de ojos ambarinos de tigre; las hay inquietas, escamosas, oscilando en cuellos de culebra. Unas evocan el perfil astuto de los zorros; otras las redondeces papillosas del sapo; en algunas revive el sátiro de belfo desprendido y de mandíbula asesina...

Sobre tales rostros van y vienen, al imperio de la pesadilla, manos que se encorvan en garra, dedos que flotan en el aire como tentáculos de pulpo.

¡Trágica visión de hombres, vueltos a la primitiva animalidad por infamias de la herencia y del medio!... Bien están recluídos. Si un día estos hombres

se ofrecieran repentinamente, en montón, a la sociedad que los recluye, sería la mejor prueba de su bancarrota.

Ahora duermen o aparentan dormir. Dóciles a la estrecha consigna, ninguno remueve en su camastro, ningún arma se les recogió durante el cacheo nocturno.

¡Pero, ¡ay!, si entre aquellos hombres existe un plan, un concierto que precise la rebelión! A un gesto convenido saltarán del camastro, con las manos crispadas sobre las cachas de la navaja o sobre el mango del cuchillo.

¿Dónde hallarán los hierros? En cualquier escondite: entre la paja del jergón, en la vaciada suela de un zapato, en las grietas del muro, en los interiores de su cuerpo, convertido en estuche.

Herramienta en puño, acometerán la empresa concertada; embestirán, por conseguirla, contra sus guardadores, y será humana realidad el sangriento símbolo que representan en el patio los gatazos de ojos ambarinos y las ratas de hocico respingón.

Pajarito, dejándose escurrir por las sábanas, busca a rastras el camastro del *Jaro.* Su cara entrelarga de mujerzuela sonríe al silencio; sus pupilas dulzonas espían todo el largo del dormitorio.

— ¿Duermes, *Jaro?*—pregunta desde tierra, alargando el cuello, sin incorporarse aún, haciendo con las manos embudo.

— No — responde el *Jaro* —; esperaba.

— ¡Ay, nene!, el *viji* (1) no quería marcharse. ¡Josús, y qué gachó más pelma! Ganas me han dao de clavarlo contra la paré. ¡Hijo, ni tan siquiera un rato de expansión! La han tomao con nosotros. No nos dejan hablar de día y nos asepararán de noche. Por supuesto, como si no. ¿Y qué?—añade, alisándose el pelo, abierto en raya, con sus manos finas y breves, de uñas bien cuidadas—. ¿Estás decidío?

— ¡Pa chasco!

— La cosa no es difícil: saltar un muro, levantar la reja de un vertedero y quitar del mundo a un soldao. Sangrándole por el vano del hombro no dirá ni pío. Luego a nadar un poco. En tierra no faltarán escondeores... Ahora que, después, hace falta internarse... Pa esto necesitamos prático. Uno que conozca la sierra. El *Lobo* se la conoce a palmos. ¡Si quisiera el *Lobo!*... Ya tenía la guardia civil pa unos meses. ¿Te parece que le hablemos?

— Si quisiera el *Lobo*... ¿Quién mejor? No hay quien le aventaje pa tó. Eres tú quien eres, y le tiés que respetar.

— Ya, ya... Por eso convendría que se najara con nosotros. Los tres en la sierra y ca uno de los tres con un rifle... Hay que hablarle. ¿Te paece bien, nene?

---

(1) Vigilante.

— ¡Digo!... ¡Como quisiera el *Lobo...!*

Los dos miran hacia un camastro que enfronta con la puerta. En él descansa un viejo de cara renegrida y feroz. De lobo son sus dientes. Dos manos velludas se crispan sobre los pliegues de la manta. La cara es horrible: de achatada nariz, de pómulos salientes. Las cejas, ásperas, descuelgan por cima de los párpados y forman con las pestañas matorral. Difícil es averiguar, entre aquella espesura, si velan o si duermen los ojos.

— Los propios lobos se asustarían de él cuando andaba suelto por el monte—murmura *Pajarito*—. Hay que hablarle. Si no le conviene callará: el *Lobo* no es *chiva* (1). El que es chiva es el *Malagueño*. Pa mí que ha ido con lo nuestro a la Direción, y pa mí que antes de pirar voy a darle un recao. Total, otro homicidio. Si *piramos* (2), salú, y si no *piramos*... Por homicidio no ahorcan... Años de condena no me caben ya más. Estoy lleno pa cuatro vidas. ¡Que echen años! Lo mismo que si echaran confites. ¡Como no los cumpla Matusalén!...

— De manera...

— Que mañana le hablas tú, *Jaro;* contigo tié más confianza. Hay que darse prisa. Pronto viene el diretor nuevo. ¡Un tío, créemelo; un tío! Le conozco

(1) Delator.
(2) Escapar.

de otros penales. Por supuesto, ése concluye mal. Me voy, no dé la vuelta el *viji.* ¡Ay, hijo, qué esaborición!... ¡Miá tú que separarnos!... No te olvides: saltar un muro, levantar un enrejao y darle *mulé* (1) a un centinela. Quéate con Dios, niño.

Pajarito vuelve a su camastro; el *Jaro* se remete en el suyo. Fuera rugen olas y vientos. El rayo culebrea en las nubes... Poco a poco una claridad lívida se extiende por el dormitorio: es el alba.

— «¡Alerta!...», vocea un centinela.

«¡Alerta!... ¡Alerta!...», van respondiendo de garita a garita.

Pajarito sigue los «alertas» con sonrisa enigmática. Sus manos, de uñas bien cuidadas, pasan y repasan mimosas por su cara de mujerzuela.

---

(1) Muerte.

II

En el patio gozan del meridiano asueto los hombres del penal. Algunos pasean aparejados, charlando en baja voz, suspendiendo el diálogo cuando un extraño se aproxima; otros forman corro, en cuclillas, para oír lecturas de periódico; en un grupo juegan al moscardón; los cachetes crujen como trallazos; la *morralla* improvisa un *nabero;* los zurriagos se rellenan con guijos para que levanten cardenal. Amparados con una saliente de pared, y seguros de quien está de *tapia* (1), diez o doce reclusos envidan su dinero a los naipes. Se envida en silencio, se jura con los ojos; los dedos tiemblan cuando recogen la ganancia; los alientos jadean, aguardando el fallo del azar. *Pajarito* es juez en las disputas y cobra, por fuero de guapeza, el tanto de baraja.

Al fondo del patio, asentado sobre los adoquines, hace el *Lobo* calceta. Una pipa de barro baila entre sus dientes. De tiempo en tiempo da un chu-

(1) Vigilando para evitar que sean sorprendidos.

pazo; el humo corona el cazolete de la pipa y sube a la atmósfera dibujando espirales. Para seguir estas espirales alza los párpados el *Lobo*. Las espirales se pierden en lo azul, y el *Lobo* torna a bajar los párpados, a seguir el cruce de las agujas en la media.

Iluminada por el sol, es aún más repulsiva que en la semisombra del dormitorio la figura del *Lobo*.

El cabello le arranca de las cejas; apenas si una tira de piel recuerda el sitio de la frente; los ojos son de un negro rojizo, como brasa a medio encender; la nariz se aplasta contra el pómulo; la boca se rasga en dirección de las orejas; una ancha cicatriz parte de dos en dos su cráneo; el viaje de una bala abrió una estrella en sus carrillos. Los hombros son anchos, sin cuello que los separe de la nuca; las piernas cortas; los brazos, que a todo su largor rebasan las corvas, rememoran los del gorila.

Fuertes son como los del gorila. Por sí solos, sin auxilio de aceros, mantuvieron la supremacía del *Lobo* en todos los penales. Para quien llegó a sus alcances ganoso de pelea, fué el abrazo mortal.

No mermaron al *Lobo*, los sesenta años de su edad, fortaleza y bravura. De ahí que entre las criaturas del grillete sea temido, única manera de ser entre ellas respetado. Los guapos, mangoneadores y reyezuelos del penal, rinden vasallaje a aquel anciano solitario y esquivo.

— ¿Estorba mi compaña? — le pregunta el *Jaro,* acercándose.

— No. ¿Qué hay?

— Que yo y *Pajarito* vamos a *pirarnos* de aquí.

— Buen viaje.

— No es eso.

— ¿Qué es? Váciate.

— Que pensamos ganar la sierra después de la evasión.

— ¡La sierra!...

Los párpados del *Lobo* se alzan, descubriendo sus pupilas de carbón a medio encender. Rojas están ahora del todo, llameantes, incendiadas por el recuerdo.

Dura ello un segundo; después el llameo se extingue, los párpados tornan a caer; tornan las agujas a ir y venir por el estambre.

— ¡La sierra!...—repite—. No hay escondite más seguro. Sólo que hace falta sabérsela bien y saber llevárselas con pastores y cortijeros. De no, a los tres días en el lazo.

— Por eso nos hemos acordao de ti. Si quisieras *najar* (1) con nosotros... Tú serías el amo.

— Aquí tamién lo soy.

— Pero en la sierra fuiste rey.

— Ocho años me duró. A no venderme aquel

(1) Escapar.

perro, aún me duraría. ¡Cochino!... Llevó a los guardias a mi cueva. Dormío estaba. Cuando quise echar mano del rifle tenía seis balas en el cuerpo. ¡Yo que fiaba en él!... En fin... Ya me pagó su conque. Roando, roando dió en un presidio ande paraba yo. ¡Cayó! Cayó mordío en la garganta, como la res que acogota el lobo... ¿De mó que a la sierra?

— A la sierra. Y pa mandarnos tú.

Otra vez se alzan los párpados del *Lobo;* otra vez llamean sus pupilas; su nariz se abre como olfateando el perfume de las hierbas serranas; sus orejas adelantan persiguiendo el rumor del viento en las encinas, el estruendo del agua por las torrenteras.

— ¡La sierra! — murmura —. ¿Volver a la sierra con vosotros? Tú, aún, aún. *Pajarito* no sirve. Es bueno pa gato de ciudad, no pa gato montés. Tiene muy crecías las uñas pa afilárselas en pedernal. ¡Volver a la sierra!... Soy ya viejo. Estoy mejor aquí. No me hace el recao. *Najar* vosotros, y buena suerte pa los dos.

— Pero...

— ¿No oíste que no, *Jaro?* Pa mí lo de fuera es aún peor que lo de dentro. *Alivia* (1), que necesito rematar esta media.

(1) Vete.

Dice bien el *Lobo.* ¿A qué salir? Ni un buen recuerdo, ni una mala esperanza le solicitan fuera del penal.

Fué parido en la sierra por una hembra de paso, que tiró la carga y siguió el viaje. Como aparición desvanecióse entre los peñotes la mujer. El chico gruñía, retorciéndose sobre una mata de romero.

De sobre ella le recogieron los pastores; una cabra le sirvió de nodriza. Guiado por ella hizo el aprendizaje del serrano vivir.

Los gañanes le miraban crecer como a una cabra más. Cuando iba hacia ellos arrastrando y estorbaba su paso metiéndoseles entre las piernas, le despedían con el pie. Son, estos hombres rudos, más prontos en dar golpes que en repartir caricias. Golpes recibió muchos el infante; de caricias no guardaba memoria.

Los mastines, menos ásperos que sus dueños, dejaban al niño alternar en el juego de los cachorros. Con ellos corría a cuatro pies. En su boca fué antes el aullido que la palabra.

Se crió ágil, recio, ajeno al temor de la soledad, al espanto de las espesuras y abismos. Tampoco le asustaban las alimañas de la sierra. Mientras se vió débil, libróse de ellas con astucia; cuando se hizo fuerte, las combatió de pecho a pecho.

Nieves y hielos tocaban su piel sin entumecerla; sin abrasarla, el sol; sin resquebrajarla, la ventisca.

Templada fué por la intemperie como una armadura de combate.

Al aire las recias pantorrillas, descalzos los pies, trajeado el cuerpo con pieles, preso el cabello en los nudos de un pañuelo de hierbas, echó monte arriba con una punta de corderos. Cumplía entonces los siete años.

Diestro se hizo en el volteo de la honda y en la esgrima del báculo; maestro en lazos y perchas; sabio en las virtudes y maleficios de las plantas.

Entre rocas ásperas que desploman sombras perpetuas sobre prados de entonaciones bronce, pasaba el chicuelo las horas comprendidas de sol a sol.

Distraía su soledad silbando canciones al igual de los monteses pájaros, tumbando aguiluchos con los proyectiles de su honda, escalando picos inaccesibles, columpiándose sobre abismos para robar al halcón sus crías. Algunas veces, el mastín recostaba su cabezota entre las rodillas del zagal y ponía en éste los ojos. El muchacho hablaba al mastín. El mastín respondía gruñendo suavemente y meneando la ancha cola.

Dialogar con los hombres era para el chico un acontecimiento. Cuando volvía al hato, el sueño estorbaba la conversación; la estorbaba, al levantarse, la premura por reunir las reses. Los domingos bajaban los pastores al llano. Como el zagal no

tenía en el llano a nadie, quedaba al cuido de las bestias.

Así fué creciendo, huraño, insociable, más animal que hombre. Con unas carlancas al cuello, hubiera sido otro mastín; perdido entre los riscos, un hermano del lobo.

¡El lobo!... Ya le conocía de cerca. En más de una ocasión le dió caza con los mastines. A los catorce años, en un atardecer de invierno, enfrontó con uno que bajaba, hambriento y feroz, de los cabezos encaperuzados por la nieve.

Fué la pelea garra a garra, colmillo a colmillo. El mozo pudo con la bestia. La ató por el cuello con su honda y la llevó a rastras a los chozos. Sobre su piel bermejeaban los desgarrones que hizo en ella la fiera; la sangre de ésta enguantaba las manos del rapaz.

— Más lobo que lobo eres — gritó el rabadán al mirarle.

De aquel dicho le vino el mote.

Como el lobo vivía : cada vez más arisco, menos asequible al trato de sus semejantes. La fealdad física, unida al moral desamparo, acrecentaba su esquivez.

Y llegó a los veinte años sin que una imagen de mujer se le apareciera en la montaña para endulzar su corazón, sin que una amistad de hombre buscara aposento en su espíritu.

Su fealdad servía de entretenimiento a los demás pastores. Burlábanse de él, le trataban como a bicharraco mantenido para la diversión común.

Un día las burlas llegaron a extremos de inusitada crueldad. El mozo temblaba de rabia; sus ojos relucían como los del lobo en los cabezos que la nieve recubre.

—¡No os burléis más! —gritó, encorvando los dedos—. ¡Tened cuenta conmigo! Estas manos que saben ahogar lobos, pueden ahogar pastores.

—¿Amenazas? — exclamó el más fornido —. Por Dios, que aprendas de una vez pa toas a no hacerlo.

Miróle después con igual gesto desdeñoso que a un mastín rebelde, y gritó :

— Mi cayá te echará pa dentro el gruñío.

En alto la puso; con fuerza la dejó caer sobre la cabeza del pastor. Éste no hizo caso de la sangre que chorreaba por su frente. Un aullido rasgó su garganta; dió un brinco, cogió entre sus brazos al gañán y le tiró contra las rocas hecho un amasijo de huesos y de carne. De otro salto ganó el chozo del rabadán. Al reaparecer entre los pastores, llevaba una carabina en la diestra.

— ¡Paso! — dijo—. Al que se me ponga enfrente, lo tumbo.

Y echó monte arriba, hacia los cabezos, donde aúlla el lobo y platea la nieve.

Durante ocho años campó libre, soberano en la serranía; sin juntarse a nadie logró dominar a cuantos andaban por ella en lucha con la ley. Cortijeros y ganaderos le pagaban tributo.

Cambiada la carabina por un rifle y con un jaco entre las piernas, burlaba las persecuciones de la Guardia civil.

Todos le amparaban y le asistían por miedo a sus venganzas. Cierta vez avisaron a la Guardia civil los guardas de un cortijo donde el *Lobo* se avituallaba, para que le aprehendieran. Herido en el pecho, agarrándose con las dos manos a las crines del potro, escapó monte arriba.

Al mes ardió el cortijo. Los cortijeros, hombre, hijos y mujer, amanecieron colgados de una encina: era la venganza del *Lobo*.

Otros crímenes siguieron a éste. La fiera se había hecho a la sangre.

En noche de invierno regresaba el *Lobo* a su cueva, un nido de águilas donde sólo él podía remontar.

Voces quejumbrosas llamaron su atención; revolvió la jaca, apeóse frente a la espesura de donde salieron las quejas, entró por ella, y en lo más intrincado vió a un hombre que se revolcaba sobre las matas, tiñéndolas de sangre.

— ¿Quién te ha herío? — le preguntó.

— Los civiles... Me perseguían... He poío esca-

par... No sé cómo... Pero estoy malherío Me... muero...

—¡Vaya!... No te apures. Me cogiste en una hora buena.

El *Lobo* atajó la sangre en las heridas, puso al hombre a lomos de su jaca y le llevó a su cueva.

Mientras duró la convalecencia hizo del doliente su amigo, su compañero cuando estuvo fuerte y en disposición de internarse por la montaña.

Aquel hombre le traicionó, entregándole a la Guardia civil.

Un indulto libró al *Lobo* del palo, enterrándole en un presidio.

En los presidios vive; del uno al otro va hace veinticinco años, más esquivo y feroz que cuando campaba por la sierra.

La traición del único ser a quien se confió puso rúbrica a su aislamiento.

En los días de comunicación, todo el penal es fiesta.

Los hombres se acicalan, se adornan con sus más estimados pingos; los ojos relucen, las bocas ríen, los pechos tiemblan, sacudidos por la esperanza.

Va a abrirse el portón, descubriendo la reja que comunica con la calle. A ella acuden las hembras. Los machos saltan a su encuentro con rugido celoso; sus brazos sacuden los barrotes; sus manos

pasan por entre los hierros, amorosas, temblantes, buscando carne femenina que estrujar; en las palabras cruje el beso; en las pupilas centellea la entrega. Como fieras en jaula, rugen su amor las criaturas del presidio.

El *Lobo,* caídos los párpados, con la pipa de barro entre los colmillos, sigue el ir y venir monótono de las agujas por la calza de estambre.

III

El nuevo director destinado al penal para corregir su indisciplina, goza opinión de severo en el cumplimiento de sus obligaciones, de temerario ante el peligro.

Justifican sus actos la opinión. Su probidad nadie la discute; sus arrestos, tampoco. Tiene carne de domador. En una jaula habría hecho proezas. En presidio se impone. Siempre supo hacerse respetar, nunca hacerse querer; le falta dulzura. Firmeza sin dulzura es media virtud.

Temerosos de que el director pidiera estrecha cuenta de su proceder a los empleados, trocaron éstos la negligencia en actividad; la blandura, en fiereza; la componenda, en inquisición. Se fué de extremo a extremo rápida, brutalmente, pretendiendo ganar en horas el terreno perdido en años. Los presos rebrincaban al sentir la serreta. Por culpa del *otro* eran los serretazos. Era ya *el otro* aborrecido antes de aparecer.

Pajarito silbaba su ira con silbido suave de reptil. Tenía su cólera palideces lechosas, sin golpes de sangre, sin amarillos de bilis en la piel, sin fue-

go en los ojos, sin fruncimientos en los labios; mansa y pérfida era, apenas visible en un ligero temblor de sus manos finas y bien cuidadas.

— Está bien, está bien — monologueaba acariciándose la barbilla picuda. — Está bien. La *pira,* imposible: hasta a los ratones vigilan desde hace ocho días esos vainas. Mis expansiones con *Jaro,* imposibles también. Lo primero se puede perdonar. Lo otro... ¡Por éstas, que me la paga el que tiene la culpa!

Y ponía las manos en cruz y juraba sobre ellas.

Cuál más, cuál menos, todos los penados maldecían el nombramiento de tal jefe.

Únicamente el *Lobo* permanecía silencioso, impasible, como si la novedad no rezara con él.

Alguien se llegó a preguntarle; su actitud era de gran peso entre la gente del penal.

— ¿Qué dices tú? — fué la pregunta.

— Nada, ya lo ves — la respuesta.

— Pero...

— Mientras no me estorben, lo mismo da uno que otro. Ahora mi capricho está en ese rincón, y en esta pipa, y en este hilo de estambre. Si lo respetan, bueno. Si no lo respetan... Quizás que hubiera en la casa uno menos: el que viene o yo. Así como así, hace tiempo que mis brazos sólo zarandean el estambre. Cierto que no hay por delante cosa que merezca la pena.

— En conclusión, ¿qué dices?

—Ná o tó. Allá tú. Yo no tengo más que decir. Ello lo dirá.

Apenas cumplidos los requisitos oficiales en la Administración y en los talleres y departamentos, vacíos entonces por ser la hora de asueto, el director, sin más compañía que el vigilante de servicio, se dirigió hacia el patio.

—No me agrada el anuncio —dijo—. Cogiendo a la gente de golpe, se la juzga también de golpe, sin que el aviso proporcione ocasión al engaño. Los veré, y veremos lo que se hace o lo que se deshace.

Ciñó a su cabeza la gorra de galones, y tomó escaleras abajo.

Junto a él, agarrada a su americana, que puso empeño en no soltar y que no soltó, iba una chiquilla de cinco años.

Rubio era su pelo, que se rizaba sobre la cabeza en caracoles de oro; azules sus ojos, resplandecientes de alegría infantil; rendonda su cara, salpicada con hoyuelos en las rosas de los carrillos. Su boca reía a risas espaciadas, tremantes. Canción de jilguerillo nuevo aleteando sobre el nido, semejaba el reír.

— Bajo contigo. ¿Verdad, papá, que bajo? La mamá salió con la hermanita. Me da miedo quedarme sola con la criada en un cuarto tan grande. ¿Verdad que sí? ¿Verdad que voy contigo?

—Sí, criatura; vienes, ¿no lo ves?—respondió el padre, acariciándola.

—¡Voy!...¡Voy!... ¡Qué rico, qué rico es mi papá!...

La risa fué toque de atención para los presidiarios. Al oírla, quedó en silencio el patio. Todos se miraban inquietos. ¿De dónde venía aquella música, aquel risueño vocear?...

De unos ojos a otros andaba la pregunta cuando la niña entró en el patio. Marchaba delante, tocando apenas el suelo con los pies, sacudiendo su cabeza gentil, golpeando con sus manos de nácar la falda del vestidillo blanco; parecía una paloma volando a ras de tierra.

— ¡El señor director! — voceó el vigilante.

Todas las manos subieron al borde del casquete. Los penados hicieron planta de alinearse.

— ¡Quietos!... Sigan como estaban—exclamó el director—. No vengo a pasaros revista. Como si os hallareis a solas.

A un preso no llegaron la voz del vigilante y las advertencias del director: al *Lobo*. Era sus miajas sordo, y estaba tan abstraído en el punteo de la calza, que no echó cuenta del aviso. Allá lejos, en el fondo del patio, punteaba su media, con los párpados a medio cerrar y la pipa en los dientes.

Los penados seguían inmóviles, sin rechistar. Sólo *Pajarito,* escurriéndose por entre los grupos, llegó cerca de *Jaro* y le murmuró en el oído:

— ¡Ahí está la fiera, *chavó!*

Como despreocupado, comenzó a pasear don Antonio—éste era el nombre del nuevo director—por delante de los reclusos, observándolos al distraído, mientras charlaba con el vigilante.

La niña, que al principio no se apartaba de su padre, fué desviándose poco a poco. Primero avanzó algunos pasos volviendo la cabeza, temerosa de que la llamaran; luego hizo mayor la distancia; al fin correteó libre, desenfadada, por el centro del patio, donde la requería el sol con la risa franca de su luz.

Allí anduvo, haciéndole ronda a un gatazo que la contemplaba con sus ojos amarillentos, y se recogía sobre los lomos, pronto a emprender la huída si la muchacha revolvía contra él.

— ¡Miss!... ¡Miss!... —chicheaba ella—. ¡Toma, monín; toma!

El gatazo huyó cuando la tuvo cerca.

— ¡Tonto!... —gritó la niña, y plegó las manos, haciendo un mohín de disgusto.

Luego echó a andar, sacudiendo su cabecita adornada con caracoles de oro, derramando su risa en rocío de bondad y de amor, sobre aquellos hombres del crimen. Iba de un grupo al otro, sin detenerse ante ninguno; era algo así como una mariposa revoloteando en un estercolero.

Los reclusos seguían el viaje de aquella inocen-

cia con mirares de asombro. Algunos sonreían con sonreír dulce, que dignificaba sus rostros. Otros se tornaban sombríos. No faltó quien bajó la frente para esconder sus lágrimas. Estos criminales engendran.

— Conozco a muchos — decía don Antonio a su acompañante —. Muchos me conocen también. No será difícil meterlos en cintura. Los hay díscolos. ¡Bah!... Estoy hecho a la doma. ¿Quién es aquél? El que hace media. Viejo parece; y feo es como un condenado.

— El más temible de la casa. Vivo está de milagro, que de milagro fué su indulto. Ladrón, incendiario, asesino... Una buena pieza. Nos ha dado mucho que hacer. Ahora lleva seis meses de tranquilidad. No le durará mucho. Una bestia brava. Por supuesto, en cuanto lo nombre cae usted en la cuenta. Es el *Lobo*.

— ¡Ah!

— Le basta decir ¡hala! para que el penal entero le siga.

— Sí. Ya sé, ya sé. ¿Y aquel otro, el de la carilla entrelarga, que se agazapa en el corredor?... ¡Toma, es *Pajarito!*... ¿Anda por aquí ese asco?

Mientras el diálogo prosigue, la niña ha vuelto sus ojos hacia el fondo del patio. Allí también hay sol. Los rayos descienden por el muro, volviéndolo de topacio, y se desparraman por el suelo. A su

lumbre la tierra se dora; hecho niebla rosácea, asciende a la atmósfera el vaho que la tierra húmeda desprende.

Entre aquella niebla se difumina la imagen del *Lobo*. Su cara parece tallada en piedra de montaña; nieve de la sierra son los cabellos al reflejo solar.

Las agujas vienen y van entre sus dedos. La pipa corta, humea; el humo rompe en jironcillos temblorosos...

La niña está cerca del *Lobo*. Avanza de puntillas, sin ser vista por él.

— ¿Haces media, agüelito? — pregunta con su voz suave y melodiosa.

El bandido yergue la cabeza. En sus pupilas cristaliza un asombro imbécil.

— ¡Anda, y qué bien que la haces la media! —continúa la niña—. ¡Déjame, déjame que la vea! ¿Quieres?

Y después de una breve pausa, repite:

— ¿Quieres?

Con sus manitas albas arranca la media de entre aquellas garras vellosas.

El *Lobo* no habla; mira, mira a la criatura como atontado, dando chupazos en la pipa, que se corona de humo azul.

— Oye — añade la criatura —, vas a hacerme unas chiquitinas, muy chiquirritinas, para mi muñe-

ca. Si me las haces bien, te daré muchos, muchos besos: como éste.

Y rodeando con sus brazos la garganta del *Lobo,* besa fuerte en su cara, en el sitio donde dibujó el balazo una estrella.

Es entre rugido y sollozo lo que se encarama por la garganta del recluso; sus labios se contraen; la pipa cae de entre sus dientes; los ojos parpadean rápidos, brillando húmedos entre el matorral de pestañas y cejas; su cuerpo entero tiembla, y sus brazos, aquellos brazos hechos a estrujar gargantas de alimañas y de hombres, cogen a la niña por la frágil cintura, la alzan en alto y la dejan suspendida en el aire, entre la niebla rosa, bajo el polvo áureo del sol.

De un salto llega el vigilante junto al preso y le arrebata de los brazos la niña.

— ¿Qué vas a hacer? — grita mientras acuden el director y un grupo de penados.

— No se asuste, hombre; no se asuste — refunfuña el *Lobo*—. No me la iba a comer.

IV

Para la gente del penal es martirio insufrible la severa disciplina que impone el director. No hace éste sino cumplir estrictamente con ordenanzas y reglamentos; pero los reclusos, acostumbrados a mayor tolerancia, maldicen de quien la trocó en rigidez.

El vino, que antes se contrabandeaba desde las rejas o entraba de oculto por mano de los recaderos, no halla ahora ocasión de meterse en los interiores del presidio; las barajas fueron decomisadas; nadie se atreve a reponerlas; la escuela no es ya mentidero libre donde se conciertan delitos y se preparan falsificaciones; los cacheos se hacen en regla; ni en hombre, ni en camastro, ni en muro se deja hueco por registrar. Suprimidos también quedaron el cobro de baratos y las esgrimas de alpargata y cuchillo. Con rigor se penan las burlas feroces que los fuertes hacen al débil en estos lugares donde la piedad es flaqueza y la crueldad orgullo de quien la ejercita, envidia de quien la ve poner por obra.

Atendidos escrupulosamente, cuidados con es-

mero, disfrutando de buen rancho, de lecho limpio, de libertad para toda lícita expansión, los presos maldicen de su jefe. Por su culpa, faltan en el presidio la alegría canalla que produce el alcohol, las emociones que el azar trae y lleva, las ventajas que el fuero de la guapeza otorga. No importa que el alcohol asesine, que los naipes despojen, que la guapeza escriba con sangre su historial. Tal es el ambiente de aquellas criaturas; lejos de él se asfixian; los buenos ranchos les saben a bazofia; como en potro de tortura, se retuercen sobre el camastro limpio.

Así discurren ellos, desasosegados, febriles. En el patio, durante las horas del asueto, todo se vuelven conciliábulos y protestas, y planes que se traman y se destraman de minuto a minuto. El rencor y la rebeldía flotan invisibles entre los grupos; vibran en las voces, relampaguean con sombrío resplandor en los ojos.

Burlando la estrecha vigilancia, *Pajarito* halla ocasión de hablar a solas con el *Jaro* en un rincón lóbrego del pasillo que comunica los talleres.

— ¡Que no aguanto más, ea! — dice el *Pajarito*—. Cuando la ocasión no se ofrece, se busca.

— Buscarla..., buscarla... Ni que eso fuera fácil.

— Jugándose la piel, siempre es fácil. ¿Tienes herramienta?

— Aun me queda un cuchillo.

— Yo tengo otro y una lima y los menesteres que hacen falta. Ahí te va la lima. Guárdala. Esta tarde, en tan y mientras estamos en el patio, te das la vuelta y, por la trasera de la capilla, te escabulles. La reja está bajo la tarima del altar mayor: limas los tres hierros, dejándolos pa que se suelten de un embite. A la vera está el muro. Escalarlo no es un imposible; después, fuera. Peor pa el que esté en la garita.

— El *Lobo* dijo que no venía con nosotros.

— ¡El *Lobo!* ¡El *Lobo!*... Tampoco es menester. Pa mí que ese hombre se ha vuelto más bruto de lo que era. Anda como atontao. No nos hace falta. Ya encontraremos quien nos guíe. La cuestión es *najar*. Tú corta los hierros... Lo demás déjalo de mi cuenta.

— Pero...

— Ha de ser esta noche. El cabo está hablao. Cuando el vigilante pase a los dormitorios últimos, escurrimos nosotros. Una vez en el patio, la tarea es corta... ¡Hala! No te olvides: a limar los hierros esta tarde.

— ¿Y si me sorprenden?

— ¿Pa qué llevas el cuchillo?, ¿pa hacer *croché?* Si te sorprenden, pincha. Ya que no salgas, que no salga el que te lo estorbe. ¿Conformes?

— Conformes.

Cuando *Pajarito* y el *Jaro* se estrechan las ma-

nos, un hombre sale del taller y pasa por junto a ellos.

— El *Malagueño* — murmura *Pajarito.*

— A ver si se *chiva,* y dice que nos ha encontrao juntos.

— No se atreve. Sabe que juega el pasapán.

— Hasta luego, pues.

— Hasta luego. Yo vigilaré en el patio mientras faenas tú. Y si ello es posible, esta noche tendrás aviso por el cabo. No se descuidará; le vale diez *varés* (1).

Siguiendo el plan de *Pajarito* llegóse el *Jaro* a la puerta falsa de la capilla, un postigo herrumbroso que no cuidaban de cerrar y que no se utilizaba para el servicio desde hacía gran tiempo.

Nadie echó cuenta en la escapatoria. Distraído cada cual en sus propios asuntos, fué empresa fácil para el *Jaro* dar vuelta a la capilla sin que le atisbaran. Era cuenta de *Pajarito* avisarle si alguien sospechoso acudía al patio o se aproximaba al postigo.

Dió, pues, la vuelta al muro. Mientras la daba y *Pajarito* le hacía un guiño postrero de estímulo, el *Malagueño* se escurría hacia los altos del penal.

A espaldas del altar, oculta a los ojos por una

---

(1) Duros.

tarima apolillada, estaba la reja que habría de abrirles camino hacia el muro exterior. Tal vez no fuera conocida de ningún empleado; a fecha muy antigua se remontaba el emplazamiento de la tarima ocultadora.

Corrióla el *Jaro* de un embite y quedó la reja al descubierto. Era un angosto tragaluz; deslizarse por él sería hazaña para un hombre delgado; para una criatura del presidio resultaba fácil empeño. Estos seres, en quienes el ansia de libertad impera sobre todo, educan nervio y músculos para la fuga con gimnasias inverosímiles.

Trepan, sirviéndose de los codos, por el ángulo de paredes lisas, donde fracasaría una salamanquesa; saltan, sin quebranto de huesos, desde alturas que traerían a otros la muerte; vuelven sus imágenes invisibles con la sombra más tenue; de un alambre hacen cuerda, de un clavo asidero, de un muelle de reloj sierra y lima. Su cuerpo es elástico, goma que se encoge y se estira y se moldea a voluntad. Ante la angostura, el gordo es flaco y, flaco o gordo, sabe ser topo para bucear bajo tierra, pez para sumergirse en el agua, pájaro para sostenerse en el aire. Siempre más lejos que vaya uno con la imaginación, van con la realidad estos hombres cuando se trata de ser libres.

La faena encomendada al *Jaro* era breve. No precisaba limar hierros; deshecha por años y hume-

dades la firmeza de trabazón en los adoquines, era fácil desmontarlos y dejar al vano los barrotes.

Esto hacía el *Jaro,* valiéndose del cuchillo como de un pico y de la lima como de una palanca. Pronto quedaría franco el boquete; luego, a empujar contra él la tarima y a esperar la noche.

De espaldas al postigo, tumbado a la larga, sin mover ruido alguno, trabaja el consorte de *Pajarito*.

Éste pasea por el patio, embebido en la lectura de un periódico; sus ojos no van una vez sola en dirección de la capilla.

— Oye, Paquito — le dice un vigilante, que llega de la Dirección —; ven al cuarto de guardia, que has de firmar unos papeles.

Y sin darle tiempo de avisar, le lleva pasillo adelante.

El *Jaro* sigue en su faena, absorto en ella, descuidado, seguro de que su consorte le avisará, con tiempo de más, al menor asomo de peligro. De pronto siente que dos manos se apoyan sobre sus hombros. Vuelve la cabeza, y se halla de solo a solo con el director.

No hay palabras. El *Jaro* da un salto, y se revuelve, cuchillo en mano, contra quien le sorprende. Éste le coge por la muñeca, le arranca el cuchillo, le zarandea brutalmente, y arrastrándole primero, cogiéndole en vilo después, sale con él de la capilla.

— ¡A ver! — exclama, tirando al *Jaro* contra los adoquines —. ¡Bajar a éste y amarrádmelo en blancas!...

Esto es rápido, apenas vislumbrado por *Pajarito*, que vuelve del cuarto de guardia, donde le llevaron para que no frustrara la sorpresa.

Pero es también rápido en *Pajarito* el echarse atrás, y recoger los músculos, y empuñar la faca y caer sobre el *Malagueño* con un salto de tigre.

No hace más que tocarle y retroceder de otro salto al punto de partida.

El *Malagueño* abre los ojos desmesuradamente, da una vuelta en redondo y cae, arrojando por el sitio del corazón un chorro de sangre.

— Y va uno — silba la voz fina de *Pajarito*.

V

Desde su encuentro con la niña tornóse el *Lobo* aún más huraño, aún más ajeno al vivir de los otros reclusos.

En el taller, no ya dirigir la palabra, cosa en él corriente, ni mirar a nadie quería; encorvado sobre la herramienta pasábase las horas. En las de asueto iba a su rincón, como de costumbre. Sólo que, antes, su labor calcetera no tenía pausa como no fuese para renovar el cargamento de la pipa y arrimar un mixto al tabaco.

Ahora, por largos espacios de tiempo permanecen las manos ociosas, las agujas sin danzar encima del estambre. Los párpados, caídos antes al suelo, se alzaban ahora para que los ojos subieran al espacio por entre el matorral de pestañas y cejas; la pipa colgaba de sus dientes apagada, sin alma, sin jironcillos de humo azul que flotasen sobre sus bordes.

Cuando algún penado solicitaba su conversación, parecía escucharle, al menos no le interrumpía; pero si el penado, concluído su palabreo, pre-

guntaba al *Lobo* «¿Qué dices?», éste respondía: «¿Qué es lo que has dicho tú?»

— De por fuerza que los años y el vivir sin trato ninguno le están volviendo idiota — afirmaban los presos en las conversaciones que sostenían respecto del *Lobo*.

Su idiotez fué cosa descontada. Algunos cuchicheaban y reían cuando pasaban cerca de él. El *Lobo* encogía los hombros ante risas y cuchicheos.

No faltó quien tomara los encogimientos por debilidad, por flaqueza senil. Seguro en juicios tales, un mocito, recién llegado y con fama de matamoros, quiso hacer un desplante y se permitió hablar al *Lobo* con desprecio y empujándole para que le cediera el paso cierto medio día, cuando bajaban del taller.

El *Lobo* sonrió con una de aquellas sonrisas feroces, peculiares en él cuando atacaban su realeza. Sus brazos se alzaron en alto para desplomarse contra el provocador. No fué golpe el suyo, no fué estrujamiento brutal; fué, coger al mozo, levantarle a pulso, sin cuidarse de su perneo, mirarlo hito a hito, y ponerle en tierra suavemente, desdeñosamente, sin dejar de reír.

—No tanto, mocito; no tanto—exclamó—. Vaya por la primera vez; pero lleva cuidao. Si repites, te apiolo.

Encogiendo los hombros, volvió despacio a su

rincón. Arrimó un fósforo a la pipa, ardió el tabaco, y los jironcillos de humo azul tomaron el viaje de la atmósfera, seguidos por los ojos impasibles del viejo. Sólo hacía excepción en sus esquiveces para un penado que servía al director de ordenanza. Un buen hombre, a quien el hambre metió en el presidio al tanto de purgar delitos de estafa que, mirándolos bien, eran urgencias de miseria.

A este infeliz, que llevaba ocho años de condena al pago de unos meses de pan para su familia y para él — no fueron los intereses cortos —, concedía el *Lobo* los honores de conversaciones muy largas. Hasta iba en su busca cuando el ordenanza, por culpa de obligación o por inadvertencia, no venía a encontrarlo.

Y siempre hablaban de lo mismo, y siempre a lo mismo se encaminaban las preguntas del *Lobo*.

— ¿Qué tal por allá arriba?

— ¡Ptchs!

— ¿No te trata bien el director?

— Así, así. Malo no es, ¿sabes tú?; pero tiene unas brusquedades... Su señora sí que es un ángel. ¡Y las niñas! ¡Sobre todo la más pequeña! Nunca vi diablillo más alegre y más cariñoso. Es una joya la Antoñita.

— ¡Antoñita!... — repetía el *Lobo* ansiosamente, de un tirón, aspirando las sílabas como si las sorbiera. Luego tornaba a repetir el nombre. Entonces

ya no era prontamente, era despacio, muy despacio como lo repetía, separando las sílabas, paladeándolas, recreándose en cada una de ellas: An...to...ñi... ta... An...to...ñi...ta...

— ¿Y qué ha hecho hoy? ¿Qué ha hecho hoy?

Esta pregunta era diaria.

— Pues, hombre — le contestaba el ordenanza —, lo que ayer, lo que anteayer.... Lo que hacen los chiquillos: jugar, reír, inventar diabluras. Hoy... figúrate que hoy se ha empeñado en que el padre la pasee a cuestas por la galería.

— ¿Y el padre?

— El padre con la hijas es un babieca, un infeliz. ¡Hala!..., a los hombros. Ella, ¡arre!, ¡arre!... Él trota que trota. Lo menos han dao ocho vueltas.

— Miá tú, miá tú... — interrumpe el *Lobo* —. ¿Lleva hoy el vestido blanco? — añade después de una pausa.

— Hoy no. Hoy lleva un traje color rosa.

— ¡Color rosa!...

Así es todo los días; y todos los días trae el ordenanza alguna diablura nueva que contar, algún suceso de allá arriba, con los que el *Lobo* se distrae.

Cuando el ordenanza, vacío ya el saco de sus chismes, se despide del bandolero, éste le sigue con los ojos. No los separa de él hasta que desaparece por la escalera de la Dirección.

***

Va ya para dos meses que el nuevo director tomó posesión de su cargo, y va para ocho días que salió de su calabozo *Pajarito*. El *Jaro* salió antes.

Es grande el descontento entre la gente del penal por las rigideces con que la trata el director, por el no poder salirse de la consigna y de la ordenanza sin sufrir castigo.

De día en día crece el malestar entre aquellos hombres, privados de libertades que antes les toleraban. Una nube de odio flota en la atmósfera del penal, condensándose más y más a cada hora, a cada minuto que pasa.

Ni juego, ni vino, ni tertulias en el dormitorio; todas las combinaciones deshechas; todos los planes que se trazan con los de fuera del presidio, descubiertos; descubiertos los nidos de armas. Y si alguno se escurre, calabozo y blancas a destajo...

¡Vaya, que no y que no! Era preciso hacer alguna cosa; enterar a aquel hombre de que a los hombres se les trata de otra manera.

Algo... Pero ¿qué? ¿Cómo?...

Sólo faltaba que uno lo indicase, que uno dirigiese la rebelión para que estallara.

Aquel alguien fué *Pajarito*.

— No hay más que un modo — dijo con su vocecilla de mujer a los notables del penal —. Muerto el perro, se acabó la rabia. Quitándole de en medio no amolará más a la gente. En haciéndolo bien,

averigua quién te dió, y a otro asunto. Siendo todos y callando todos, no nos van a meter a todos el pescuezo en la argolla.

— ¿Y cómo hacerlo?

— Muy sencillo. Lo vengo cavilando hace un mes. Él va todas las noches a los dormitorios. El nuestro es el primero. Cuando entra en los otros, los vigilantes le acompañan. Se le deja entrar. Se levanta de puntillas todo el dormitorio; la mitad a cada lado de la puerta. Cuando la repase... ¡zas!... En un viaje está listo. De ese viaje me encargo yo. Y ya sabéis que soy seguro. Ahí esta el *Malagueño* pa muestra.

— Pero...

— Hay que contar con todos los del dormitorio, lo sé. Ahí está la faena. Pero, vaya, nadie se negará. Están hasta los pelos.

— ¿Y el *Lobo?*

— A ése no hay que decirle pío. Está lelo. Cuando quiera abrir los ojos ya habremos terminao. Si estáis conformes, dejar la cosa de mi cargo.

Pasaron ocho días, y a su término, *Pajarito,* acercándose al grupo que formaban los notables de la conjura, dijo serenamente :

— Esta noche.

VI

En la pared del fondo, donde se abre la puerta que comunica con el último dormitorio, tiene puesta su cabecera el camastro del *Lobo*. Apenas si a él toca la luz exangüe del farol. No es tiniebla, pero es niebla confusa la que envuelve el camastro. Sobre éste, cubierto por la manta que le sube hasta la nariz, se aboceta el cuerpo del bandido.

¿Duerme? Tal indica la inmovilidad de su cuerpo; sus ojos no relucen entre las pestañas; su respiración es tranquila; ningún gesto contrae su cara; ningún estremecimiento agita sus manos, que por cima de la manta caen, cerradas en puño.

También parece que duermen los demás.

Completa es en ellos la quietud; grande es en la cuadra el silencio.

A romperlo viene el director, que hace la ronda usual con el vigilante de turno. Ningún dormido abre los ojos; ninguno remuévese en los camastros.

Ya visitó la ronda los dormitorios de la derecha y de la izquierda. Ahora, atravesando el central, se dirige al del fondo.

Antes de llegar a él precisa recorrer un pasillo. El pisar de los rondadores se pierde poco a poco tras la puerta, que uno de ellos cierra y encerroja.

Todo vuelve a ser quietud y silencio en el dormitorio.

Sin turbarlos, como si los cincuenta presos fueran sombras, criaturas hechas de niebla, se les ve y no se les oye incorporarse. Es el movimiento uniforme. Todos escuchan un segundo; luego saltan de los camastros; el salto no suena en las baldosas. En muda procesión se deslizan al largo de las dos paredes; uno tras otro van, para reunirse junto a la puerta que cerraron los rondadores.

Sus caras, que otras noches, en las horas del sueño, recuerdan por su lineamiento a todas las bestias crueles, desde el tigre que mata por matar, hasta el fauno que por gozar mata, reflejan ahora en su expresión el ansia del acecho. Los ojos felinos llamean; los dientes carniceros se entrecruzan bajo los respingados morros; las cabezas de reptil se balancean en los cuellos largos; los rostros de sapo se humedecen y se hinchan; la manos garrosas se contraen; los dedos, temblantes como tentáculos de pulpo, oscilan en dirección de la puerta cerrada; prontos parecen a lanzarse contra ella para desgonzarla de cuajo.

Al frente de los hombres, apiñados en la derecha

de la puerta, está *Pajarito;* al de los de la izquierda, el *Jaro.* No hay diestra sin hierro; no hay pupila sin odio.

— Mira si duerme ése — dice *Pajarito* al oído del *Jaro.*

Éste llega al camastro del *Lobo* con la faca en alto, pronto a herir. El *Lobo* permanece inmóvil, tranquilo; su respiración ni se acelera ni se corta.

— Duerme — afirma el *Jaro* ocupando su puesto.

— Cuando despierte — responde *Pajarito* — estará hecho el avío.

— Llegan — interrumpe el *Jaro.* —. Atención.

Los dos grupos, las dos manadas de fieras en acecho se repliegan contra la pared; los cuerpos se encogen; las cabezas adelantan ansiosas; el juego de las diestras queda libre; no hay un solo brazo que estorbe a otro.

Lejos, al final del pasillo, vuelven a sonar los pasos de la ronda.

Se detiene junto a la puerta. Hay una pausa breve. A seguida se oye el rechinamiento del cerrojo. La puerta se abre de par en par, y la figura del director aparece en su marco.

En aquel instante, cuando *Pajarito* alza el brazo, cuando todos avanzan prontos a secundar la acción, se ve al *Lobo* alzarse, también como una sombra, encima del camastro. Sus ojos relucen, sus puños se cierran, sus corvas se contraen. De un salto cae

entre los dos grupos; de dos zarpazos los desvía, y cogiendo por el hombro al sorprendido director, exclama:

—¡Pronto! ¡A la pared! ¡Conmigo a la pared! ¡A defenderse, que asesinan!

La sopresa de los penados da tiempo a vigilante y director para seguir al *Lobo* y poner la espalda en el muro. Las manos empuñan los Smiths; en la del *Lobo* reluce un cuchillo de monte.

Al estupor sigue en los rebeldes la cólera.

—¡A ellos!—silba la voz de *Pajarito*—. ¡Serán tres en vez de uno!

En tropel cierran contra los otros. Dos tiros resuenan, y dos hombres ruedan y agonizan sin queja, en silencio.

La pelea terrible que libran todas las noches en el patio los gatazos de ojos ambarinos y las ratas de hocico respingón, se reproduce entre criaturas humanas en aquel dormitorio. Como las ratas a los gatos, acometen los presidiarios a sus guardadores; como los gatos, se revuelven ellos contra el furioso enjambre.

El *Lobo* cubre con su cuerpo al director. Su brazo, formidable y certero, abre surcos de sangre en la masa acometedora. Tres hombres caen ante sus pies; otros dos sucumben a los disparos del director y del vigilante. Éste cae también, herido en el pecho por la faca de *Pajarito,* que da saltos astutos

de jaguar y silba injurias rechinando sus dientecillos de mujer.

El estampido de las armas de fuego avisa a los empleados y a la tropa. Se escucha su avance por la escalera que conduce hasta el dormitorio.

Es el último embite; hay que jugarlo pronto y rudo. Los presidiarios atacan en montón; los revólveres disparan; el cuchillo del *Lobo* describe círculos, rechazando las armas suspendidas sobre la cabeza del director.

— ¡Pues no te vas tú, perro! — silba *Pajarito,* deslizándose por entre las piernas de un acometedor y hundiendo su faca en el vientre del viejo.

— ¡Perro, no; *Lobo!* — responde éste al sentir el golpe.

Asegura con sus dedos de fiera el brazo de *Pajarito,* que al dolor suelta el arma. Y repite:

— *¡Lobo!...* Y como *Lobo* mataré.

Los reclusos huyen al arribo de los soldados. Solos quedan en el centro del dormitorio el *Lobo* y *Pajarito.* Éste flota como un guiñapo entre las garras opresoras. Las garras se crispan; *Pajarito* se retuerce contra ellas. Inútil. Las garras le acercan hasta el pecho del opresor; los brazos de éste se contraen; su boca muerde en la garganta que sus manos estrujan. Se oye un crujir de huesos; los terribles brazos se aflojan, y *Pajarito* da en tierra muerto, roto, colmilleada la garganta, que burbujea sangre.

— ¡Así mata el *Lobo!* — ruge éste —. Por delante vas. No te me llevas de regalo — añade, apoyándose en la pared.

— ¿Herido? ¿Estás herido? — pregunta el director.

— Tengo lo mío, don Antonio. Este bicho no ha marrao... Échenme una mano, porque me voy de espaldas.

VII

En la enfermería, sobre el lecho que médico y empleados rodean, agoniza el *Lobo.*

Es tranquilo su agonizar; ni a su boca suben los gritos del dolor, ni a sus ojos el temor de la muerte. La pérdida de sangre empalidece sus mejillas; como de marfil es su cara entre la plata del cabello.

El director se halla junto a él. Viva emoción, que no reprime, resplandece en su gesto.

— ¡Vamos! — dice, acariciando con sus manos la frente sudosa del herido —. No hay que desesperar.

— Desesperar es una cosa, don Antonio; otra cosa es morir. No estoy desesperado, pero me muero; de ésta no me escapo; he recibido algunas, algunas he dao, y sé cómo entran las que matan. *Pajarito* no marraba nunca. Yo tampoco. De ahí que estemos en paz. Le saco de ventaja unas horas. En fin..., esto ¿qué hace? Alguna vez se acaba. Y la vez me ha llegao.

— Por defenderme mueres. ¿Qué no haría yo por salvarte?

— Por salvarme nada puede usté hacer. Por ale-

grarme la hora de la muerte, sí puede usté hacer mucho.

— ¿Yo?

— Sí.

— Dilo. Lo que sea, lo que pidas se hará.

— Mire usté, don Antonio, es una tontería. Chocheces. Soy viejo, y el chochear es asunto de viejos, pues chocheces serán; pero vaya, que si usté me diera ese gusto, sería yo más feliz que el rey en su trono.

— Dilo; te aseguro que si está en mis manos lo haré.

— ¡En sus manos! ¿En cuáles si no?... Antes óigame usté, necesito que me oiga usté. Lo que voy a pedirle es mucho; puede que, escuchándome, manque sea mucho lo que pido, lo haga usté, señor director.

— Aunque pidieras mucho, más hiciste salvándome la vida.

— ¡Quién sabe!... ¡Quién sabe! Óigame, señor director.

El *Lobo* hace un esfuerzo, se incorpora; pone los ojos en el techo, como si deseara abstraerse de cuanto le rodea, y dice con voz lenta, cortada por las ansias del alentar:

— También yo odiaba a usté antes de que viniera. Traía usté fama de duro con los presos. Y justificá estaba la tal fama. En los meses que van desde

que vino, no ha dejao respirar a nadie. Ello pué que sea pa usté una obligación. Pa nosotros..., nosotros... ¡Vaya, que con usté no hay forma de hacer uno lo suyo; a nosotros nos gusta hacerlo; y a los que, como yo, son amos y reyes entre la gente del presidio, es claro que les gusta más! De mó y manera que yo le odiaba a usté, y ¡ea!, que yo hubiera hecho con usté lo que quiso hacer *Pajarito.*

— ¿Tú?...

— Yo, señor director. Y no lo he hecho y lo he defendío, y me la he ganao por defenderle. No me dé usté las gracias. La cosa no ha sío por usté.

— Pero...

— El día primero que usté vino bajó al patio, y no bajó solo; con usté bajaba Antoñita... ¿Me deja usté que la llame Antoñita?... Pues sí, bajó Antoñita con usté. ¡Qué maja estaba con su pelo rubio y su vestío blanco! Cuando se puso frente a mí, me pareció que traía en su traje la nieve serrana y en su cabecita el sol caliente de la sierra. Embobao me quedé al mirarla. Más embobao cuando se acercó a mí, y se puso a hablarme, y me quitó la calza de las manos, y me dijo que quería que le hiciese unas medias pa un muñeco que tiene. ¡Se las he hecho! Debajo del cabezal de mi camastro están escondías. Se las he hecho; no se las he dao porque temí que se enfaara usté conmigo. Cuando acabe yo, que se las den y que las gaste el muñeco suyo

a mi salú... ¡Sí que es un cielo la chiquilla! Yo, ya ve usté, me he criao en el monte, entre fieras; como fieras son los hombres del monte. A mí no se ha acercao naide pa decirme una buena razón. Pa burlarse se acercaron antes de que matara; después de matar, se acercaban cuando no podían huir. Ya ve usté, así me he criao yo, sin madre, porque no sé quién me ha parío; me dejó encima de un matojo y salió de naja, sin cariño; vaya, solo y maltratao. De veras que no se acercó naide a mí con un buen aquel. La niña, Antoñita — hemos quedao en que me deja que la llame Antoñita —, Antoñita se acercó sonriendo, y me habló tal que si yo no fuera tan bestia y tan malo como lo soy. Luego... Luego... (la voz del *Lobo* tiembla). Luego aquella criatura me echó los brazos por el cuello y me besó aquí, aquí mesmamente, ande pegó la bala. Nunca me besaron en mi vida, señor director; nunca me besaron. Tó yo me quedé estremecío. Creí que el cielo, con su sol y con su luna y con sus estrellas, se me había entrao, con el beso aquel, por el agujero de la bala. Y se me entró; que tó por dentro me llené de luz aquella tarde.

El director aprieta fuerte la mano vellosa del *Lobo,* y dice con temblona voz:

— ¡Pobre hombre!... ¡Pobre hombre! Mala fué la suerte contigo.

— No fué buena, señor. Menos mal que a la

vejez tropecé una clara. Y este es el favor que yo le quería pedir. Es un favor muy grande. Pero, vamos, yo he vivío desde entonces del beso de la chica, y ahora que me voy a morir quisiera... No se enfade. Quisiera que ella viniese ande yo estoy y me diera un beso igual que el otro.

—¿Eso quieres?

—¿Es mucho?

—¡Mucho!... ¡Pronto! ¡Uno! ¡Cualquiera! Que suba a mi casa y que baje a escape Antoñita.

El *Lobo* no responde palabra. Retirando su mano de la del director, la lleva junto a la otra suya, que tiembla sobre el embozo; y las dos manos se pliegan, y los ojos se abren de par en par, dulces, agradecidos, para quedar fijos en la puerta, y sus labios murmuran algo ininteligible.

Oración no es: el *Lobo* no sabe rezar.

Nadie turba con frase ni gesto el recogimiento del muriente.

La niña aparece en la puerta de la enfermería con su vestido blanco, con su pelo de oro, con su risa de astro, resplandeciente como una hostia de amor.

El penado la ve acercarse sin apartar de ella los ojos.

—¡Calla!—dice la niña—. ¡Es el viejecito de las medias!

— Mira — añade el padre —. Está malo. Le han

herido por defenderme. Te quiere mucho. Se acuerda del beso que le diste. ¿Quieres darle otro ahora, Antoñita?

— Otro y veinte más — exclama la gentil criatura.

— Uno solo y es demasiao — murmura el *Lobo.*

Llega hasta él paso a paso, grave, majestuosa, con los brazos tendidos y la rubia cabellera saltando en rizos por su cara.

Toda su hermosura, toda su gentileza infantil se inclina frente al rostro horrible coronado de púas, y un beso musica el silencio augusto de la sala.

— ¡Gracias! — dice el *Lobo.*

En sus párpados tiemblan dos lágrimas; ruedan sin deshacerse por los pómulos cadavéricos; es una última sonrisa en su boca, una luz última en sus ojos, y cae lento, silencioso, sin descruzar las manos.

VIII

Velando el cadáver del *Lobo* queda la niña gentil de los cabellos rubios.

Los ojos del anciano, de par en par abiertos, están llenos de luz; la boca sonríe a la muerte.

Todo el rostro es bondad.


EL RETRATO DEL MAESTRO

El retrato del maestro.

I

Enfrontando con la italiana alcoba, suspendido sobre un diván aforrado en tapices árabes, triunfaba el retrato del maestro. Obra era de paleta maestra también; lienzo contra cuyo fondo de obscuros grises revivía, en línea y en espíritu, la brava cabeza del artista.

Los cabellos largos, salpicados de canas, doblábanse en rizo al tocar la frente para descubrirla en toda su amplitud. Aquella frente endoselaba dos ojos castaños, donde resplandecía el genio y fosforeaba la voluntad. Era la nariz aguileña, de cesaria-

na curvatura; fina y terca la boca; el mentón, corto, vuelto levemente hacia arriba, avanzaba sobre un cuello robusto, en el cual se abría una camisa desplanchada y se deshacía el lazo de una chalina azul.

Retrato que, en pasadas épocas, suplió ausencias y retardos del dueño en aquel gabinetito de poética intimidad, hoy sólo podía traer recuerdos; dulces recuerdos que la compañera del maestro evocaba con lágrimas en los ojos al despeinar sus rubios cabellos, desabrochar sus ropas de viudez, al caer, sollozante, sobre el lecho huérfano de amor.

Pareja envidiable formaron el artista y su esposa mientras aquél viviera. Supo ella perdonar sus faltas, reconocer la precisión de una existencia tumultuaria en aquel luchador, en aquel cantor de pasiones que, para contrastarlas, necesitaba chocar con ellas, entregarse a ellas, pasar de una en otra vibrando con cada una, devorándolas todas.

Sabía él también hacerse perdonar, que era como otro alguno amante, y como otro alguno ponía el cariño y el respeto de su compañera por encima de sus mayores extravíos y de sus más grandes locuras. Ella sabía esto; porque lo sabía, perdonaba.

Mientras vivió él, le siguió en sus mundanas fiestas, en la perpetua exhibición a que le obligaba su oficio. De su misma casa hizo franco, si bien honesto, carnaval. Muerto él, se retrajo. A tiempo que cayeron sobre su pelo de oro y sus carnes de ám-

bar los lutos, cayó entre ella y el mundo un infranqueable crespón.

Tenía, aunque modesto, sobrado caudal para entregarse al aislamiento. De él gozaba — que goce es padecer a solas — en el gabinetito, frente al retrato que pendía sobre el diván, dando rostro a la italiana alcoba, donde Ángela entraba, extinguiendo la luz de golpe, para coger entre sombras con sus brazos de diosa la sombra del que fué.

II

Constituía para Ángela única excepción en su retraído existir, Jaime, el discípulo predilecto del maestro, su hechura, su hijo espiritual, la encarnación viva de su genio. Suelen ser más parejos al padre y más agradecidos también los hijos estos del espíritu que los otros. Bien es verdad que en la creación de los primeros se pone toda el alma y se consumen años. En la de los segundos se cuenta por minutos el tiempo y hasta caben las distracciones. Sírvales ello de disculpa.

Jaime había adorado en su maestro y era fiel devoto a su memoria. Aun después de hacerse, de independizarse, de adquirir personalidad, no padeció la ingratitud, no sintió la envidia. De vivo, le respetaba como a un Dios; como a una reliquia venerábale después de muerto.

Por tal razón fué Ángela pronta y fácil a recibirle. En el gabinete se reunían al mediar de la tarde y, frente al retrato del maestro, dialogaban hasta el crepúsculo, para recoger el adiós último que daba al retrato el Poniente, dibujando una corona de oro

en torno a la noble cabeza donde se retorcía el rizo de los cabellos canos.

Sólo del muerto hablaban; sólo a reverdecer el laurel augusto de su gloria dedicaban sus diálogos. Era una oración doble, que iba pasando de los labios de uno a los del otro, para confundirse en el aire y subir como un incienso hacia el retrato.

Ufano debía sentirse el maestro de aquella diaria adoración. Ufano de los recuerdos que, al nombrarle, evocaba aquella hermosa mujer, de treinta y cinco años, que, puestos los ojos en el compañero perdido, dejaba ir por ellos lágrimas silenciosas. Ufano también debía estar de las sinceras gratitudes, de las admiraciones francas con que el discípulo enjoyecía su memoria.

Nadie fué más amado ni más respetado tampoco que lo era él por la compañera de su vida, por el hijo de su cerebro.

Cuando el rayo último del sol se apagaba sobre la cabeza del maestro, salía Jaime de la estancia, apretando fraternalmente, casi filialmente, con sus manos las de Ángela. Ésta le dejaba partir, con los ojos puestos en el que fué, y luego se remetía en el diván, paseando sus deditos temblones por la espléndida cabellera de oro.

III

Año y medio pasó. La fama de Jaime subió en aquel tiempo los peldaños últimos de la gloria. Su nombre, por todos ensalzado, igualaba al del maestro. El orgullo del triunfo relampagueaba en sus pupilas, resplandecía sobre su frente amplia, coronada por las negras ondas de su pelo rebelde.

Ángela, sin dejar los lutos, iba atenuando su rigor. Gasas violeta o lirio rompían las monotonías del negro, haciendo resaltar los oros de su pelo, los nácares de su garganta, el ámbar de su nuca, la nieve, teñida en rosa, de sus brazos. Sus diálogos con el artista vivo seguían siendo iguales; el respeto, la adoración por el que fué, tan grandes, tan profundos como siempre en los dos.

Pero, sin intervención de ellos, había más viveza, más placentero fraseo en sus conversaciones, más alegría en sus miradas. Aun lloraban los ojos de ella luego de ponerse en el retrato; sólo que era el llanto menos pronto en el salir, más tardas las manos en ocultar el rostro, más nervioso el andar de los dedos por la sedeña cabellera.

Jaime seguía evocando la memoria del maestro,

ensalzando sus éxitos; pero evocando los del maestro, refería los suyos y los hacía vibrar en los oídos de Ángela como un himno triunfal, como un cántico de victoria, que hallaba eco en el alma de la mujer.

No eran ellos: era la vida, que entraba despaciosa, callada, traidoramente, en el gabinetito, con el aire de fuera, con los alientos primaverales que del jardín subían. El mismo sol era que, en su ocaso, luego de formar corona sobre los cabellos canos del maestro, descendía mimosamente por el lienzo, y resbalaba por el marco, y mariposeaba al largo del tabique y, posándose sobre el respaldo del diván, envolvía, reunía con un beso tibio de su luz, los cabellos rubios de la viuda y los negros cabellos del mozo.

La vida reclamaba su puesto en el gabinetito; en él quería ostentar su imperio la primavera triunfadora... Para conseguirlo metía por el gabinete los verdes brotes del ramaje, el vivo color de las flores, los suaves perfumes del jardín, las dulces caricias del aire, que pasaba y repasaba sobre aquellos dos seres con rumor perpetuo de idilio, con chasquidos de beso.

No hubo en ellos propósito, ni aun presentimiento, de que iba a ser.

Hablaban como siempre y de lo de siempre, media hora antes del ocaso del sol. Ángela reclinada

sobre el diván, con los ojos puestos en un capullo que se abría. Jaime inclinado hacia Ángela, con el mirar fijo en el áureo polvillo solar que se deshacía contra las columnas de la italiana alcoba.

Hubo un silencio, una pausa, que llenaron el aire con sus cuchicheos besadores, las flores con su esencia, el sol con sus rayos cernidos por la persiana verde.

Los ojos del hombre y de la mujer se encontraron; puestos los unos quedaron en los otros; la mujer retiró los suyos, sus mejillas enrojecieron, su alto seno tremó. El hombre cogió entre sus manos, por la curva de la muñecas, aquellos blancos brazos de diosa; desprendióse la mujer de él, pero fué para resbalar, desvanecida, cerrados los párpados y entreabierta la boca, en los cojines del diván.

El hombre, puesto en pie, la miraba.

De ella, subieron hacia el maestro los ojos del discípulo. El maestro sonreía con tranquila bondad.

—La vida no se detiene—parecía decir al joven con sus finos labios entreabiertos por la sonrisa—. La muerte no puede ser estorbo de la vida. Amad y vivid.

Y amaron y vivieron, al brillo último del crepúsculo, que, desdibujando románticamente sus imágenes, dejó al maestro en la sombra.

EL SINO

El sino.

I

Desde su nacer fué desafortunado aquel sabio infeliz. Casi estoy por decir que antes de nacer lo era ya. Le cupo suerte de gemelo y, si por los consiguientes se juzgan los antecedentes, es muy presumible que en el claustro materno le tocara la habitación peor.

Vino a esta existencia el segundo. Todos los gestos y exclamaciones de alegría hechos por los padres al advenimiento del primer hijo, trocáronse en gestos de contrariedad y exclamaciones de disgusto al presentarse el otro. No eran ricos los padres y aquella propina filial les amargó el buen parto.

A más de ello, si el primer hijo era robusto y

mantecoso, era el segundo pellejoso y enclenque. El médico tuvo que propinarle una tanda de azotes para que rompiese a llorar, y llorando empezara a vivir, como empezamos todos.

En su bautizo calentó el agua de más el monaguillo, y cargó la mano en la sal el cura; de modo que le achicharraron la piel y le pusieron la boca como tocino rancio. A poco si la madrina le deja caer al suelo, a poco si le asfixia el padrino al atarle los cordoncillos de la gorra. Por lo que hace a nombre le pusieron Anatolio, sin más añadiduras.

No podía la madre nutrir a los dos vástagos. Al primer nacido le tocó el pecho maternal. Para el segundo buscaron ama; y como las de fuera de casa resultan, al parecer, más económicas, escogieron para Anatolio una de extramuros. Allá fué el pobre chiquitín, a una casuca de Tetuán de las Victorias, donde era sucio todo, desde el pezón de la nodriza, lleno de mugre y costras, hasta las ropas de la cama, bordadas de churretes y pespunteadas de insectos.

No fué vida la del pobre Anatolio en el tugurio aquel; martirio de criatura fué en potro de inmundicias. Los pañales se le mudaban, si se le mudaban, una vez por día, para ahorrarse gasto de jabón—que si es bueno cobrarlo, es aún mejor no consumirlo—. En brazos de la nodriza apenas estuvo. Unas veces encima de la cama, otras, y eran las más, en el santo y no limpio suelo, le dejaban

patas arriba, dándole para entretenimiento de ojos las telarañas que decoraban la techumbre y para engaño de la boca una muñequilla de trapo, remojada en cierto mejunje indigesto y dulzón.

De teta no hay que hablar; por milagro le ponían a ella. Después de todo, igual era ponerle que no ponerle, a los efectos nutritivos. Andaba muy escasa de leche la mala criadora. A bien que, para suplir las escaseces del jugo natural, abundaban los cucharones de sopaza, los barros harinosos y aun las tiras de arenques que el chicuelo chupaba y rechupaba, en aumento de su sed y detrimento de su estómago.

Claro que con tales potingues salía Anatolio a indigestión diaria; claro que a cuenta de medrar desmedraba a ojos vistas; y claro que los padres —¡si sería grande el desmedro!—lo echaron de ver y decidieron cambiarle de ama.

Si la primera era sucia, era la segunda borracha, la tercera andariega, la cuarta ejemplar de malos humores... Así recorrió ocho amas en catorce meses, y no reventó, con tan malos tratos y continuas mudanzas, porque a mayores le traía reservado el Destino.

Destetado—es ello un decir—a los catorce meses, ingresó en el domicilio paterno. Parejo andaba, en lo estrujado y maloliente, con los famosos arencones que le entretuvieron el hambre.

«¡Un asco de niño!», según exclamaron los padres cuando le recibieron. Mejor fuera para Anatolio seguir en poder de las seudonodrizas que volver al hogar de sus engendradores.

En los casucos donde avecinaban aquéllas no había luz, ni aire, ni higiene: era la suciedad señora, la escasez despensera, la indigestión perpetua enfermedad. Ni buena leche, ni aseados pañales; una tarima con oficios de cuna y unas vigas entelarañadas por todo cielo que mirar.

En casa de los padres cuidaban unas miajas mejor la alimentación, la limpieza, el aire y la luz; en cambio había un hermanito, comparados con el cual, todos los elementos martirizadores que combatieran a Anatolio fuera de su casa, eran una bendita gloria.

Este hermanito, cuyo nombre era Antonio, había acaparado todo el cariño que los padres debieron honradamente distribuir entre Anatolio y él. Nutrido al pecho maternal; creciendo hora a hora entre los brazos de la madre y entre las caricias del padre, fué, hora a hora también, apoderándose de sus corazones; de suerte que Anatolio, al entrar en su casa, resultó para los padres un extraño y para el hermano un objeto de envidia, cuando no un maniquí de entretenimiento y torturación.

A fe que Antoñito era maestro en lo de torturar. A falta de perro o de pájaro, allí estaba Anatolio,

puesto siempre a disposición del minúsculo Torquemada.

Unas veces tocábales a los cabellos de Anatolio el oficio de riendas. A ellos se asía el Benjamín con las dos manos y de ellos tiraba sin cuidarse él, y sus padres tampoco, de los gritos y contorsiones que arrancaban a la víctima los repelonazos; otras veces correspondía el turno a las orejas; algunas a los ojos; no pocas a labios y narices. Todo el muñeco vivo servía a los caprichos del insaciable Neroncete.

Y ¡ay del muñeco vivo si resistía o protestaba!... Unos buenos azotes y nuevamente a poder del hermano. Éste lloraba si le quitaban el juguete. No era cosa de que vertiera lágrimas y se estropeara los ojos un chiquillo tan guapo.

Anatolio era feo. Como la belleza entra por mucho en esto del afecto y las simpatías, faltábanle los de los extraños y también los de sus padres propios. Hay padres para todo. A los de Anatolio hacíaseles caso de oprobio y de vergüenza el haber engendrado sujetillo tan ruin; y el engendro pagaba el delito de la imperfecta engendradura.

Si esto ocurría con los padres, ¿qué iba a ocurrir con las visitas y parientes? Que todas sus caricias, arrumacos y ferias eran para Antoñito. A Anatolio que le partiera un rayo. ¡Así le hubiera partido en temprana edad! Fuera favor del Cielo; pero, tratán-

dose de aquel chico, ni el mismo Cielo estaba por hacerle favores.

Despreciado de los suyos, maltratado por los ajenos, sin ver en nadie cariño o atención, creció la infeliz criatura. Aquel vivir triste, aquel mirarse a todos y por todos pospuesto, cristalizaron en su pensamiento la idea de que su desdicha era, no desdicha, sino suceso natural, ley divina, a la cual necesitaba someterse.

De acuerdo con la idea fueron las acciones del chico. Humilde, resignado, paciente, todo lo sufría sin protesta; a todo servicio estaba pronto. Ni una vez siquiera se revolvió contra la crueldad fraterna; ni una hizo mala cara al desabrimiento de los padres. Acaso había en ocasiones relámpagos de tristeza en sus ojos; nunca faltó en sus labios la sonrisa dulce que han puesto en boca de sus mártires los pintores cristianos.

No vale decir si los padres, cuando fué hora de poner los niños en maestro, guardarían sus desvelos y ahorros en beneficio de Antoñito.

A un buen colegio le mandaron. Digo bueno, porque si en él dejaba la enseñanza mucho que desear, el cobro no dejaba nada que apetecer a los enseñadores. Para Anatolio buena estaba la escuela gratuita. En ella entró con las botas rotas y el delantal sucio, mientras su hermano entraba en el colegio con botas nuevas, delantal limpio y

cartera de bruñido cuero y de reluciente hebillaje.

Era Antonio desaplicado; su inteligencia dejaba mucho y hasta muchos que desear; pero como en estos colegios de buen pago, mientras se paga bien, no conviene perder alumnos, es decreto que todos resulten maravillas.

No es ello crítica de maestros. A la mayor parte significales la enseñanza un medio de vivir como otro cualquiera. Cada uno debe y necesita vivir lo mejor posible. Mientras haya padres necios que con exterioridades se engrían, y con premios, cintajos y medallitas se satisfagan, bien hacen los maestros explotando su necedad. Al fin y a la postre, de los tontos se vive en este mundo y, aun aun, haciendo promesas para el otro.

Siendo de tal hechura el colegio donde metieron a Antoñito, siendo sus padres capaces de todo sacrificio y halago para quienes le pintaran al muchacho como ángel de sabiduría, inútil es decir que premios y cintas y medallas llovieron como lluvia abrileña sobre el educando.

Al otro, en escuela gratuita, con maestros que apenas tenían que comer, no le tocaban premios, por la sencillísima razón de que no los había; pero es lo cierto que el muchacho era listo y trabajador, y aprendía mucho más y más bien que de los métodos y elementos educativos empleados allí debía justamente esperarse.

Especialmente para Matemáticas y Geografía era un prodigio el menguado Anatolio. Cúpole en suerte un maestro viejo, a quien desdichas de la profesión trajeron a maestro de colegios gratuitos. En otros mejores anduvo; en implantar uno a la moderna gastó sus pocos ahorros. Cerrólo por falta de discípulos, mejor dicho, de padres de discípulos que quisieran entrar por la vía de hacer a sus hijos hombres y no loros, y acogióse a una escuela municipal como náufrago a tabla.

Se encariñó el maestro con el discípulo; pagó éste con creces cariño y enseñanzas, y a los catorce años podía tenérselas tiesas con Aristóteles y Copérnico, refundidos.

Poco valieron estos méritos de Anatolio frente al juicio estrecho de sus padres.

¿Qué servía el ignorantón de Anatolio, comparado con Antoñito, que era bachiller, y al año siguiente emprendería la carrera para ser deslumbre del Foro? Nada o casi nada. Aquel calabacín había dado de sí cuanto debía dar. ¿Tenía buena letra y sabía cuentas? Pues a encontrarle un empleíllo y que se las buscase como Dios le diera a entender.

¿Un empleo? ¿Dónde encontrarlo? El viejo maestro se lo proporcionó, humilde pero suficiente a cubrir sus necesidades, en la Secretaría de un centro pedagógico. Allí prestaría útiles servicios y podría

dedicarse a aquellos estudios propios de sus aptitudes y aficiones.

Dicho y hecho. Anatolio entró en la Secretaría con «dos cincuenta», y a vivir.

El mismo día y casi a la misma hora anunciaban los padres a todos sus conocimientos que Antonio «entraba por el primer año de Leyes.»

II

Presidía el centro pedagógico donde emplearon a Anatolio un astrónomo del Observatorio matritense, hombre de tantos años como ciencia.

Tenía los cabellos color plata de luna, cual si los rayos de ésta hubieran echado raíces en la cabeza de su fervoroso observador; los ojos, redondos, claros y sus miajas convexos, como lentes de anteojo; la nariz, recta, delgada, muy en punta, parecía un compás. ¿Cuándo se abrirá para medir?, decía uno al mirarla. Las arrugas innumerables del rostro resultaban, por el dibujo, más que arrugas, fórmulas algebraicas; el cuerpo era menudo, al andar movía los brazos con movimiento de alas; creyérasele dispuesto a volar en busca de los espacios siderales. En resumen, un buen señor con alma grande y noble, digna de otros planetas.

Prendóse de Anatolio el sabio, no por otro motivo que hallar en él felicísimas disposiciones para la ciencia astronómica de que el sabio había hecho su religión, y se dispuso a protegerle y a darle carrera en consonancia con sus bien manifestadas aptitudes.

Al primer fin, viendo que el mozo—a quien sus padres habían puesto en la del rey—, para domicilio, alimentación y traje no tenía más que las dos cincuenta, le brindó hospedaje en su casa y le regaló los desechos de su vestuario. Suerte que era el beneficiador tan enclenque como Anatolio. Por tal causa pudo éste aprovechar el desecho de trajes y zapatos. No ocurrió igual con los sombreros. La cabeza del astrónomo era, por su tamaño y por su redondez, una esfera armilar.

En lo que toca a profesión, siendo la de D. Lucas la que iba Anatolio a seguir, no precisaron universidades y maestros. Con el de la casa bastaba y aun sobraba a las veces. Era exigente el profesor, y solía poner, con sus exigencias, en tortura el buen intelecto y la buena voluntad del discípulo.

Bien instruído, bien alimentado y alojado, y si no bien vestido, vestido, que ya es algo para andar por las calles en esta época extraparadisíaca, nada le faltaba a Anatolio. Hasta le sobraban las dos cincuenta. Traducidas eran semanalmente en ahorros sobre una libreta del Monte de Piedad.

Hubiera sido el mozo completa y absolutamente feliz, si en el mundo ello resultara posible. De entretenimiento le servía, que no de ocupación, el limpiar los instrumentos del maestro, el cepillarle la ropa, el prepararle agua para la diaria rasuración y el oír los discursos que enjaretaba, antes de dor-

mirse, a propósito de Marte, de Venus, de Júpiter, de Sirio, de esta estrella o de otra; de este o de aquel sistema planetario.

Hubiera sido totalmente dichoso Anatolio si no contrastase y chocaran algunas veces las condiciones privativas de su carácter con las del carácter de D. Lucas.

Era Anatolio linfático, sedentario, pasivo; era don Lucas todo nervios, acción e inquietud. Anatolio tenía naturaleza de caracol o de ostra: la casa, el domicilio, significaban para él lo que la concha para aquéllos. A serle posible hubiera ido a todas partes con la casa a cuestas como el caracol, o la hubiera entreabierto, nada más que entreabierto, para ver lo que fuera ocurría, como hace la ostra con sus valvas.

Don Lucas, por el contrario, no hallaba jamás un domicilio conveniente.

¿Por afán de comodidades materiales? No. Las comodidades materiales eran para el astrónomo pura y despreciable superfluidad. El toque de sus inquietudes y mudanzas domiciliarias estaba en otros puntos.

El Observatorio de Madrid significaba para don Lucas el templo abierto, la catedral donde todos los sacerdotes astronómicos realizaban los oficios sacros del culto en noble comunión; pero, así como necesita el místico de un lugar oculto, de una re-

cóndita capilla donde abrir sin testigos las alas del espíritu y comulgar con Dios, necesitaba el sabio también capilla hábil para sus deliquios siderales.

A esto, a la precisión de encontrar capilla digna de su misticismo astronómico, debíanse las incesantes mudanzas de D. Lucas. Quería él domicilio sin vecindad, en el campo, naturalmente, libre de boscajes y de montículos que le entorpecieran los disfrutes del paisaje celeste; y quería en aquella vivienda una azotea alta, lo más alta posible, para saludar desde su remate, anteojo en mano y pupila en anteojo, a todos los mundos brilladores que temblaban sobre el espacio azul.

Ninguna capilla le parecía buena al objeto de sus oraciones astronómicas. Al poco tiempo de alquilada una casa desechábala por inservible. Era preciso buscar otra, y ¡hala!... ¡Anotolio, avisa al carro de mudanza!... ¡Anatolio, enfúndame los instrumentos!... ¡Anatolio, mete la ropa en las maletas!... ¡Anatolio, cierra los armarios!... ¡Sube, Anatolio!... ¡Anatolio, baja!...

Y el pobre Anatolio, el hombre ostra, la criatura caracol, iba de un lado para otro y de este barrio a aquél, no echando maldiciones—el muchacho era incapaz de maldecir—, pero sí dándose a todos los cometas que, por rabudos, algo tienen de diablos.

En fin, y mudanzas aparte, era dichosa la existencia del astrónomo en perspectiva.

Poco a poco, sin perder uno, ganó todos los cursos y llegó al término de su carrera; los ganó con notas de sobresaliente, con premios y matrículas y título de honor. Don Lucas gozaba a cada triunfo del discípulo tal que si fuera propio. Al terminar su carrera Anatolio, halló el maestro forma de que entrara en el Observatorio y fuera dentro de la iglesia un sacerdote más.

Como el joven apenas tuvo precisión de tocar el sueldo del centro pedagógico, ascendían sus ahorros a algunos miles de pesetas cuando terminó la carrera, y cambió su jornal de escribiente por un jornal de sabio. El jornal de sabio consistía en cinco pesetas diarias. De algún modo han de pagarse tantos años de estudio.

Todo llega en el cielo de arriba y en la tierra insignificante de abajo, y le llegó a D. Lucas la hora de morir.

Fué ésta durante una noche estival que entoldaban blancas nubecillas, coloreadas, de tiempo en tiempo, por la luz del relámpago. Las estrellas temblaban misteriosamente en el cielo; la madre luna, en toda su nacarina plenitud, paseaba lentamente el espacio.

«Anatolio — dijo D. Lucas, que llevaba cuatro días en cama —, esto concluye; se me acabó el fuego central; dentro de algunas horas entraré en la categoría de los cuerpos difuntos. No vale apu-

rarse. Ni los astros son eternos; ¡para que lo sean los hombres! Ahora sí, no quiero que se extinga mi luz sin dar un adiós último a los amigos de allá arriba. Conque ayúdame; subiremos poco a poco esas escaleras y desde la azotea me despediré de este mundo nuestro y de los otros.

»Excusado es decirte—añadió D. Lucas—que cuanto poseo, mis instrumentos, mis apuntes y las bagatelas de mi casa, te pertenecen. Como a hijo te miré, y como a hijo te lego toda mi fortuna. No encontrarás mucho dinero, pero encontrarás algunas fórmulas curiosas.»

Y fué allá arriba, sobre la azotea, bajo el cielo claveteado con estrellas, en presencia de la luna blanca y amorosa, donde el sabio se fué extinguiendo poco a poco, sin convulsiones, sin espasmos, con majestuoso y dulce agonizar.

Puestos los ojos en la Diana de los poetas, seguía sonriendo su curso. Con los ojos de par en par abiertos quedó el maestro al morir; en ellos tembló durante unos segundos la imagen pálida de la luna. Hubo un silencio augusto bajo el cielo azul.

La madre luna envolvió al muerto con una mortaja de alabastro.

III

¿Cuáles sucesos habían ocurrido durante aquellos años en el domicilio de Anatolio, que éste muy de tarde en tarde visitaba?

Antoñito, el apreciable Benjamín, respondiendo cumplidamente a las promesas infantiles, salió un perfectísimo granuja.

Embobados trajo a sus padres durante mucho tiempo con charlas engañadoras y con trampas estudiantiles. Unas y otras llevaban por objeto exclusivo sacar a los padres dinero y encubrir suspensos y pérdidas totales de curso.

Para lo de sacar dinero siempre tenía a mano un libro nuevo, un repaso hecho, secretamente, con cualquier profesor, un centro o sociedad estudiantil de la cual, por supuesto, le habían nombrado presidente... Recursos de esta índole nunca faltaban al pícaro holgazán para saquear las arcas paternales.

Ocasiones hubo en que no bastándole con los engaños, recurrió al hurto franco y al empeño de objetos y prendas valorables.

Cuando hurto o pignoración eran descubiertos, reñía el padre, lloraba a moco tendido la madre, el

mozo se deshacía en prometimientos de enmienda y todo concluía en paces. Antonio echaba escaleras abajo encogiendo los hombros; y los padres exclamaban casi a dúo: «Después de todo, mientras el muchacho haga bien sus estudios no hay que tomarlo por lo heroico. Esas y otras calaveradillas son propias de la edad.»

¡Los estudios!... Para los padres exclusivamente llevaban camino franco los de Antonio. Por la cuenta de ellos andábase el mozo en el quinto año; por la del mozo y los profesores del mozo no había pasado del primero.

Hábil en raspar y enmendar papeletas, certificados y matrículas, llevaba al domicilio todos los junios una carga de sobresalientes. Eran ellos suspensos en la realidad. Los infelices padres tragaban el anzuelo y ya veían a su Antonio siendo asombro de estrados, procuradorías y audiencias.

Asombro sí era. No precisamente de claustros, aulas y profesores, pero sí de billares, de garitos y de tahures. Conocía y ejercitaba maravillosamente todos los juegos de naipes, así los carteados como los de azar y de envite; daba gloria en carambolas, treinta y cuarenta y una, morito, platillo y demás lances de billar; bailaba como un organillero, y, en las casas públicas, declarábanle hijo adoptivo la alcahueta, chulo las mancebas y compañero los rufianes. Un encanto de mozo.

Vino al cabo lo de averiguarse sus trapacerías. Toda la casa fué llanto y desazón.

Quisieron los padres refrenar al mancebo, y mejor lo hicieran callando. Antonio, rompiendo la máscara de su hipocresía, hizo frente a las reprensiones y hasta llegó en sus réplicas a la amenaza, con gran dolor de sus progenitores, que habiéndole educado para ser malo se asombraban de que lo fuera.

«¿Qué hacer ahora de él? — exclamaban los padres —. ¡Tanto tiempo perdido!... ¡Tanto dinero gastado inútilmente! ¡Quién lo pensara!... ¡Esto es horrible! ¡No podía ocurrirnos otra cosa peor!...»

Sí que podía, y ocurrió.

Sabía Antonio que su padre guardaba dentro de un armario, en una cajita de hierro, veinte mil pesetas, único y definitivo capital para la próxima vejez, y cierta noche descerrajó el armario, hizo propia la caja y tomó las de Villadiego con el propósito, fielmente cumplido, de volver la espalda a su hogar y no ocuparse más de los suyos.

Al padre le trajo el disgusto una parálisis, dejándole inútil para todo trabajo; quedó la madre punto menos que lela, y la miseria entróse por aquel hogar como dueña y señora.

Entonces, sólo entonces, se acordaron los buenos padres de Anatolio. La voz de la sangre habló en ellos pidiendo a gritos la presencia del hijo au-

sente y olvidado. Noble y santa voz de la sangre, ¡qué a tiempo sabes hacerte oír!

Muerto era ya D. Lucas cuando acaecieron estas cosas. Anatolio acudió donde le llamaron, y puso a réditos de la enfermedad y de la vejez de sus padres, los ahorros y la paga.

Después de todo, era su obligación. Así lo pensaban los padres y Anatolio también.

La libreta del Monte de Piedad se hizo humo entre cuentas de médico, recetas y cuidados precisos a la manutención de los dos enfermos. Menos mal que la muerte se encargó de llevarlos en tiempo oportuno para que la paga del astrónomo no cayese en manos de usureros.

Con diferencia de unos meses se verificaron los dos entierros.

Al concluir el último, un pariente de esos que sólo aparecen en las casas cuando hay muerto o recién nacido o casado, echó los brazos al cuello de Anatolio y le dijo entre sollozos que parecían naturales:

—¡Ay, Anatolio!... Tu desgracia es muy grande. Nada como un padre y como una madre. Hace dos meses perdiste a la primera; hoy al segundo pierdes. Hoy te quedas solo en este mundo.

Anatolio creía que cuando quedó solo en este mundo fué al morir D. Lucas, pero no quiso llevar la contraria al pariente.

IV

Al igual del maestro, consideraba su carrera una religión el joven astrónomo, y a ella dedicaba toda su actividad. Su casa era la torre del Observatorio, su balcón el anteojo, sus paisajes los dibujados sobre fondo azul por las constelaciones.

¡Qué dicha la suya cuando en las noches estrelladas, de cara a cara con el infinito, iba recorriendo anteojo en diestra el mundo sideral, para la mayor parte de los hombres todo incógnitas y misterios, para él todo claridad y sencillez!

Como el piloto dirige su barco de uno en otro océano, dirigía él su anteojo por los océanos celestes, sondando las profundidades, huyendo los escollos, llegando siempre al puerto luminoso donde le llevaban sus observaciones.

Una vez en puerto, es decir, una vez anclada su lente en el astro de escala, ¡qué deliciosas excursiones realizaban los ojos de Anatolio por la superficie aquella!

La luna, diosa pálida a quien los poetas dedican endechas melancólicas, era para Anatolio planeta despreciable, criatura muerta, sin alma, puesto que

atmósfera y calor la abandonaron para siempre. Luego, muy conocida; apenas si quedaba en su organismo cosa a descubrir. Así es que cuando el anteojo se detenía sobre la redonda esponja de alabastro, el astrónomo lo empujaba desdeñosamente y seguía su viaje pasando con indiferencia por Marte, por Venus, por todo nuestro sistema planetario. Eran amigos antiguos y no precisaban cortesías extremas.

Allá, lejos, muy lejos, donde las nebulosas van, por los méritos del anteojo, descomponiéndose en astros y más astros, era hacia donde rumbaban sus navegaciones constelares; y aun iba más allá, siempre más allá, buscando estrellas nuevas como busca tierras ignotas el navegante, perdiéndose en los océanos lechosos de arriba como se pierde en los hielos del polo el descubridor ansioso de alcanzarlo.

Quien viera al astrónomo en sus horas de observación, no le reconociera.

El jovenzuelo enclenque, de rostro paliducho y de encogidos ademanes, la débil criatura que no se atrevía a mirar a nadie, sufría una espléndida transfiguración.

Resplandecían sus ojos con fulgor entusiasta; una terca voluntad se exteriorizaba en las arrugas de su frente; el rostro adquiría calor, energías la boca, fortaleza los músculos, temblores anhelosos

las manos, grandeza total la insignificante figurilla. Imagen de conquistador parecía, examinando el campo de batalla, disponiéndose para el combate.

¡Y qué hermoso campo de batalla! ¡Qué divino espectáculo el del infinito repujado de estrellas!... ¡Qué sueños tan hermosos los de Anatolio cuando, cerrando los párpados, viendo con las pupilas de su imaginación, se consideraba transportado a un punto imaginario, desde el cual podía contemplar, de una vez y de un solo golpe, el espacio del firmamento comprendido entre la cruz del Sur y la estrella del Norte! ¡Sublime océano sideral aquél, donde millones y millones de estrellas resplandecían como faros indicadores de otros tantos mundos que, andando los siglos, se pondrían en relación directa, en directas comunicaciones, como lo están hoy los pueblos de la Tierra, de este planeta misérrimo y defectuoso que gira y regira, mendigando un poco de lumbre alrededor del sol!

¡Visiones de poeta en las que se confundían la quimera con la realidad, eran las de Anatolio entonces! ¡Prodigiosas visiones, por obra de las cuales llegaba a creer a los astros ojos de fantásticas criaturas que en la profunda noche le contemplaban amorosas, tendiéndole sus brazos, hechos con temblores de luz!

Así como el poeta materializa sus impresiones en estrofas armónicas sobre una cuartilla de papel,

en cuartillas materializaba las suyas Anatolio, escribiendo fórmulas algebraicas, trazando letras y números y signos.

Aquellas fórmulas, incomprensibles para los ignorantes, eran para Anatolio, para los como él iniciados en el lenguaje de la Astronomía, estrofas del poema del infinito, canciones de otros espacios y otros mundos, que iban desarrollándose sobre un pentagrama de mases y menos, de raíces cúbicas y cuadradas, de puntos y de líneas.

No cambiara Anatolio sus cuadernos algebraicos y geométricos por los cuadernos de poeta ninguno vivo; y no cambiara los manuscritos originales de su maestro por los del propio Alghieri, si alguien le propusiera el trueque. Como todo tiene sus contras, aquel vivir en perpetua relación con los astros había hecho del joven un hombre perfectamente inútil para la vida terrenal.

A tropezones andaba por la tierra Anatolio. Del vivir práctico no se le alcanzaba palabra. Afortunadamente, en lo que toca a bienandanzas materiales, se conformaba con tan poco, que podía dejarlo en cero. Su mezquino sueldo bastaba a las necesarias urgencias. Siéndole igual que fuera dura o blanda la cama y blandos o duros los garbanzos del cocido diario, siempre hallaba quien, por módico estipendio, diese alojamiento a su persona; y siéndole iguales también el corte y la condición de las ropas,

tampoco le era difícil hallar sastre en razones de economía.

Después de todo, ¿qué se le daba a él de terrenas comodidades? Él casi no pertenecía a la tierra. Era un sujeto sideral encadenado a nuestro mundo por equivocación.

Pero su cadena le permitía ascender a la torre del Observatorio. Una vez en ella, podía volar, volar siempre, cada vez más alto. A lo alto miraba, sin bajar nunca los ojos a la tierra.

Un día los bajó.

Era un crepúsculo de mayo. Anatolio atravesó la puerta del Observatorio y tomó rumbo hacia el Retiro.

Tarde primaveral aquélla; hablaba, a la sangre, de remozamientos, y a los nervios, de voluptuosidad.

Como oro en polvo cernían las hojas los rayos postrimeros del sol; un airecillo suave vibraba en la atmósfera, empapada en perfumes de flores y de hierbas; cantaban los pájaros sobre las ramas verdes; desprendíase de la tierra húmeda un fuerte olor de engendramiento...

Anatolio, caído, mejor que sentado, en un banco, respiraba a pleno pulmón aquella atmósfera saturada de gérmenes; sus ojos seguían el picotear de los mirlos que se cortejaban entre el césped; los jilgueros se enviaban de un árbol a otro amorosas endechas; en un estanque próximo roncaban su livian-

dad las ranas; dos mariposas se perseguían encima de un rosal.

Anatolio se había olvidado del cielo; no era el Anatolio de siempre. Una gran languidez fué apoderándose de su cuerpo; los brazos cayeron al largo; los ojos se entornaron; por los abiertos labios salían suspiros de placentera angustia. Ansias de algo desconocido, no gozado por él aún, se iban enseñoreando del mozo. Sin que él se diera cuenta, su boca pronunció esta palabra: Amor.

Crujieron las ramas, y un grupo de muchachas apareció enfrente de Anatolio. Última de todas era una que frisaría en los veinte años. Morena de tez, negra de ojos, con mucha sangre en los labios y mucha gracia en el andar, pasó por frente del astrónomo.

Éste se alzó del banco y, maquinalmente, echó tras la muchacha.

Al ruido de los pasos de él volvió ella la cabeza y el idilio empezó.

Idilio de pájaros pobres, que la necesidad de ganarse la vida interrumpía con paréntesis largos.

La muchacha era modista de sombreros. Únicamente a la salida del taller podía encontrarla Anatolio para acompañarla media hora y dejarla en el portal de su casita humilde.

Para desquitarse de la homeopática entrevista tenían los domingos.

Y se desquitaban en las mismas poéticas alamedas donde se conocieron. Se desquitaban con largos apretones de manos, con besos furtivos, con diálogos que suplían la brevedad del ósculo. Sólo que tan dulces desquites hallaban dique en la vigilancia extrema de la madre y en una hermana solterona que, por despecho de la soltería definitiva, se había declarado, en punto de amores ajenos, la propia rigidez.

El astrónomo se casó.

V

Fué modesta la boda, sin que en ella faltara ninguna de las cursilerías propias a este género de ceremonias.

Carmen se plantó en el moño y en la pechera del vestido los ramitos de azahar; la madre ciñó — es un decir — el traje de seda, no reformado de veinte años a entonces; la hermana cuarentona echó también mano de los azahares, en prueba de su fósil virginidad; y la comitiva, precedida por el padrino, tomó la ruta de la iglesia.

Previas las bendiciones y la plática del sacerdote y el mendigueo de sacristán y monaguillos, fueron a tomar desayuno al próximo café.

—¡Vivan los novios!—gritaba la granujería, asomándose por las ventanas del establecimiento —. ¡Vivan los novios! —repetían los pobres de oficio —. ¡Vivan los novios!..., parecían decir con desentonados acordes el violín y el piano del café. —¡Vivan los novios!—exclamó la comitiva a coro.

Mudado el traje de ceremonia por otro más sencillo, tomaron, novios e invitados, asiento en un ómnibus que los condujo a la Bombilla.

Allí, lo de siempre: el tan acreditado arroz y la clásica ternera con guisantes. Hubo también, porque el padrino era rumboso, su mucho de Champagne y sus no pocas borracheras.

Tengo observado que en estas solemnidades, casi todas las personas formales que ponen como un trapo a quienes abusan del vino, se emborrachan de un modo escandaloso y cometen en un solo día más inconveniencias y disparates de los cometidos en un año por un *curda habitual.*

Al son del organillo danzaron como trompos los enardecidos comensales; una señora de cien kilos y un caballero de sesenta años bailaron sevillanas. Una escuálida señorita, de ojos pintarrajeados, se acompañó con su guitarra unas malagueñas. ¡Y qué malagueñas! Escuchándolas, acababa uno hasta por aborrecer los boquerones.

No pararon ahí las habilidades y las gracias.

El esposo de la maestra de Carmen se puso a imitar animales. ¡Cómo lo hacía el buen señor! En algunos casos era la verdad propia. Los jumentos del merendero le acompañaron apenas dió el primer rebuzno. Pero donde sobresalió, donde llegó a las cimas del arte, fué haciendo el buey.

— ¡Es un buey!... ¡Es un buey de veras! — gritaba todo el mundo.

La esposa sonreía, dando su sonrisa completa razón a las afirmaciones.

Después del buey, le tocó turno de habilidades a una niña declamadora, que enjaretó a los novios versos compuestos ad hoc por un empleado del Tribunal de Cuentas, que enviaba composiciones a todos los Juegos Florales y comedias a todos los concursos.

Versos y niña recitante, corrían parejas en bondad.

Luego vino el fotógrafo, el inevitable fotógrafo; y hubo que formar corro, y mudar de posición diez o doce veces, y ponerse muy serios cuando el hombre enfocó el aparato.

Luego... Luego más vino y más baile, y menos vigilancia en las madres, y más afán en las hijas y novios de las hijas para tomar anticipos discretos de las bodas futuras.

Anatolio miraba a su Carmen embobado.

Y había razón para el embobamiento, que estaba preciosa la muchacha con sus ojos negros, y su boca de labios bermejos, y su cuerpo gentil, y su alto pecho, temblante de emoción...

—Mira — dijo Anatolio a su novia, aprovechando un momento en que baile y vino distraían a la concurrencia —. Esto es insoportable; el que no está borracho está loco. Luego que..., vamos, me parece que nuestro cariño no precisa tan ridículos acompañamientos. Así, como distraídos, nos vamos donde están los sombreros. Tú coges el tuyo. Yo

tengo puesto el mío. Nos escurrimos en un coche, y a casa. ¡Que bailen y que beban ellos!

— Pero...

— ¿Qué te detiene?

— No sé..., me da vergüenza...

Cedió al cabo. ¡Naturalmente!

Sin ser vistos abandonaron la Bombilla dentro de un coche de alquiler. En él se dieron libremente, temblando de amor y de deseo, el primer beso de casados...

VI

Anatolio conoció un astro nuevo: la luna de miel. Brilló ésta con absoluta plenitud en su cielo matrimonial durante algunos meses. Luego fué menguando poco a poco, no por falta de ilusión y de cariño entre los cónyuges: porque trabajo y necesidades la fueron recortando. No era posible, en hogar humilde, dedicar al amor todas las horas del día y de la noche. Anatolio volvió a sus anteojos y a sus cifras; Carmen tuvo que emplearse en la dificilísima tarea de estirar los duros y de ir preparando los primeros envoltorios para el fruto de bendición.

A los nueve meses y veintiún días de la boda vino a este mundo el primer hijo de Anatolio y de Carmen. Después de aquél, con regularidad cronométrica, todos los años aparecía un nuevo vástago en la casa.

Era fecunda, demasiado fecunda para un sueldo anual de 2.000 pesetas, la esposa del astrónomo. Menos mal que ella criaba los chiquitines y aun le daba tiempo la crianza para dedicarse al oficio y aumentar los ingresos con algunos sombreros, tan

modestos como la parroquia que hacía de ellos el encargo.

Buena mujer Carmen, sobrellevaba la carga con alegre paciencia y hacía verdaderos milagros para que lo más preciso no faltara dentro de su hogar, donde, a más de Anatolio, de los hijos y de ella, comían, vestían y dormían su madre anciana y la histérica solterona.

Esta última hacía en la casa los oficios del moscardón. Zumbaba y murmuraba de esta habitación en aquella, gruñendo por todo, por el llanto de los chiquillos, por las caricias de marido y mujer, por los alifafes de la vieja, por la comida, por la luz, por el aire. Hasta el aire molestaba a aquella cuarentona, falta de hombre y cada hora más y más necesitada de él.

Anatolio, vuelto a su Observatorio, tornó a su antigua sideral existencia, a su vivir apartado de la tierra casi por completo, a sus navegaciones por los infinitos azules, a sus cálculos y problemas.

Gozaba, en todo el mundo científico, reputación de sabio; tenía directas relaciones con los Observatorios principales del Globo; poseía títulos de corresponsal en la mayor parte de las Academias, Centros e Institutos geográficos; las Revistas del gremio solicitaban sus artículos; sus folletos gozaban de merecida fama. No ocurría en el espacio acontecimiento para el cual no reclamasen su con-

curso, ni un astro se movía en el infinito sin previa licencia de Anatolio.

Pero estas glorias y preeminencias, que se traducían en diplomas honoríficos, consultas, también honoríficas, títulos académicos, cartas laudatorias, sueltos encomiásticos de la Prensa y medallas de níquel, no se traducían en pesetas; y de pesetas andaba más necesitada cada vez la casa del astrónomo.

Los folletos y libros de éste, que tenían inmenso valor para la Astronomía, teníanlo muy escaso para editores y libreros. La parroquia sideral era muy reducida; las ediciones no pasaban de los mil ejemplares, y cuando Anatolio entraba, manuscrito en mano, por un despacho editorial, el editor, luego de contemplarle desdeñosamente y de rebajar los méritos de la mercancía, según uso y costumbre, dábale por ella una mínima cantidad, siempre inferior a las perentorias necesidades que motivaban y precipitaban el trato.

— En fin, ¡qué remedio! — según decía Carmen —. Se pasará como se pueda. Dios no abandona a los que trabajan.

Ciertamente no los abandona, pero se distrae mucho; y la buena Carmen, con sus cuatro chicos, y su madre y su hermana, vivía en continuo apuro y sobresalto.

Pesa un hogar bastante, por humilde que sea; es

poema sublime, el que realizan obscuramente las mujeres del pobre, para sostener el hogar con sus brazos, para librar esa lucha ruin que se traduce en sortear deudas pequeñas y en improvisar, sin dinero, libretas de pan, jícaras de garbanzos y gramos de carne.

Es de ver cómo se quitan diez céntimos de acá para reponerlos allá, cómo se escatiman el carbón y la luz, cómo se remienda un vestido con otro, cómo se disimula la escasez del mendrugo y la desubstancia del caldo con bazofias; herculianas faenas que realiza, minuto a minuto, silenciosa y cachazudamente, la mujer en los hogares pobres.

Así hacía Carmen sin que la sonrisa huyera de su boca y la confianza de su alma. Así transcurrían para ella los meses y los años; así con cada año nuevo venía otro hijo nuevo sin pan alguno bajo el brazo, pero con unas ganas atroces de mamar.

VII

Anatolio no se daba cuenta de la mala situación de su hogar.

Si el amor de la hembra pudo apartarle durante cuatro o cinco meses de sus verdaderos amores, pronto volvió a ellos más enamorado, más entregado que antes, sorbido materialmente por la pasión del astro.

Cuando salía del Observatorio y tornaba a su domicilio, era viaje de sonámbulo el suyo por estas calles de Madrid.

Como un sonámbulo llegaba al portal de su casa y remontaba la escalera y tiraba de la campanilla; como un sonámbulo entraba en la reducida habitación donde le aguardaban su mujer y sus hijos. Besaba a éstos, abrazaba a aquélla, saludaba con afectuoso saludo a su suegra y a su cuñada, embaulaba el condumio y se metía en su despacho a ordenar sus diarias observaciones, o a emborronar cuartillas para artículos y folletos.

¡Siempre igual! Su cuerpo andaba y moraba en la tierra, pero su espíritu no se movía de la altura.

Tenía en los interiores del cerebro una lente, y dibujado sobre ella, el mapa del espacio.

Estoy por afirmar que aun durante sus horas de matrimonial esparcimiento y de amorosas conjunciones, andaba más que en las suyas en las de un planeta con otro. Sólo que, a pesar de ello, los hijos venían puntualmente. Una vez lo hicieron a pares, niño y niña, como quien dice Marte y Venus.

Anatolio la erró casándose. Hombres como él nacen para estar solos, a disposición franca del ensueño, sin trabas que les sujeten a la realidad.

¿Quién dichoso más que él cuando, muerto don Lucas y enterrados los padres definitivamente, quedó libre encima de la tierra? ¡Ay si continuara soltero, sin más gastos que los de una casa de huéspedes baratita, muy baratita, sin otras hembras que las de urgencia y ocasión, baratitas también!

¡Mala tarde la del hermoso abril en que abandonó su Observatorio y fué a recostarse contra aquel banco del Retiro y sintió dentro de su carne el llamamiento de la primavera!

Venganza del planeta Tierra, encolerizado con los desprecios del astrónomo, fué la aparición de la criatura femenina. Por sueño la tomaba Anatolio. Al presente el sueño se había vuelto mujer propia con seis hijos y añadidura de madre vieja y hermana en irremediable soltería.

Y cuidado que, a pesar de éstas y de otras reflexiones, el hombre quería a su esposa y adoraba en sus hijos. Hasta soportaba, sin enfados mayores, a la cuñada y a la suegra.

No le importaran a él ahogos, trabajos y materiales sacrificios si no vinieran a estorbarle en sus horas de estudio y de científica abstracción.

Esto era insufrible, y esto era lo que un día y otro ocurría en el domicilio del sabio.

Unas veces eran los chicos, rompiendo en llanto estrepitoso o en risas más estrepitosas que el llanto; otras, la cuñada, que, a la menor contrariedad, se desgarraba en ataques de nervios coceadores y gritones; algunas, pocas ciertamente, la misma Carmen, que entonaba cánticos para distraer penas y miserias. Hasta la vieja, con sus ataques de asma, solía interrumpir los éxtasis del matemático.

Pálido, nervioso, sujetándose con ambas manos la cabeza, en actitud de quien recibe un golpe, abría Anatolio la puertecilla del despacho y gritaba con suplicante voz:

— ¡Por Dios, esos niños! ¡Por Dios, búscale un marido a tu hermana, a ver si acaban los ataques! ¡Por Dios, Carmen, déjate de canturías! ¡Ay, doña Martina de mi alma, tome usted el jarabe, a ver si le pasa la tos!... ¡Tengan misericordia! ¡No ven que de esta manera es imposible trabajar!...

Y vaya cuando la molestia venía de los de la

casa. Entonces acababan, mal o bien, por callarse y dejar tranquilo a Anatolio.

¿Pero quién calla a un panadero que reclama ocho días de pan? ¿A un carbonero que sube, factura en mano, echando lumbre por ojos y por boca? ¿A un tendero de comestibles que lleva dos meses sin cobrar? ¿A un zapatero que ve sin suelas y tacones las botas que no ha cobrado aún?

A ésos de ningún modo se les calla; y ésos daban campanillazo tras campanillazo en la puerta de la habitación, y chillaban como energúmenos, y se revolvían pasillo adentro, y llegaban a no respetar el estudio de su deudor y se presentaban frente a él puños en ristre y juramento en labios.

¡Qué desesperación, en tales momentos, la de mi hombre! Él, que conocía *ce* por *be* todos los metales existentes en cada planeta del sistema solar, no hallaba metal alguno en sus bolsillos para tapar la boca de aquellos deslenguados, incapaces de comprenderle y, lo que es peor, de fiarle una perra por respeto a su sabiduría.

Aun así y todo, sorteado el primer achuchón, pasaba Anatolio por vocerios familiares y por juramentos de acreedores.

Por lo que no pasaba, por lo que sufría cuanto puede sufrir persona, era por otro asunto.

Sabido es que la condición de Anatolio corría parejas con la del caracol. La perpetuidad inquili-

naria significaba para él el *sumum* de la felicidad; en su convivir con D. Lucas, los trasiegos domiciliarios constituyeron la única pena, la tremenda desventura del fámulo-estudiante.

Pues bien: al año de casado fueron las mudanzas, a falta de otro muchas veces, el pan nuestro de cada día.

¿Por deliberado propósito en Carmen? ¿Por intranquila y tornadiza condición del grupo familiar? No; por necesidad y por mandato imperativo de los artículos legales que se refieren al desahucio.

¡Siempre las malditas consecuencias de vivir fuera de este mundo, con los ojos del espíritu y de la carne puestos en las constelaciones! ¡Váyale usted con constelaciones a un casero!... ¡Bueno anda el percal para volantes!

Escasa la paga, numerosa la prole, parcos los ingresos fortuitos, si para el diario pasar sufría grandes apuros Carmen, no vale decir cómo los sufriría para echar fuera las atenciones de primeros de mes.

A ser Anatolio hombre práctico, hubiera utilizado fama, medallas y diplomas en mejorar su economía, pavoneándose ante esos ricachos que reciben a las eminencias en clase de figuras decorativas, o haciendo rueda a algún personaje que le pagara su adulación con limosnas disfrazadas de comisiones.

¡Bueno era Anatolio para faenas de tal índole! Ni sabía que pudieran realizarse ni, aun sabiéndolo, pusiéralas en práctica. Aquel majadero de sabio tenía dignidad. ¡Como si tal vicio se pudiera tener con suegra, cuñada, parienta, media docena de críos y cincuenta duros de sueldo. Es decir, tenerse, sí se puede tener, ateniéndose a las resultas.

A ellas se atenía Anatolio. Hablo mal, las sufría cuando llegaban, y, siempre que llegaban, le causaban una sorpresa grande.

Embebecido en sus cálculos y en sus estudios, los sucesos pasaban por él como por el mármol el agua, resbalando sin penetrarlo. Carmen le ocultaba el peligro, segura de que no lo había de evitar. Sólo cuando la cosa no daba espera, cuando, no pagado el mes vencido, se entraba en el siguiente y el alguacil presentaba a Anatolio la papeleta de desahucio, caía éste en la cuenta.

Entonces comenzaba la inquisición para él.

«¡Hay que mudarse!... ¡Hay que mudarse!», murmuraba al salir del Juzgado municipal. ¡Mudarse!... ¡Qué horror! ¡Hallar dinero para la mudanza, qué hazaña!

Y sin disminuir sus lamentaciones, revolvía la tierra, en el firmamento no hay de qué, para aportar recursos. Los aportaba al fin malvendiendo algún manuscrito, empeñando ropas, y lo que es más duro, instrumentos, pidiendo al habilitado an-

ticipos. Después..., después, ¡a la mudanza!, ¡a la horrible mudanza!; a recorrer plazas y calles estirando el cuello, dilatando los ojos, subiendo escaleras, huroneando habitaciones, hasta dar con domicilio, si no conveniente, posible.

En seguida a avistarse con el dueño de la finca, o con el administrador o con el portero, a dejar la señal para que quitasen los papeles, a pagar mes adelantado y de fianza, a firmar el contrato y a hacerse entrega de las llaves.

A continuación en busca del carro de mudanza, donde nunca entran todos los muebles por escasos que sean; a pelearse con los mozos, que de todo gruñen y para todo exigen propina; a pasar tres o cuatro días mascando basura, ordenando papeles; y terminado todo, a desplomarse contra un mueble, rendido del insoportable trajín, asqueado de aquella polvorienta realidad, tan lejana y distinta de su cielo, amueblado con astros que espolvorean sobre la tierra partículas de luz.

Esto ocurría hoy; y a los tres, a los cuatro meses, cuando el sabio, vuelto a su vivir extraterreno, hallábase más engolfado en los éxtasis siderales, torna a la citación y torna al juicio de desahucio, y torna a recorrer calles y a firmar recibos y andar con carros y mozos de mudanza, entre una nube de polvo y una montaña de papeles y pingos.

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! —gritaba Anato-

lio, la ostra sin valvas, el caracol sin concha, el judío errante del inmueble—. Dios mío, causa desconocida que riges y gobiernas los orbes, ¡haz que concluya mi insoportable trajinar! Este infeliz astrónomo no te pide oro, ni glorias, ni marido para su cuñada, ni esterilidad para su mujer. Sólo te pide un rincón, un rinconcito, del que no le hagan salir nunca. ¡Un rinconcito sin casero, sin alguaciles y sin campanillas!

Era su oración de todas las noches.

VIII

En noche de enero ocurrió el solemne acontecimiento.

Tratábase de la aparición de una estrella, señalada cincuenta años atrás por un astrónomo del Observatorio de Greenwich, la cual estrella se mostraría, según cálculos de su descubridor, el 21 de enero a las 10 horas, 4 segundos y 5 tercios de la noche.

Del señalamiento de la estrella al arribo de su luz a los hombres habían de transcurrir cincuenta años, y eso que la luz anda la friolera de 77.000 leguas por segundo. Convengamos en que era un viaje regular.

Anatolio pasó el día muy desasosegado por culpa de unas malditas nubes que ocultaban, de tiempo, en tiempo los azules celestes. Si aquellas nubes se condensaban al venir el crepúsculo y cubrían totalmente el espacio, iba a serle imposible presenciar el alumbramiento astronómico.

¡Qué mayor desdicha para él, para todos cuantos debían asistir, por invitación de la Ciencia, a aquel parto del infinito!

Anatolio, que no había dormido en el transcurso de la noche anterior, no comió ni almorzó en el famoso día 21. Al obscurecer estaba ya en el Observatorio revisando sus álgebras, limpiando las lentes del anteojo, enfocándolo con el punto matemático donde había de aparecer la estrella.

Por fortuna, las nubes se fueron corriendo hacia los límites del horizonte. A las nueve habían desaparecido. El cielo, tachonado de estrellas, se extendía apacible, purísimo, ante los ojos del astrónomo.

La hora solemne estaba a punto de sonar. Sobre la lente del anteojo se dibujaba un círculo obscuro donde astro ninguno aparecía. En el centro mismo de aquel círculo había de mostrarse la estrella.

— ¡Las diez! — gritó un astrónomo.

Uno, dos, tres, cuatro segundos. Un tercero, otro, otro..., los cinco.

La estrella apareció. El sabio de Greenwich no había errado en una milésima de tercero.

Cuando sus colegas abandonaron el Observatorio, Anatolio no quiso acompañarles. Permaneció abstraído delante del anteojo, devorando con la pupila a la nueva criatura celeste.

Era noche de las frías de invierno; deshecho en partículas microscópicas andaba el hielo por la atmósfera y, entrando por los ventanales de la torrecilla observadora, regalábala una temperatura de 4 bajo 0.

Anatolio no se enteró. Contemplaba al astro novel, seguía, uno a uno, los temblores rápidos de su luz, la coloración de sus rayos, el suave resplandor que en torno suyo se esparcía, los primeros gritos luminosos de aquel infante sideral.

Y transcurrieron horas. Únicamente cuando las blancuras del amanecer se dibujaron hacia el Este, cuando la luz de la estrella se desvaneció, sorbida por el primer aliento solar, se retiró el sabio de su anteojo.

Un escalofrío recorrió entonces su cuerpecillo, mal arropado en un gabán de *El Águila.*

— ¡Hace frío! — exclamó. Y abandonó el Observatorio dando diente con diente.

Al llegar a su domicilio tuvo que meterse en la cama, temblando, con una calentura de 39 grados y 6 décimas.

Los dulces del bautizo del astro fueron para Anatolio una pulmonía.

No salió de ella. Tenían muy poco aguante sus pulmones para tan serio embite, y Anatolio se acabó de prisa, muy de prisa.

Poco antes de morir una gran tristeza se dibujó en sus ojos, llenos de bondad. Rodeaban su cama la esposa y ocho criaturas. ¿Qué sería de aquel nidal cuando muriera el padre? Dos lágrimas anchas rodaron por las pupilas del astrónomo, y dió principio su agonía.

Durante ella, no quedó viva en aquel cerebro más que una idea, la de que con la muerte llegaba para él un descanso definitivo. Con la de su casa al sepulcro hacía la mudanza postrera. ¡No más mudanzas!...

Expiró sonriendo.

La pobre Carmen, agotando todos los recursos posibles, dispuso para su marido un entierro decente y le alquiló nicho en una Patriarcal.

El día del entierro, sí. El día del entierro fueron detrás del pobre Anatolio todas las corporaciones científicas y no científicas, el señor ministro del ramo y un sin fin de personas que, al reclamo de los periódicos, se creyeron obligadas a acompañar, de muerto, a quien ni conocieron ni entendieron ni ayudaron de vivo.

El ministro pronunció un discurso encomiástico, y el ataúd del sabio entró en las negruras del nicho.

IX

Muerto el padre, el nido humilde sustentado por él, se fué deshaciendo poco a poco. Resbalando de rama en rama, llegó a esos espacios donde la miseria negra devora las cosas y los seres.

¿Qué fué de ellos? ¡Quién sabe! Es muy hondo el abismo donde rematan esas caídas; flota sobre él un cortinaje sombrío, hecho con lágrimas, con gritos de hambre, con acentos de amargura y desesperación.

Es muy difícil penetrar en las regiones donde pronuncia el abandono su última desgarradora frase.

En estas regiones se fueron hundiendo poco a poco Carmen y sus hijos.

No pensemos en ellos más.

¿Quién pudiera seguir su viaje por el mundo? No es fácil seguir el viaje de las hojas marchitas que el huracán va empujando, empujando siempre, sobre la tierra enfangada por los chaparrones de otoño.

Allá van hasta que un pie las pulveriza o un boquete las traga.

¡Pobres hojas! ¡Bien hacen quejándose agriamente cuando ruedan y ruedan, dibujando trágicos remolinos, al ras de la tierra fangosa!...

....

....

X

Después de su muerte, comenzó para Anatolio la verdadera dicha.

La tarde del entierro escuchó desde su ataúd la oración fúnebre del ministro y tuvo, para reír, un rato: el que tardaron en acomodarle dentro de su nicho y tapiar éste con ladrillos y yeso.

¡El buen ministro, aquel señor que en su vida las vió más gordas, hablando de ciencia astronómica y de los trabajos y libros de Anatolio, que iba citando uno por uno! ¡Trabajillo debió costarle aprenderse de memoria la lista de los libros al excelentísimo e ignorantísimo señor! ¡Un sujeto que sólo sabía dividir a sus administrados, hablando de matemáticas sublimes y de constelaciones!... Era para estallar.

Eso hizo Anatolio, estallar, parte por obra de la risa, parte por expansión de los gases amontonados en su cuerpo.

Luego, ante el ruido del cortejo alejándose, una risa irónica contrajo los labios descoloridos del cadáver. Toda aquella gente, que había gastado seis pesetas en coche para acompañar al astróno-

mo muerto, no se las hubieran dado para comer al astrónomo vivo.

En fin, ya no era ocasión de ocuparse en tales asuntos; pertenecían ellos a la vida mortal de Anatolio. Ahora había que ocuparse de otra vida, de la que se vive durante el día en los interiores del ataúd o de la tumba y durante la noche en las calles del cementerio.

Del ataúd no tenía queja el difunto. Era lo bastante ancho y lo bastante largo para que el cuerpo pudiera revolverse y pudrirse con perfecta comodidad.

Además, las tablas mal unidas y los ladrillos mal trabados, dejaban ver por rendijas y grietas la ciudad de los muertos. El nicho ocupaba el último tramo de la fúnebre estantería. Un goterón, formado entre las tejas, oficiaba de ventana abierta en dirección del cielo.

Este goterón era, en las épocas de lluvia, grave inconveniente. El agua entraba a chorros en nicho y ataúd, y el cadáver de Anatolio se ponía como una sopa. En cambio, en las horas de sol, rayos áureos bañaban el domicilio y el cielo servía de espectáculo a las pupilas del astrónomo.

De crepúsculo a crepúsculo los cadáveres permanecían en sus habitaciones. Ni uno solo asomábase a los miradores de nichos, sarcófagos y fosas. A tales horas realizan sus visitas los vivos; habían

quedado muy hartos de los vivos los muertos para volver a verlos.

El trajín de los muertos comenzaba con el arribo de la noche. En las de luna era dulcemente poética la visión de la ciudad fúnebre.

Los cipreses, plateándose por los extremos de las ramas, relucían como joyeles; airones eran cuando los sacudía el aire. Los rayos suaves de la luna quitaban dureza a mármoles y bronces, difuminando sus contornos. Los fuegos fatuos, flotando aquí y allá, parecían estrellas caídas a la tierra desde las alturas del cielo. En las noches obscuras, ellos alumbraban el paisaje.

En las noches de tempestad, los cipreses abrían sus ramas, que golpeaban el espacio, revolviéndose unas contra otras, encrespándose, destrenzándose en la negrura como cabelleras fantásticas; las hierbas tenían vaivenes y rumor de oleaje; el viento rugía por entre mármoles y bronces; las junturas de las piedras exhalaban quejidos; los fuegos fatuos brillaban en la obscuridad como pupilas asesinas de fieras.

Por aquellos paisajes, unas veces suaves y melancólicos, otras amenazadores y trágicos, andaban los muertos paseando sus cuerpos a medio corromper o sus amarillas osamentas.

La noche primera de su estancia en el camposanto, Anatolio recibió visitas de cumplido, hechas por los vecinos y las vecinas de su calle.

Ellos le pusieron al tanto de la existencia que en aquel mundo se llevaba, y luego de ofrecerle sus habitaciones respectivas, se retiraron cortésmente.

Anatolio recorrió la ciudad, y se hizo cargo de los inquilinos.

Poco más o menos, procedían las criaturas muertas como las criaturas vivas. Había entre ellas diferencias de clase: los cadáveres de mausoleo no se trataban con los de tumba y nicho; los de tumba y nicho no querían nada con los de la fosa común; formaban grupos aparte, según su posición mortuoria; y se despreciaban y se odiaban unos grupos a otros, ni más ni menos que en la tierra.

Había, entre aquella carroña, envidias, rencores, vanidades, disensiones, luchas hueso a hueso. Hasta vió a dos cadáveres masculinos reñir combate singular por un esqueleto de mujer.

«Francamente—se dijo Anatolio—, estos señores no merecen la pena de trabar con ellos amistades. Afortunadamente, en nuestro mundo hay libertad y no le obligan a uno a tratarse con quien no quiere. Buscaré un lugar solitario donde nadie me estorbe y a nadie estorbe yo, y en paz con todos y allá cada cual con su genio.»

El lugar fué un rinconcillo apartado del cementerio, junto a las ruinas de un mausoleo construído en forma de torre. Estas ruinas se alzaban entre unos cipreses enanos y sobresalían por ellos. Las

grietas y salientes formaban como una escalera que permitía llegar sin grandes trabajos a la cúspide de la fábrica.

«¡Calla!—dijo Anatolio—, este mausoleo es un observatorio excelente.»

Y volvió a su nicho y se acostó en el ataúd frotándose las manos.

XI

Vida feliz la de Anatolio en aquel nicho, que la buena de su mujer le había alquilado por diez años.

Mientras el difunto se entregaba a éxtasis deliciosos, su cuerpo iba descomponiéndose lentamente, sin que su descomposición perturbara el recogimiento. Hasta los gusanos comían silenciosos, sin molestar.

Por fin, el hombre caracol, la criatura ostra, había encontrado lugar en consonancia con sus aficiones y aptitudes.

Ajustado el ataúd entre las paredes del nicho, ajustado el cuerpo entre los tablones del ataúd, ni a vaivenes ni a golpetazos tenía que temer.

Allí moraba libre de todo ruido y de toda importunidad. Allí no había chiquillos gritones, ni mujer cantarina, ni cuñada histérica, ni suegra asmática. Allí no venían carboneros, zapateros y tenderos de comestibles. Cuando venían lo realizaban en clase de cadáveres, sin recibos ni facturas entre las manos. Allí no había campanillas; allí no se alzaban las sombras crueles de los caballos y carros de mudanza; los espectros bestiales de los

mozos cargadores y descargadores de D. Federico del Rieu.

De sol a sol nadie interrumpía las meditaciones de Anatolio.

Al principio, durante los meses primeros siguientes a su defunción, oía sollozar al pie de su lápida. Miraba por las rendijas de nicho y ataúd y contemplaba a su mujer y a sus chicos mayores trajeados de luto.

La mujer, puesta de rodillas, lloraba y rezaba; los niños corrían por entre las tumbas persiguiendo las mariposas.

Esto fué los primeros meses. Luego nada, ni mujer sollozando al pie de la lápida, ni chiquillos persiguiendo mariposas entre las tumbas.

Cuando moría el sol, cuando las últimas luces del crepúsculo se desdibujaban hasta desvanecerse en las tapias del cementerio, cuando el imperio de la noche despotizaba la fúnebre ciudad, Anatolio salía de su nicho y se dirigía por las menos frecuentadas calles hacia el *observatorio.*

Abría el cortinaje verde que formaban los cipreses enanos y se detenía ante la ruina adornada con hiedra. Puestos los descarnados pies en grietas y salientes y ayudándose con los brazos, ascendía a la vieja torre y tomaba asiento en sus cuarteadas almenas, cruzando una choquezuela con otra.

Ya en el *observatorio* enderezaba las cuencas

vacías de sus ojos al espacio infinito, e iba recorriendo las constelaciones, los ejércitos astronómicos agrupados como en torno de un jefe, en torno del astro principal.

Orgullo sentía el difunto al ver, con el mirar superhumano de la muerte, que no se había equivocado cuando, de vivo, reconstruía con su imaginación el ser de los astros.

Sus ensueños eran realidad. Todos aquellos mundos, criaturas vivientes; vasos de múltiples y de variados existires. Los grupos minerales y las familias animales y vegetales triunfaban en ellos como en nuestro planeta. Sólo que eran superiores, en todos los rasgos y caracteres de forma y de substancia, a los del mundo terrenal.

No habían sido creados los astros por Dios para que el hombre, contemplándolos, se diera cuenta de la omnipotencia divina. Habían sido hechos para realizar labor fecunda y progresiva en beneficio del gran todo, en provecho de los fines universales que Anatolio, ni después de muerto, podía ni sabía alcanzar.

Pero si no alcanzaba a tanto, alcanzaba al vivir de esos mundos y veía, con los mirares de su espíritu, cómo todos, al presente aislados, desconocidos unos de otros, iban evolucionando, progresando, aproximando la hora en que llegarían a comunicarse, a entenderse, a ser como ciudades del espa-

cio infinito. Los habitantes de aquellas ciudades, los similares del hombre en tales mundos, podrían, andando los tiempos, ir de astro en astro, como van hoy de ciudad en ciudad los habitantes de la tierra.

Al presente, cada astro necesitaba hacerse dueño de sí mismo, poseerse absoluta y completamente. De ahí su aislamiento. Las criaturas superiores, nacidas en cada uno de ellos, habían de realizar esta labor antes de emprender otra.

Cuando fuera pleno el dominio, cuando en cada planeta nada quedara por dominar y por descubrir, las criaturas superiores sentirían el ansia de conocer los otros mundos y hallarían modo de llegar a ellos, de relacionarse con ellos.

Entonces... Entonces ya no sería el Universo más que una gran familia de criaturas luminosas que se saludarían, fraternalmente, de un confín a otro del espacio.

XII

Así transcurrieron diez años. Anatolio era un purísimo esqueleto; pero era cada minuto más feliz. Y, como ocurre cuando pasan los malos tiempos, uno de sus goces mayores estaba en recordarlos.

Podía hacerlo sin temor. Al país de la muerte no llegan las molestias y contrariedades del mundo de los vivos. Aquel vocear de los hijos que le arrancaba de sus meditaciones; aquel refunfuño perpetuo de la cuñada, necesitada de varón; aquel contar sus apuros de Carmen; aquel meterle su tos por las orejas de la suegra achacosa, eran asunto terminado.

Tan acabado como los ahogos de entrada de mes, y los insultos del zapatero, y las amenazas del tendero de comestibles, y las facturas de la carne y del pan y las citaciones de desahucio.

¡El desahucio!... Aun se le crispaban los huesos al evocar la terrible palabra.

Aun se veía por calles y plazas buscando habitación, subiendo escaleras, firmando contratos, siguiendo de un lado a otro el carro de mudanza

entre el gruñir de los mozos y el polvoriento zarandeo de trapos y cacharros y muebles.

¡Qué horror!... Por fortuna, aquello había concluído para siempre jamás. ¡Para siempre!...

Anatolio, al repetir la frase «Para siempre jamás», se estiraba voluptuosamente dentro de su ataúd.

....

Era al cuncluir de la tarde. El esqueleto de Anatolio dormía. Los rayos del sol, penetrando por los rotos de su ataúd, habían calentado sus huesos, y una laxitud, una pereza deleitosa se había apoderado de toda la osamenta.

Un rumor de voces que sonaban àl pie del nicho despertó al astrónomo; incorporóse lentamente y puso las órbitas en una grieta de la lápida, para ver quién turbaba su sueño.

Eran el conserje del cementerio y un canónigo, administrador de la Sacramental.

— Nada, nada—oyó Anatolio que decía el canónigo—. No valen disculpas. Hace nueve días que cumplió y el nicho nos está haciendo falta. El alquiler era por diez años.

— Es...

— No admito explicaciones. Si no hiciese falta podía dejársele unos meses; pero haciendo falta no hay prórroga. Aquí está el resguardo, «29 de ene... etc.» Estamos a 8 de febrero. De modo que se le han concedido diez días de atención. Si no

vienen a pagar no es nuestra la culpa. Ya lo sabe usted. A este D. Anatolio Fernández y Rodríguez, mañana mismo, en cuanto amanezca, le pone usted los huesos en el pudridero.

Los dialogantes se alejaron.

Fué espanto, ira, desesperación, todo junto, lo que sintió el esqueleto de Anatolio.

Sus puños crispados golpearon violentamente la lápida, que saltó en cien pedazos rota; su calavera asomó por el hueco. Un gesto de trágica ironía contrajo el maxilar, rechinaron los dientes, la boca se abrió y, Anatolio, extendiendo las manos, clavando en el infinito las cuencas vacías de sus ojos, gritó con espantoso acento :

— Pero, ¿también aquí?...

EL HAMPÓN

El Hampón.

I

En las oficinas, acodado contra la saliente de un ventanillo, sobre el cual pintaron con negro la palabra JORNALES, recoge los suyos un hombre de piernas recias y ancha espalda. Bajo la chaqueta se dibujan poderosos los músculos del bíceps; los de la pantorrilla se apelotonan tras el remendado pantalón, poniéndole a punto de estallar cuando las piernas hacen firme. La cabeza del minero, embutida en el semicírculo que traza el ventanillo, apenas descubre ásperos remolinos de la barba azabache; un sombrero ancho con repujadura de mugre cae a ras de su nuca; por ella se desparraman mechones

rebeldes que se retuercen hacia arriba, para componer «tufos» encima de la oreja.

Cuatro manos vienen y van por una tabla que interiormente angula el ventanillo. Dos de estas manos, las que se mueven más adentro, pálidas, blanduchas, apilan en las tablas monedas; las otras dos manos, deshechuradas y callosas, cuentan las monedas y las hacen rebotar sobre el mostrador, una a una. Cuando rebota la última, la mano izquierda del minero sale del ventanillo y desaparece en los repliegues de la faja; vuelve a aparecer, extendiendo un pañuelo de hierbas; va el pañuelo a la faja, repleto de medias pesetas, pesetas y duros, y el hombre, apoyándose en los codos, endereza el busto dando frente a una puerta, por cuya vidriera, alambrada y sucia, se ciernen los rayos solares en átomos plomizos.

Aquella media luz recorta fantásticamente la imagen del minero. Su cuerpo, erguido, apoyado en las piernas, deja ver, por la camiseta desabrochada, un pecho velludo y un cuello de cíclope; sobre él posa con arrogancia la cabeza, mostrando, entre las marañas de la barba y del pelo, dos grandes ojos verdes que relampaguean bajo unos cejales endrinos, una corva nariz y unos labios que se contraen, descubriendo los dientes blancos, puntiagudos y cabales.

Fuera expuesto a equivocaciones precisar el co-

lor de la piel del hombre: cubierta se halla por el polvillo cenizoso que el mineral, al caer derribado por el pico, desprende; juntándose el polvillo al sudor, forma sobre el cutis de los mineros una pasta grisácea, donde los churretes toman apariencias de surco.

En la indumentaria, chaquetón, pantalones y camiseta pugnan a cuál es más harapo; el sombrero perdió la primitiva hechura, permitiendo a las alas caer con languidez senil y a la copa abollarse sobre la coronilla; unos borceguíes de piel de vaca acorrean el pantalón contra las espinillas, y una faja negra de estambre da vuelta y más vueltas a la cintura, ascendiendo hasta el costillar; por entre la faja asoma la culata empavonada de un Smith; rozando la solapa izquierda del chaquetón y sacando por ella la tosca contera de cobre, dorea una faca de «catorce perrillas».

El minero, hosco, taciturno, sin dirigir la palabra a nadie, se abre paso por los trabajadores que aguardan la cobranza; abre la vidriera de un embite, guiña los ojos al poner los pies en la calle, como si la luz solar le estorbara, y, entrando en una taberna que hay junto a la oficina, dice al medidor que en reverencia le saluda:

— Larga un latigazo de lo fuerte, a ver si barro con él este maldecío polvillo.

— Pa barrerlo tó — responde el medidor — ne-

cesitarás el barril. Debes tener ahí dentro un depósito. ¡Como que doblas y sales de quincena a quincena!...

— Y eso —responde el cortador— porque algún día sa menester descansar unas miajas y ajumarse a conciencia.

— Hoy vas a las dos cosas.

— ¡A ver, tú, qué vida!... ¿Pa qué trajino como un mulo? Pa ganar más dinero que otros y pa gastarme ese dinero más pronto y mejor que tós los demás juntos. Ya me estorba este puñao de pesetas y duros que llevo tintineando en el pañolete de hierbas. ¡Y miá si seré bruto yo, que hago ñúos en el pañuelo! Ni que lo fuese a ahorrar. ¡Lo que es la costumbre!... Lo ve uno añudar desde chico; lo añudó de grande algunas veces. ¡Y velay! ¡Ea, ea! ¡Fuera trompiezos!... Medio cuartillo, ¿sabes? Después de tó, cuando güerva a mi alcoba hecho un zoque, ni estorbaré a denguno ni tendré que pagar la puerta. Las galerías abandonás, son anchas y están solas; allí no hay quien cobre el pupilaje; ni los «chinos» (1); como no hay hombres que los sacúan con el pico, pues se están quietos y no caen. Echa medio cuartillo. Pa empezar la limpieza del tubo me paece que es lo propio.

Mientras el medidor llena de aguardiente un vaso

(1) Bloque de piedra.

hasta los bordes, el minero saca el pañuelo de hierbas de la faja, lo desanuda, lo extiende encima de una mesa y va repartiendo a puñados, sin contarlos, por sus bolsillos pesetas y medias pesetas y duros.

— Es así más cómodo — dice —. Mete uno los deos en cualquiera de estos boquetes, y por entre los deos va sangrando más de prisa la pasta que en los hornos de fundición.

— No durará mucho ese dinero entre los tuyos— interrumpe un hombre de veinticinco a veintiséis años, que juntamente con algunos sujetos apura vasos de Montilla.

Distínguese el hombre por su más esmerado trajeo entre los concurrentes al tabernucho aquel. Minero fué; pero al presente es jugador de oficio y pone su empeño en que le cedulen de aliñado y buen mozo.

Aguardando la hora de su «talla», va puro en boca y bastón en diestra; entróse por el despacho tabernario, hecho un brazo de mar, para tormento de envidiosos y respeto de bravucones.

Porque Román el *Zurdo,* a más de buen mozo y bien vestido, es capaz de tener a raya al más guapo. Por lo menos, hasta la fecha, ninguno le echó el pie delante sin que él se lo pisara, y fuerte.

— ¿Qué decías? — pregunta el minero astroso a Román, limpiándose con el dorso de la mano izquierda el bigote.

— Decía — contesta el valentón — que poco te durará la plata. Ya se encargarán de liquidártela en un amén las zurripamplas de *La Buena Sombra;* y añado que no te fuera mal del tó reservar algunas pesetas pa cambio de ropa y rapao de pelo. En güena forma hablo lo que hablo, y por amistá y por mor de darte un consejo. No vale la pena de estar aperreao medio mes pa tirarlo tó en dos horas y metérselo en el bolsillo a palomas viajeras que hoy vuelan aquí y mañana arremontan y me alegro de haberte visto. ¡Mozo!... Toma en nuestra mesa una copa.

— No es mi hora del vino. Esta es pa mí la hora del aguardiente. Con él empiezo y con él acabo, cuando acabo; vamos, cuando la plata anda en las últimas. Pues oye, Román — sigue, luego de dejar mediado el segundo vaso de alcohol —. Ca uno vive como quiere, y en el vivir de otros denguno se tié que meter. Esto también lo digo en amistá, y al respective de la tuya. Con la mala vestimenta que traigo me paezco yo un rey mesmamente, y ni por el rey de España me cambio en tan y mientras que los duros me golpeen en los bolsillos, y esta faca asome por acá, y este culatín me reluzca entre los pliegues de la faja, y estas dos manos sepan cómo se deja sin balas un revólver y sin vaina un cuchillo.

— ¡Jorge! — interrumpe el otro.

— Es un decir, y a nadie va que vaya por derecho. Mal harás en tomarlo a envite; yo nunca los juego, y si los admito alguna vez es porque me los echan. Respective a las del café, vaya, que sin que el sastre me reforme, ni el barbero me pele, alguna hay que... Por mis pesetas será; pero cuando llego yo a su turno, me prefieren a los güenos mozos que a diario les tienen encantaos. Y esto sí que va dicho sin segunda, porque a mí las mujeres... Por quincenas y hasta otra, como el ventanillo de *Jornales*. ¿Qué te debo, muchacho? Señores, buena noche y salud.

El minero, girando sobre los talones y recogiendo de su bigote con la lengua las últimas gotas de aguardiente, abandona el local.

Marcialmente camina.

Más que un obrero sin afectos ni hogar, parece un duque satisfecho.

Al despedirse puso en su gesto y en su voz un aire retador; había hablado como diciendo: «Que salga y me siga el que se atreva.»

— Ése — dice Román — está buscándole los tres pies al gato. Pa mí que se los encuentra una noche o una mañana, que los trompiezos no tienen hora fija.

— Mal harás en meterte con ese hombre, Román — murmura el tabernero al oído del *Zurdo*.

— ¿Por qué?...

— Porque te lo digo yo, que voy a viejo y he visto en el mundo munchas, pero munchas personas.

— Y con eso, ¿qué quiés significarme?

— Que dejes a cá mosca con su vuelo. Créemelo, Román: pa cualsiquier hombre, es mucho hombre ese *hampón*.

II

¡Un hampón! Así llaman los mineros a los bohemios de la mina, a los pródigos haraposos que gastan en breves horas de embriaguez y lujuria el jornal que en horas ímprobas de faena recogen.

Todos ignoran en la mina la procedencia de estos hombres. Llegan, mejor dicho, surgen un día o una noche en cualquier taberna con la misma indumentaria que han usado tal vez desde muchos años antes de su arribo y que seguirán ostentando después; con el mismo aspecto sucio y feroz; el mismo puñal en la chaqueta y la misma pistola en la faja.

¿Salen del monte, huyendo persecuciones de la Guardia civil? ¿Del presidio, burlando en su vigilancia a los carceleros? ¿De un burdel donde su faca les dió acero para matar y su astucia o el amor de una prostituta ocasión de evadirse?

Nadie lo sabe. Nadie tampoco lo pregunta. En la mina no se pregunta esto jamás. Si se anduviera con tan ridículos reparos, faltarían obreros. Con quienes desafían la muerte a diario hay que tener un poco ancha la manga.

En las propias oficinas mineras apenas saben el

nombre de los trabajadores; basta saber el del jornalero que hace en las cuadrillas cabeza.

Para lo que interesa a los propietarios y directores del negocio, no estorban la calidad moral y la procedencia del minero. Sea éste quien fuere, venga de donde venga, ni comete delitos, ni provoca reyertas en el interior de la mina. En ella es un soldado que a otros se une para la conquista del mineral. Un instrumento más durante la faena; en los trances de peligro, un hermano más. Los mineros disputan, riñen, se desafían y se matan lejos de los pozos y talleres, valga la frase, extrafronteras. Esto a los directores de la mina les importa muy poco; a los accionistas, claro que les importa menos.

El *hampón* aparece en cualquier taberna, pide trabajo a un «destajista», a un jefe de cuadrilla; entra en el pozo, empuña el pico y ¡a cortar mineral!

A las pocas semanas su valor, su total desprecio a todo peligro, le conquistan puesto de honor entre los suyos.

¿Dónde come? En una cantina, la más próxima al pozo. ¿Dónde duerme? Acaso en el fondo de una galería abandonada. Sus compañeros no le ven más que en la tarea; sus jefes, al reflejo lívido de los candiles; los empleados de la Administración, cuando va a cobrar los jornales.

Ese día, el de la quincena, el *hampón,* el cortador incansable del plomo, reaparece en la ciudad enne-

grecido y harapiento, fosca la barba, luenga la cabellera, alegre el gesto y vacilante el viaje de sus pies, hechos a tantear abismos.

En la primera taberna apura el primer vaso y cambia el primer duro de los recibidos en la Caja. Luego de recorrer tabernas se dirige al cantante; allí corea las coplas, convida a los *artistas* y alterna con las bailaoras. Del cantante pasa al café de camareras; reune a las mujeres en torno de su mesa, les paga espléndidamente sus carantoñas y arrumacos, gasta en Jerez su plata, satisface su prodigalidad, logra su ansia brutal de goces; la hartura de ellos con las pesetas últimas en un burdel cualquiera, y de aquella horrible cámara nupcial sale cuando el alba despunta, para dirigirse a la boca del pozo y bajar a él tambaleándose en la plataforma del ascensor, y perfora la piedra, y carga el cartucho, y sube la escala de esparto tarareando una taranta mientras a sus espaldas cruje el bloque y revienta la dinamita.

Así vive este hombre que acaso no tiene familia, ni amigos, ni derechos sociales, ni nombre que pueda pronunciarse en voz alta.

Así vive en la mina donde trabaja, silencioso, huraño, enigmático, aguardando que un «chino» le aplaste los sesos o que el ácido carbónico traiga a sus pulmones la asfixia. Si los bloques le respetan y el ácido carbónico no le quiere matar de golpe,

muerto aparecerá un día cualquiera en su dormitorio de roca, en la abandonada galería, con la bolsa-pañuelo apretada entre la camisa y la punta de la faca asomando por una solapa del remendado chaquetón.

III

Jorge—así aseguraba llamarse y nadie vino a desmentirle ni nadie tampoco se ocupó en contrastar la veracidad de su dicho—era un minero hampón. Como todos los de su casta, surgió cierta noche en una taberna de la ciudad minera. Echó tasca adentro, con las manos ocultas entre los pliegues de la faja, la camiseta desabrochada sobre el pecho desnudo, las alas del sombrero sirviendo de toldo a sus ojos ceñudos y, las barbas y cabellera, de matorral emboscador al resto de su cara. Asentó frente a una mesa libre de parroquianos; paseó las verdes pupilas por todos los rincones, pidió un cuartillo de aguardiente, y después de apurarlo a tragos anchos, con unción y recogimiento de místico que ante la imagen de culto consagra, encaróse con el *Moreno,* el tabernero, un antiguo cortador de mineral y de carne de prójimo, si se terciaba el caso, y le preguntó, hundiendo la barba entre los puños y mordiendo con sus dientes puntiagudos la interrogación :

— Usté perdone la pregunta. ¿Habrá en este pue-

blo trabajo pa un hombre que no se asusta de los barrenos, de la piqueta y del arsénico?

— Pa esos hombres siempre hay trabajo aquí.

— Entonces ponga otro vaso de lo mismo y dígame a quién tengo que encaminarme pa escomenzar pronto la faena. No es que me apure. Aun traigo alguna plata — e hizo sonar en su bolsiilo un puñado de duros —; pero vaya, que... Uno se entiende... Y, a la cuenta, el trabajo quita otros trabajos que la cabeza, por sus adrentos, se pué traer que traer.

— Jefe de cuadrilla necesitao de un obrero pa la suya lo tiés: Bastián. Ayer un «chino» entortilló los sesos al más fornío de sus hombres.

— Aquí hay otro pa rellenar el hueco.

— ¿No te asusta el peligro?

— He pasao la edá de los sustos.

— ¿Eres del oficio?

— Pa mover un pico sólo hacen falta brazos y voluntá. Voluntá la tengo. Brazos... Me paece a mí que éstos sirven pa tó, amigo.

Y el desconocido, enderezando el cuerpo, tendió al aire sus dos brazos de atleta.

— El trabajo de la mina es muy perro.

— Peores los hay... y se sufren.

— ¿Peores?

— Mu peores.

— ¿Peores?

— Peores—contestó el preguntado, engarfiando los dedos contra los bordes de la mesa y velando, con un frunce de párpados, el brillo sombrío que adquirieron sus ojos verdemar.

El tabernero, tras un gesto enigmático, dijo:

— Tienes razón; peores los hay. Bastián—agregó poniendo sobre la mesa dos copas llenas de Cazalla y sentándose frente al huésped—, Bastián es sujeto de confianza. Con tal que sus obreros cumplan, no se mete en averiguarles la vía. No tardará en venir. Si es que no tiés prisa tú...

— Denguna.

— ¿Y hospedería, tiés?

— Me ocurre lo mesmo que con la prisa.

— Si hablas con Bastián y te ajustas, que te ajustas con él, su hermana alquila camas y hace de comer a los mineros sin familia. Es limpia y no pone caro la vieja. Aquí está Bastián.

El trato quedó hecho con media docena de palabras e igual número de copas de aguardiente bebidas con fruición. Aquella noche se hospedó Jorge —así dijo llamarse— en casa de la tía Indalecia, la hermana de Bastián.

Antes de caer en el camastro, ya colgada la ropa exterior en un clavo, el hombre desabrochó de un tironazo su camiseta de franela, y sacando por la abertura una como reliquia presa a un cordón azul, estuvo contemplándola a la luz pálida del candil.

Fueron alzando poco a poco sus brazos el tosco medallón hasta muy cerca de los labios; apuntóse en ellos el beso, pero no llegó a ser. Abriéronse los dedos; golpeó la reliquia contra el pectoral musculoso, y el desconocido, dando un soplo al candil, se desvaneció en la obscuridad de la alcoba.

IV

El primer viaje al fondo de la mina produjo en los nervios del neófito una ruda impresión, en la que el miedo, bravamente disimulado, hubo también su parte. Al atravesar el recinto minero, alumbrado por la luz violeta de la aurora, fué la curiosidad del nuevo cortador atraída por el espectáculo de la colmena jornalera que, zumbando y arremolinándose a la entrada del coto, la salvaba en montón, para dividirse después en grupos, que tomaban direcciones varias, según el lugar y faena a ellos correspondiente.

Iban unos grupos hacia los lavaderos, donde el vapor o la fuerza eléctrica ayudan a los trabajadores en el cernimiento y distribución del mineral; otros a los lavaderos de brazo, donde el músculo es sola fuerza y la humana sangre único combustible; otros, pegándose a las vagonetas con apegamiento moluscular, las empujan por carriles angostos, hasta engancharlas a las locomotoras que pitaban y recrujían, despidiendo chorros de vapor, coronándose de humo. Estos grupos penetraban en

los talleres donde se funde el plomo y quema el aire, y la escoria líquida se arrastra por los quemantes canalillos en arroyos rubí; aquéllos, convirtiendo en bozal sus pañuelos, entraban en las cámaras condensadoras para recibir los besos mortales del arsénico; cuáles marchaban al desplate, a la purificación última del metal; quiénes, a las fábricas constructoras de balas, para moldear el plomo, para ponerlo a disposición de la muerte. Grupos borrosos se perdían en los desmontes, en las hondonadas, proyectando vagas e indecisas siluetas. El sol naciente, brillando como horno de salud bajo un cielo sin nubes, calentaba, vivificaba los seres y las cosas, proclamando, ratificando con el polen áureo de su luz, la eternidad del mundo.

Aquel espectáculo, nuevo para el obrero, le obligó a detenerse. Quedó absorto en su contemplación, siguiendo con ojos y oídos, de par en par abiertos, el zumbido y la dispersión de la colmena. Un recio manotazo le sacó de sus contemplaciones.

— Aquí no venimos a ver; a trabajar venimos y a no desperdiciar minuto. Conque echa pa alante, aprendiz, que nos aguarda el pozo.

Era Bastián quien así hablaba. Jorge echó a andar tras él en dirección del cuarto inmediato a la boca del pozo, donde los mineros toman los candiles encendidos de manos del guardián y cubren sus

cabezas, para preservarse en lo posible de los pedruscos que desprenden las bóvedas y las paredes subterráneas, con duro sombrerote de cuero.

Jorge, al dirigir sus pupilas a la boca negra del pozo, en cuyos bordes se detenía como acobardada la luz tibia del sol, sintió que el miedo le empujaba hacia atrás. Retrocedió, manifestando claramente en su gesto el temor que sentía.

— Cierto—murmuró a su oído con tono de burla Bastián —, cierto que algunas veces el cable se rompe y ¡cataplum! Tó envejece, hasta los cables, y, ya es sabido, los viejos no hacen cosa buena. Pero tú estás de suerte, al menos en este primer viaje; pués bajar en lo que hace hoy sin «canguis»; los cables son nuevos; los han renovao anteayer.

Y Bastián entró en la jaula de un brinco, riendo a carcajadas; los otros hombres de la cuadrilla, los antiguos, siguieron a Bastián; Jorge dió un paso; apretó el candil con sus dedos temblones y se enjauló como los otros.

— ¡Andando! — gritó el jefe.

Chirriaron los cables, hundióse poco a poco la jaula en el sombrío boquerón; poco a poco fué la luz solar extinguiéndose. El agua rezumaba de los peñascos, caía sobre los hombres en gotas anchas y golpeaba contra los alambres con siniestro rumor.

La luz de los candiles permitió a Jorge ir viendo, a franjas indecisas y lúgubres, el enorme tubo de

quinientos cincuenta metros que conducía al taller subterráneo.

Sobre las paredes rezumosas extendíanse los deslizadores de la jaula. Brotaba de aquéllas el agua en múltiples hilillos; la luz de los candiles los convertía en brotes de sangre, en supuraciones bermejas.

De vez en cuando, veía el novicio extenderse hacia el muro, como en acción de impedirle caer contra la jaula y pulverizarla, manos y brazos esqueletoides... Eran traviesas de madera, armazones de hierro, fábricas de apoyo y contención. Más de tarde en tarde descubría boquetes enormes, aberturas negras, de límites imprecisables. Por aquellas aberturas salían ruidos temerosos, rumores de tormenta lejana, voces confusas, reflejos mortecinos.

Estos boquetes marcaban los pisos de la mina; por frente a ellos resbalaba la jaula. Eran los rumores de tempestad, trajín de máquinas perforadoras; los ecos gimientes, gritos de mineros acompañando la maniobra de las vagonetas y el vaivén de los picos; los reflejos lívidos, oscilación de candiles en las tinieblas.

Este paisaje dantesco se dibujaba ante las pupilas de Jorge como un sueño espectral. Aquella bajada entre sombras, aquella lenta caída de quinientos metros de altura, aquel golpear incesante del agua, aquellos brazos extendidos para contener el

desplome del pozo, aquellas bocas negras que vomitaban ruidos sordos y reflejos de fuego fatuo, producían en el trabajador las angustias horribles del mareo. Su estómago sentía dolorosos espasmos; su corazón palpitaba sin ritmo.

Agarrado a la barandilla, abriendo los ojos desmesuradamente, estaba cuando los cables se estiraron con tironazo brusco; una mano alzó la barandilla. Ante Jorge se abría un túnel iluminado por un braserón de hulla y entrecruzado por carriles. Lejos brillaron luces. Oíase el ruido metálico de los picos golpeando en el mineral, el agrio crujir de las vagonetas, el gruñido de los perforadores.

Bastián, empujando por los hombros a su aprendiz, le forzó a abandonar la jaula.

— Tira alante — gritó —. Aun falta un paseo diquiá que lleguemos al «tajo».

Jorge, con marcha de sonámbulo, siguió a sus compañeros hacia el interior de la mina.

A cada segundo tropezaba en obstáculos imprevistos. Sus pies se hundían en tapices de fango líquido; el aire frío de los ventiladores helaba sus pulmones tremantes; sus pupilas se dilataban con angustia para ver en la sombra. La luz de su candil, reflejando contra las paredes, convertía en petrificados arroyuelos de plata las vetas de plomo; en joyería las sales que cristalizaban entre las murallas del túnel. La bóveda de éste se perdía en

tinieblas; como apariciones, pasaban y repasaban las vagonetas al empuje de hombres semidesnudos, cubiertos de sudor.

Iban y venían aquellos hombres de las «torbas» a la boca del pozo y de la boca del pozo a las «torbas», sin descanso, pataleando sobre el cieno, contrayendo los músculos, aferrándose a las vagonetas para no resbalar, echando hacia atrás las cabezas para absorber el aire, mezclando sus jadeos de bestia al chirriar de los ejes, el trepidar de los vehículos al choque de las piedras en viaje.

— Es el *paseo* — contestó Bastián a la pregunta que le hizo su aprendiz.

¡El paseo! Acaso la ironía, metiéndose de contrabando bajo el cráneo de un minero, de un empujador de vagonetas, le hizo tropezar con tal nombre y poner dentro de él todos sus odios, todas sus angustias, todas sus miserias de criatura humana convertida en bestia por mandato del hambre y codicia de los patronos.

¡El paseo! Así llaman los mineros a su ir y venir empujando vagonetas casi a cuatro patas; a sus choques contra las piedras; a sus resbalones en los carriles; a su marcha a ciegas entre peligrosas negruras; a su faena de locomotoras vivientes que tienen por ejes músculos y nervios; por combustible, sangre; por engrase, la transpiración de sus cuerpos; por motor, la miseria; por estación de

descanso, una zahurda; por taller de reparaciones, un hospital; por depósito de arrumbamiento, la fosa común.

A dimitir de hombres y trocarse en caballerías llaman pasear los mineros. Convengamos en que estos *paseos* no son precisamente los que se dan por el Retiro y por la Castellana.

Sin embargo, a poco tiempo de aprendizaje pudo el cortador convencerse de que, comparada con otras faenas mineras, de paseo, de dulce y plácido paseo puede calificarse la marcha fatigosa de los vagoneteros por las sombras del túnel.

Como un esparcimiento, como un apacible solaz, consideraba el *paseo* Jorge cuando, ya maestro en el oficio, oficiaba de perforador en fondos casi no explorados, a los que descendía por escalas de esparto. En ellas resultaba milagro apoyar la punta de los pies y la falange superior de las manos.

Él bajaba diariamente por estas escalas al fondo de la mina, a respirar durante horas y horas atmósferas de cuarenta y seis grados, a trabajar desnudo de medio cuerpo arriba, tendido, en escorzo violento, el que permite la altura de la bóveda; a hundir la barrena en la piedra, a colocar dentro del agujero el cartucho de dinamita, a encender la mecha, con el tiempo justo para agarrarse a la escala de esparto y trepar por ella y oír desde el peldaño último el estallido del explosivo destructor.

A este trabajo, a otros como él rudos y peligrosos se hizo pronto el minero, y pronto superó a los antiguos en destreza, en resistencia y en audacia para arrostrar la muerte.

Pronto ganó el primer puesto entre sus compañeros de cuadrilla, y si no ganó su amistad, debido fué a la huraña condición de su genio que le hacía estar alejado de todos, sin tomar parte en las conversaciones, viviendo y emborrachándose solitariamente.

Mientras sus compañeros alegraban el trabajo entonando tarantas o bromeando entre golpe y golpe de pico, Jorge callaba, atento a su obligación nada más. Según pasaba el tiempo iba compenetrándose con la mina, haciéndose un pedazo de ella, hasta que, un día, tomó obra por su cuenta en las oficinas; se apartó de Bastián y se hizo destajista. Doblando las horas de faena vivía en la mina, trabajando de sol a sol. Salía de ella, no por la jaula, por las escaleras de esparto, y no iba a la población sino de quince en quince días, a cobrar su quincena, a derrocharla en vino, a consumirla en «el cantante» con las cantaoras, en el café con las camareras, en los burdeles con las jornaleras del vicio, con las que, a altas horas de la noche, «hacen» *paseos* tan horribles como los que hacen los mineros por el túnel fangoso a la luz de los malolientes candiles.

Un día desapareció Jorge de la habitación (llamémosla así) que le arrendara la hermana de Bastián. No volvió más por ella.

Cuando al término de la quincena se presentó en la taberna del *Moreno* con el traje más roto y el pelo más crecido que nunca, le dijo aquél:

— ¿De manera que te has metío a *hampón?*

— Así paece.

Hampón le llamaron desde entonces los de la mina, olvidando su antiguo nombre. De minero *hampón* llevaba existencia, pegado al plomo, faenando solitariamente en los más apartados y más peligrosos boquetes, desde el alba hasta más tarde del ocaso; durmiendo sueño de alimaña salvaje en una galería abandonada por el trabajo y por la codicia. En ella, sobre un cacho de manta, teniendo un «chino» por almohada, dormía el *Hampón*.

Alguna vez ardía el candil en la alcoba de piedra.

Era que el *Hampón* lo encendía para contemplar la reliquia pendiente de su cuello. También, como en la alcoba de la ciudad, levantaban sus brazos la reliquia hasta la altura de la boca; también apuntaba ésta el beso; pero también, antes de que este beso fuera, caía el medallón sobre el pecho, moría la luz del candil y, en la obscuridad, vibraban quejumbrosos los alentares del *Hampón*.

V

Iba para dos años que Irene desempeñaba oficios de camarera en *La Buena Sombra,* un café modernista (así le llamaba su fundador y dueño) que, para competir con el cantante antiguo y alcanzar victoria sobre él, brindaba a los parroquianos la voz escasa de unas cupletistas, con más el atractivo de la femenil servidumbre, nada huraña en su trato y fácil al reclamo de los varones, siempre que éstos lo acompañaran de buenas propinas al abonar el gasto y de buenos duros si al cerrarse el café querían ultimar el convite.

Ponía gran cuidado el dueño del café en remudar camareras y cantatrices. No era el paladar de sus parroquianos meticuloso en punto a la belleza y a la donosura de las tales; pero en cambio se hartaba de ellas pronto. A falta de exquisitez en la mercancía, pedía variación. El cafetero, atento al mejor provecho de su industria, no se atrasaba en los cambios y recambios del personal. Cada tres meses, a lo sumo, plantábase el hombre en la Corte, y de ella regresaba con mujerío nuevo, vamos al decir, porque casi todas sus novedades, de puro

averiadas, sólo en gente minera, que ni de la muerte se asusta, podrían encontrar recibo.

En *La Buena Sombra* lo hallaban, con tal de no ser viejas. Aquellos hombres rudos gustaban de la carne pintada. Aun, aun los más jóvenes tomaban el colorete por rubor y por apasionada sombra el corcho abrumador de los párpados. Al amanecer era su desengaño; pero al advenir éste ya estaba satisfecho todo. Sobre que al amanecer comienzan los trabajos mineros y no hay tiempo para distingos cuando pico y candil aguardan en la boca del pozo.

Irene constituía la excepción en el trasiego de camareras y de tiples. Por su belleza, aun no totalmente marchita; por su gracia y por su habilidad en agradar, entretener y llevar el humor a los parroquianos, era ídolo de ellos e insubstituíble para el amo del cafetín, que veía en Irene un filón productivo, un espejuelo a cuyo deslumbre acudían prontos los incautos y se dejaban desplumar sin protesta.

Tan embobada traía a su parroquia Irene, que si el cafetero —torpeza no imaginable en él— hubiese intentado despedirla, contra él se revolvieran todos sus parroquianos, y no ya su industria, su persona sufriera máximo perjuicio.

La *Cañas* (mote que la moza debía a su decir siempre que la invitaba alguno: «Convídame a unas cañas») era una institución en *La Buena Sombra*.

Los concurrentes al café se disputaban las mesas de su turno; pujábanse a mayor obsequio y a propina mayor el derecho a dar conversación y convite a la *Cañas;* pujaban también sus favores extracafetiles, y si llegaba la ocasión de una juerga en el «camarote de arriba», con guitarras, cante, baile, manzanilla y Jerez, era voz y acuerdo unánime en los juerguistas que la *Cañas* había de servirles, o cuando no, estar a la verita de ellos en tanto que la juerga durase. Bien es cierto que la preferida, a más de su destreza en el servicio, de su gracejo en la conversación, de su no presumir con ninguno, ni dar públicamente preferencia a ninguno, «se bailaba un tango sobre una cuarta de terreno» y se cantaba una copla con voz ronquilla, de tan dulces entonaciones, que almas adentro iba cuando apasionada era la copla; cuando pícara, ponía los nervios en punta y el deseo en trajín.

¡Bien se aprovechaba la moza de estos sus encantos y seducciones, naturales unos, otros adquiridos en la existencia que, desde muy niña, hubo de hacer por mandatos de su nativa condición o de su mala suerte!

Flaca de carne, miserable de vestimenta, llegó a la minera ciudad. Al presente repretada estaba su carne y trajeada con elegancia charra y rebosante el negro moño en agujones y peinetas; en sus orejas resplandecían orlas de diamantes y en sus dedos

campeaban lanzaderas, tresillos, serpientes de esmalte. De oro bajo eran las monturas; a lo peorcito del surtido pertenecían los esmaltes y piedras, pero de lujo y comodidades hablaban, al igual de los mantones de espumilla, de las blusas de terciopelo, de las medias de seda, de los zapatos de charol y de la habitación que próxima al café alquilara. El baulillo de los comienzos arrinconado fué para dar sitio a un armario de luna; un sofá de reps y dos sillones de lo propio substituyeron a las viejas sillas de Vitoria; una cama de dorados barrotes, adamascada colcha y blandos colchones, al duro catre que fué, durante los primeros meses, martirio del cuerpo de la moza.

Todo aquel boato salía de la parroquia del café. No significaba esto que la *Cañas* descuidase por los propios los intereses del dueño de *La Buena Sombra*. Tanto o más cuidaba que de los suyos de éstos, dándose traza para que los concurrentes a su turno pidiesen, y en abundancia, de lo caro; haciendo, siempre que ello le era posible, extensiva la convidada a todas las demás camareras, y aun al propio industrial.

¡Pues y cuando había jolgorio en el «camarote de arriba»!... Era de admirar entonces la *Cañas*. Las botellas, servidas por su mano, se vaciaban en un amén: tal maña se daba en derramar el vino por mitades cabales entre la bandeja y los vasos.

— ¡*Cañas* — gritaba un comensal —, báilanos un tanguito!...

— Hijo de mi alma, pa bailar necesito yo beber unas miajas. Conque arráncate por un par de botellas.

— ¡*Cañas,* canta unas coplas!...

— Estoy mu débil, comparito. No vais a oírme si no me relleno antes el estómago de jamón y si no empujo el jamón con unos chatos de Agustín.

— ¡*Cañas,* dame un beso!

— Los besos en público los cobro caros. Si quieres uno, te cuesta una ronda de N. P. U.

Así iba de uno en otro, alegrándolos con sus chistes, enardeciéndolos con el mirar gachón de sus grandes ojos endrinos, metiendo por los ojos de ellos las redondeces de su carne morena, rozándoles el cutis con sus labios embadurnados de carmín, sentándose sobre sus rodillas para entonar la copla, quitándoles de las cabezas los anchos cordobeses y encajándolos sobre su moño para bailar el tango.

Cuando la embriaguez del vino y las embriagueces del deseo enardecían a los hombres, cuando era crecido el número de botellas vacías, en un rincón amontonadas, y las cabezas no estaban en punto de reparos, subía la *Cañas* ocultamente, a cada uno de los viajes que hacía al mostrador, cascos y más cascos que aumentaban en mucho la cantidad de

los consumidos y el coste de la juerga. Sabía también, cuando a tal situación llegaban los juerguistas, darles esquinazo e irse a dormir sola en la cama de dorados barrotes, no sin darse antes la enhorabuena, por aquella noche de libertad, frente al espejo del armario.

Su cuerpo moreno, en casi completa desnudez, se dibujaba sobre el limpio cristal envuelto por la lluvia luminosa que se desprendía de la lámpara eléctrica, como una estatua de nogal tallada por un escultor lúbrico para presidir bacanales.

VI

Entre los asiduos al turno de la *Cañas* contábase Román, el encargado de la timba, el ex minero jaquetón que abandonara la barrena y el pico para vivir holgado y libre por pragmática de su guapeza.

Quién más quién menos rehuía choques con tal hombre, no tanto por miedo como por evitar pendencias con sujeto que no había nada a perder, y que por someterse incondicionalmente, sea ella cual fuere, a la voluntad de potentados y caciques, tenía siempre cubiertas las espaldas y segura la impunidad en sus malas acciones.

De ahí que si entrando en *La Buena Sombra* asentaba junto a la *Cañas* en su turno, o si fuera de él, por no haber en él sitio libre, llamaba a la camarera a su mesa, respetaran todos el diálogo y no pusieran reparo al llamamiento.

La *Cañas* gustaba también de platicar con el tahur: no en balde era hembra, y como tal, ufana de pavonearse con los galaneos de un macho corajudo. Aumentaban la satisfacción y el gusto de la camarera ser el macho buen mozo y pronto a derrochar la plata, siquiera con la plata le ocurriese

lo que con el valor: la lucía donde era conveniente a su crédito de generoso, y muchas veces, más para enseñarlos que para cambiarlos, hacía brincar en los veladores sus duros, y asomaba, como al descuido, por la boca de su cartera los billetes de Banco.

No es esto decir que, llegado un trance de pelea, huyera el hombre el bulto. Daba rostro al lance si ello era menester, pero cuidaba de hacerlo con ventaja y tanteando al adversario.

Con sus antiguos compañeros, con los que en la mina arrostraban a cada minuto la muerte, y fuera de la mina ponían mano a sus facas y pistolones por un quítame allá esas pajas, evitaba toda cuestión. No había en tal juego provecho, y era peligroso arriesgarlo. Si llegaba caso inevitable de venir a mayores con los del plomo y el candil, dábase traza, sin demérito de su hombría, para que los amigos terciaran en el trance supremo y lo ahogaran en chorros de Montilla y Jerez.

De todas suertes, no era grato malquistarse con aquel mozo, que ya llevaba dos hombres por delante y que no se detenía en mirar si el enemigo le daba el frente o las espaldas a las hora de esgrimir la faca o de piñonear en el gatillo del revólver. Así es que los parroquianos de *La Buena Sombra* le otorgaban la primacía en los favores de la *Cañas*, y ella le otorgaba también sobre los otros preferen-

cia, sin que esto significara, por parte de la camarera y de Román, compromiso serio o título oficial de queridos.

Cierta noche Jorge, que ya llevaba la existencia propia al minero *hampón,* luego de cobrar su quincena y de enjuagarse con aguardiente el tragadero en la taberna del *Moreno,* entró en la chirlata regentada por el buen mozo; jugó fuerte, el azar se puso de su parte y Jorge abandonó el tapete con buen golpe de billetes y duros.

Dos cortadores de su antigua cuadrilla, a quienes tropezó en una tasca, le invitaron a ir a «el cantante». Allí, entre coplas patibularias, taconeos de bailarinas y sones de guitarra, apuraron unas cuantas botellas. Medio borrachos ya, ocurriósele a uno de los mineros hablar de la *Cañas* y hacer elogio cumplido de su hermosura y su donaire.

— Nunca estuve en ese café de camareras — dijo el *Hampón* mientras contemplaba al trasluz la manzanilla que mediaba su copa —. ¿Dices que es guapa y tié chiste esa moza?

— ¡De plata fundía es!... ¡Y tocante a otros méritos!... Denguna de aquí se baila un tango tal como ella. En lo que hace cantar, mesmamente es una calandria. Ahora, que pa oírla y pa verla sa menester subirse al «camarote grande», al de arriba; allí hay que beber de lo caro y dar al tocaor tres duros y no reparar en propinas. Eso sí, que, en allegando

que allega uno al café, pué pedir, pa servirle en el «camarote», la que sea más de su gusto; y sube, y al servicio de quien la pidió está, diquiá el que la pidió acabe de echar vino y de gastar parné.

— Pues vamos — interrumpió el *Hampón* — al «camarote grande» — pa que nos llenen la mesa de N. P. U., y nos toque el que sea, y nos sirva esa *Cañas* de tus elogios, y nos cante y nos baile y haga cuanto nos sea menester. Esta noche es mi chaquetón la oficina de pagos. Conque ¡arza!, vamos a rematar la juerga tal que si fuéramos señorones. Se m'ha calentao el gaznate y ya no paro de beber hasta que me tumbe el vino ande sea. La *Cañas* ¿vive mu lejos del café?

— A la verita — respondió uno de los dos cortadores.

Riendo y haciendo eses, entraron en *La Buena Sombra* los mineros.

A los cortadores ya se les conocía en la casa. El *Hampón* era desconocido para las camareras, para el amo y para la mayor parte de los tertulios. Sólo algunos mineros le saludaron al entrar. En tanto que él y sus acompañantes se acercaban al mostrador, hicieron los otros comentarios a propósito de aquel salvaje de la mina, de aquel topo que vivía bajo tierra quincenas y quincenas, de aquel incansable bestiazo que de sol a sol, durante horas y horas de faena, dejaba sangre y músculos en su

pelea con el plomo, para, al término de la quincena, en una sola noche, gastarse con hembras y tasqueros los jornales tan costosamente ganados.

Respetuosos y amigables eran los comentarios; el *Hampón*, no obstante su hurañez, era buen compañero; en un hundimiento ocurrido pocos días atrás lo había demostrado. Esto explicaba la afectuosidad de los comentadores. Lo respetaron al saber que en dos ocasiones, y contestando a retos que su actitud no provocara, había demostrado tener recios los puños y firme el corazón.

El dueño de *La Buena Sombra,* al oír la petición del «camarote grande» hecha por un sujeto desconocido, todo andrajos y tizne, sonrió enigmáticamente e hizo un ademán de hombros como si quisiera decir: «Bueno está para broma; pero no me hagan perder tiempo, que es hora de trajín, y mis camareras aguardan que les despache sus servicios.»

— Mire, amigo — dijo el *Hampón* deteniendo al industrial, que hacía ademán de alejarse —. Ni tó el borracho sueña, ni es prudente juzgar por la sotana al cura. Yo pido el «camarote» porque pueo pagarlo, pagarlo y llenar la mesa de botellas y de blancas el piso. Oiga el son — añadió sacudiendo la vieja chaqueta de pana —. ¡Pa mí que no suena a hojalata! Y pa usté dos noticias: que estas manos no se agarran mucho al dinero y que este gaznate está hecho a medir vinos de toas las calañas. Con-

que mande que dispongan el «camarote», y no olvíe, puesto que en tierra minera tié el tráfico, que los mineros son talmente como el mineral que cortan con sus picos: escoria y plata, tó junto.

A un gesto afirmativo de los cortadores, repuso el cafetero:

— Buen amigo, perdone. ¿Quién no se equivoca en el mundo? El «camarote» siempre está pronto pa los parroquianos que le honran. *Manitas,* anda con la sonanta arriba. ¿Qué camarera les hace a ustedes el avío?

— La *Cañas.*

— ¿Sí?

— Sí.

— Tras ustedes sube, señores.

— Que se suba dos botellas de N. P. U. pa darnos tiempo de pensar en lo que vamos a beber.

Subió la *Cañas*, por obligación del servicio, y subieron tras ella, a la husma de manjares y de propinas, camareras y cantatrices. Rasgueó su guitarra el *Manitas,* cantó a media voz una taranta el cortador más joven, y mientras se hacía el pedido de la cena y se remudaban las botellas vacías, dijo el *Hampón* golpeando con su mano recia y nervuda las manos ensortijadas de la Irene:

— Me han dicho a mí que usté se canta pa dar alegría a un difunto, y, velay, por eso de que alegra usté a los difuntos la quisiera yo oír.

— Hijo, mi obligación en esta casa no es cantar.

— Ya lo sé. Es un favor el que la pido. Por enjuagatorios no lo deje. Si quié aclararse con Champán la garganta, pídalo con toa la boca.

La *Cañas* miró a hito a hito a aquel mocetón desastrado que tan rumbosa y cortésmente le solicitaba una copla, y en ley de verdad, vale decir que no malamente le impresionaron la figura atlética del minero, sus bravos ojos verdemar, sus negros cabellos y los blancos dientes que la sonrisa, compañera de la solicitud, ponía al descubierto.

Casi interés llegó a inspirarle cuando los cortadores refirieron las proezas mineras del *Hampón,* su vivir solitario en la galería abandonada, su ningún trato con la gente durante la quincena, sus despilfarros en la noche del cobro, el misterio y la hosquedad con que amortajaba su persona.

— Pero, vaya — exclamó en uno de los intermedios la *Cañas* —, que su apaño no le faltará al hombre.

— ¿Apaño? — murmuró el *Hampón.*

— Mujer fija, he querido decir.

— ¡Fija!...

— Siempre se tié voluntá por alguna.

El *Hampón* puso los ojos en la copa y, abarcándola con la mano, la subió hasta sus labios; los dedos temblaban encima del cristal, los párpados se guiñaban sobre las pupilas ocultándolas. Al dejar la

copa en la mesa, la mano quedó inmóvil; las pupilas verdes se fijaron con indiferencia en la *Cañas.*

— A ninguna prefiero. ¿Pa qué? A ellas y a mí nos conviene más juntarnos por horas. Así no hay lugar al cansancio, ni necesidá de engañarse. ¡Llena las copas, criatura, que andas retrasá y va a quejarse el del mostraor! ¡Lo que hace la ropa! ¡Casi casi nos da una limosna el chavó!... Anda, niña, anda, súbete más Champán, y en cuanto que lo subas prepárate a bailar un tanguito. No te pesará manque esta noche nos dediques a los tiznaos tó el repertorio que pa el señorío te guardas.

— Pues, ea, a escape vuelvo, y así que suba bailo el tango; lo bailaré poniéndome encima del moño ese sombrero que te traes; talmente paece un sarnacho de los de secar higos.

Ya punteaba el *Manitas* el tango y daba la *Cañas* vueltas entre sus dedos al sombrerote del *Hampón* cuando entró en el «camarote» la Antonia, y le dijo a su compañera.

— Román, que está abajo y que tié gusto en que le sirvas una de las medallas.

— Si queréis esperarme... — dijo la *Cañas*, dirigiéndose a los tres hombres.

— ¿Es preciso que bajes? — le preguntó el *Hampón.*

— Como preciso... Ahora, que se trata de un parroquiano...

— Al tomar y pagar este cuarto, ¿no te tomé y no pagué también al cafetero pa que tú nos sirvieras en tan y mientras que estuviésemos haciendo gasto aquí?

— Natural.

— ¡Entonces!..., si es de tu gusto, baja; pero, si es que bajas, no vuelvas. Si no es de tu gusto, quédate y que sirva otra al parroquiano; por una noche no se va a morir ese señor.

— Ya lo has oído, Antonia. Le dices que estoy de servicio y que no puedo complacerle.

— En tal caso—exclamó el *Hampón*—sigue con el tango, *Manitas,* y tú no me enciendas la sangre con ese par de aceitunas que Dios te ha dao por ojos, y báilate el tango y, ¡vaya por ti!, y mal fin tenga el que nos quiera mal.

Puesto en la cabeza el deshechurado sombrero, comenzó su baile la *Cañas.* Al comienzo lo hubo de interrumpir porque Antonia entró nuevamente y cuchicheó con acento medroso:

— Dice que si no bajas a servirle tendrá que subir a tomarse una copa. Viene un poco...

— Que suba — repuso el *Hampón* con voz tranquila —. Ésta ya no baja. Dile a ese señor que yo obsequio de buena manera a tó el mundo, y que esta copa está aguardando quien la apure.

Al abrir la puerta Román y reconocer al *Hampón,* cambió en amistosa la actitud desafiadora de

su gesto. Conocía a Jorge, había apurado con él más de un vaso y sabía a qué extremos era capaz de llegar el *Hampón* si alguien le buscaba quimera.

— De saber—murmuró—que eran amigos como tú a quienes servía esta moza, o no hubiera mandao el recao, o hubiera subido antes pa convidar y aceptar un convite.

— Ahí te va la copa — contestó Jorge, llenando una de Champán hasta el borde—. En lo que toca a esta chiquilla, no es que me importe, en el sentío de que tenga pretensiones por ella; pero, vamos, ya que escomenzó a servirnos, que siga. Como el recao venía así de un mó..., pues si bajase ahora podrían suponer en ti lo que no hay, gana de humillar a tres hombres; en nosotros lo que no hay tampoco, mieo a un hombre. De manera que con tu permiso, y respetándote como tú te mereces, que siga sirviéndonos la *Cañas.* ¿No te paece que es justo? ¿No harías talmente que yo mismo si te encontrases en mi puesto?

— A la salud de tós—dijo Pepillo, sin contestar directamente a la pregunta y apurando de un trago el vaso. No es cuestión de que hombres buenos anden a la greña por quien no lo merece.

— A más — interrumpió la *Cañas*—, que tú no tiés dengún derecho sobre mí.

— Porque no lo tengo, no lo uso.

— Más vale que ná haiga entre ustés, pa que no

haiga disgusto. Siéntate si quiés ver cómo se baila un tango.

— Gracias; tengo en el café tres o cuatro amigos, y no es cosa de hacerles esperar. Divertirse.

Román volvió la espalda e hizo, al ganar la puerta, un gesto rencoroso.

A punto del alba, cuando el *Manitas,* luego de enfundar su instrumento, dejó el «camarote» y los dos cortadores, haciendo cabezal de sus brazos, roncaban su embriaguez, el *Hampón,* apoyando un codo en la mesa y la barba en el puño, dijo a la *Cañas,* sacando del chaquetón un billete de veinte duros:

— Está lejos la mina y mis pies no se tién firmes. Si quiés hospedarme esta noche, ahí te va por la caminata que me ahorras. ¿Hace?

— Hace.

Al quitarse la chaqueta el *Hampón* se abrieron los botones de su camisa y quedó al aire el medallón de su cuello pendiente.

La *Cañas,* por un impulso de curiosidad, extendió las manos hacia aquel objeto brillante.

— Quieta, niña — dijo el *Hampón* —. Esto no se toca. Es sagrao.

VII

Desde aquella noche y por caminos de curiosidad, fué a la *Cañas* el enamoramiento. ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué llegó a la mina? ¿Por qué ocultaba en el más profundo misterio su existencia anterior? ¿A qué vivía al presente, lejos de todo trato, haciendo alcoba de una galería abandonada? ¿Por qué la primer noche la dijo y le demostró después con su conducta que las mujeres sólo eran para él un remate del vino, que nunca, nunca, pondría en la posesión de una hembra el interés de su alma?

Lo último tenía que verse. Se le metió a la *Cañas* en el caletre ser algo más que el remate del vino para el desdeñoso minero, y, o poco valía, o salía avante con la suya. ¡Faltaba que a ella, a ella, por quien se pirraban los parroquianos de *La Buena Sombra* y todos los galanes que con ella entraban en diálogo una vez, la tomara y dejara a su gusto un haraposo, con más pelos que una zalea y más churretes de polvillo mineral en la cara que una vagoneta en su fondo!

Claro que, aun así y todo, cuando en los días de

cobranza pasaba el *Hampón* por casa del barbero, dejando que éste le cortara las greñas y que agua y jabón libraran de suciedades a su piel, era todo un buen mozo con sus ojos verdes y sus rizos del color de las moras. Como dos corales relucían sus labios entre las negruras del bigote y la barba; sus dientes, como cuadradillos de nieve al sonreír la boca. ¡Y no se diga si el *Hampón,* enderezando el cuerpo y tirando contra el respaldo de un diván su chaqueta, se ponía en pie y gallardeaba su herculiana figura, sus anchos hombros, su pecho en curva dibujado, su esbelta cintura prisionera en la faja y sus piernas duras, potentes, que hacían restallar la pana del ajustado pantalón! Arrogante era la figura de Jorge, si, para contestar un reto, se adelantaba hacia el contrario; seductora si, con rendimiento varonil, se inclinaba hacia las mujeres en demanda de una caricia.

Esto no había que negarlo, pero tampoco era para despreciada ella, para tomada como función de títeres, donde se paga y, al salir, si te vi no me acuerdo. La mano derecha se dejaba cortar la *Cañas* si a poco andar no estaba el *Hampón* perdidito por su persona, y si no estaba su persona al tanto de la vida y milagros de aquel murciélago revoloteador de pozos. Su esclavo sería; así como así, otros de más valer y con más «postines» lo fueron.

Mientras llegaba la hora de la esclavitud del

Hampón, era la *Cañas* quien por él se iba esclavizando; ella quien, el día correspondiente al cobro de quincena, se emperejilaba como para una boda y se pasaba las horas muertas enfrente del espejo; ella quien desfloraba los tiestos para adornarse el moño y contaba, minuto a minuto, los que faltaban para ir al turno del café, y ceñirse el delantal de picos, y lustrar cucharillas y tazas y dar comienzo a su faena.

Distraídamente servía su turno, descuidando la conversación con la parroquia, contestando a medias palabras los requiebros y hasta desdeñando invitaciones, con grave disgusto del amo del café.

Al sonar las doce iba y venía inquieta, dirigiendo al reloj nerviosas ojeadas, sacudiendo con el pie las maderas del piso, restregándose fuertemente las manos sin temor al daño que le causaban las sortijas.

Al entrar el *Hampón,* que siempre venía a medios pelos, un gran suspiro dilataba el pecho de la *Cañas,* palidecía unas miajas su cutis bajo el colorete, sus ojos relampagueaban; con la boca hecha sonrisa llegaba a la mesa del aguardado parroquiano y, lleno el acento de temblor, le preguntaba: «¿Qué va a ser?»

Poco importaban a la *Cañas* desde aquel momento *La Buena Sombra* y la parroquia y el propio amo.

Sentada junto a Jorge, sirviéndole una y otra botella, dejaba transcurrir las horas; ¡ya vendría la de irse con él, la de tenerle en su cuartito, la de apurar, solo, al lado de ella, el vaso de Cazalla con que el minero ponía prólogo al deleite.

¿Que la murmuraban? ¿Y qué? Ella hacía su gusto. El que no estuviese conforme, que buscase otra camarera y otra mesa; de más las había. ¿Que ya no eran tan abundantes los regalos y los convites? Paciencia. Sarna a gusto no pica. ¿Que Román se hacía el desdeñoso desde la noche en que se negara a servirle, y aun la amenazaba a la encubierta, anunciando un desquite próximo? Allá él con sus acciones. No era Jorge de los que hincan ante el matón. Tampoco ella era de las cobardes. Si el Román llegaba a las malas, ya vería quién envidaba el resto.

Y la *Cañas* pensaba en el *Hampón* cada vez con mayor cariño.

Vivir juntos, ser el uno del otro sin reservas y egoísmos, era en los días aquéllos toda su ambición. En la camarera-cupletista, mujer pronta a servir a todos si la paga corría tan abundante como el deseo, aquello era una sensación nueva; algo que nacía imponiéndose, venciéndola, sin que fuese arbitrio de su voluntad evitarlo: deseos de regeneración, anhelos de una vida nueva que ni de referencia conociera.

¿Lograría sus intentos? No era fácil tarea la de hallar una cabal respuesta. ¿Qué sabía ella de afectos? Entregada desde rapaza a quien diera buen precio por su carne, la era, más que difícil, imposible medir el alcance, con llaneza o dificultad, de su propósito.

VIII

El *Hampón* casi nunca entraba solo en *La Buena Sombra.* Como desde el anochecer emprendía su ronda tabernaria y su derrame de pesetas, le daban pronto escolta tres o cuatro gorrones al humo de los cigarros y las copas. Cuando, ya tarde, llegaban al café, hacíanlo borrachos; siquiera sea de advertir que el *Hampón,* bebiendo más que todos, no daba a notar su embriaguez ni en la vacilación del cuerpo ni en los desconciertos del juicio.

Una noche, y por excepción, entró solo y tambaleándose.

Era muy tarde ya; el café casi estaba desierto; las camareras arreglaban sus cuentas con el amo junto al mostrador. La *Cañas* no había ido aún a arreglar las suyas. Sentada en el diván, frente a una mesa de su turno, tenía puestos en el reloj los ojos endrinos; sobre el cristal de aquellos ojos se cuajaban dos lágrimas.

Al sonar la puerta, las miradas de Irene se encaminaron a ella. Por ella entró el *Hampón,* y las lágrimas de la *Cañas,* entre los párpados sujetas, rodaron a lo largo de los carrillos, para morir en los

pliegues de una sonrisa. Se abrió esta sonrisa sobre los dientes piñoneros y, hecha frunce de beso, fué en busca del *Hampón*.

No entró tal que otras veces, bromeando con sus amigos, sonando su plata en los bolsillos, pidiendo a voces, apenas sentado, «una» de Jerez o Montilla.

Sombrío entró, con el entrecejo fruncido, los labios contraídos hacia los extremos de la boca, el paso vacilante y las manos cerradas en puño sobre los pliegues de la faja.

Se dejó caer contra el asiento, y al preguntarle la *Cañas*: «¿Qué va a ser?», respondió con voz sorda:

— Aguardiente.

— ¿Aguardiente?... No bebas aguardiente.

— Tú tráelo y no te metas en consejos.

— Pero escúchame, Jorge — murmuró Irene, luego de sentarse junto al *Hampón*, que, puesto de codos en la mesa, apoyada en los puños la barba, contemplaba fijamente los reflejos producidos por la eléctrica luz en los cristales de la copa —, escúchame y no pongas esa cara de entierro. ¿Por qué bebes y bebes? ¿Por qué llevas esa vida tan mala?

— ¿Por qué?... Porque la llevo. Cuando la llevo será de mi gusto — repuso el *Hampón*, vaciando y volviendo a llenar su copa.

— ¿De tu gusto? ¿No comprendes que siguiendo así vas a matarte?

—¡Matarme!... Hay mucha vía por delante en este cuerpo, hermosa.

—¿No te sería mejor proceder de otro modo? —interrumpió la camarera, deteniendo con su mano ensortijada la botella que empuñaba el *Hampón* para llenar por tercera vez su copa—. ¿A qué viene trabajar días y días talmente que una bestia en ese pozo condenao? ¿A qué hacer vivienda de una galería abandonada? ¿A qué tirar en una noche el dinero de la quincena, atiborrándote de alcohol y llenando la andorga al hato de chupones y chuponas que están siempre contigo?

—A eso; a que pa mí esa vía es la vía mejor de toas.

—¡La mejor! ¡La mejor!... No mientas. Mira, Jorge: sin cariño no hay quien viva bien en este recocío mundo; por mí propia lo sé—añadió enjugando el llanto que nuevamente brotaba de sus ojos—. Eres joven, sabes trabajar; en tu casa el pan no faltaría nunca. A la vera de una mujer, de una que te quisiera bien, que fuese algo más pa tu presona que el remate del vino, podrías pasártelo en paz, como los otros...

—¡Los otros!... ¡Los otros!... ¡Una mujer que me quisiera!... Acaso tú, ¿verdá?... Quita esas manos y déjame llenar la copa, y escucha una historia. Es la de un amigo, ¿sabes tú?, un amigo que era como mi hermano; otro yo, ¿comprendes? A su salú. Bebe

tú tamién. El probe fué mu infeliz, y bien merece que le dediquemos un trago.

El minero hundió entre sus manos el rostro; veíanse por entre los dedos relucir los ojos verdemar; el remate de aquellos dedos, hundidos en la cabellera profusa, agitaba sus ondas. Irene, acodada también en la mesa, también temblorosa de manos, aguardaba la historia.

— Fué allá—dijo el *Hampón*—, ¡allá!... ¿Qué importa ande fué? En una ciudá más grande o más pequeña que ésta; no recuerdo ahora. Lo cierto es que había hombres y mujeres en la ciudá... Llena, llena la copa, que el cuento es de los que atragantan.

— En esa ciudá de mujeres y de hombres — siguió el *Hampón,* apurando el aguardiente a sorbos — había un hombre muy bueno, más bueno que el filón de la plata. ¡Ya ves tú si sería bueno! Aquel hombre se tropezó en la calle con una mujer, una jornalera como él; se enamoraron y se fueron a vivir juntos a una casa honrá, de esas donde, como antes decías tú, se vive tan ricamente y tan en paz.

— ¡Jorge!

— Aguarda. Mi amigo, porque era mi amigo el de la historia, ganaba un jornal de primera; de suerte que no quiso que trabajara su mujer. La dejaba sola en casita, cuidando de su hijo, porque

tuvieron un hijo como un sol, aviando los trastos, arreglando la cena, lo de la casa, vaya, pero ningún trabajo más. El hombre, sí, el hombre trabajaba como un negro, a destajo, y era duro el trajín en aquella fragua; sólo que al herrero se le daba esto poco. Él sólo quería una cosa: ganar mucho, pa que su hijo y la madre de su hijo vivieran talmente que unos príncipes... Lléname tú la copa; el aguardiente me pone muy temblón el pulso, y sería lástima derramar una cosa tan buena. Pues sí, el herrero trabajaba sin asustarse de fatigas y el jornal entero iba a los suyos; ni jugaba un céntimo, ni bebía una copa, ni era capaz de poner ojos en otra mujer que la suya. Una tarde...

— ¿Qué? — preguntó la *Cañas.*

— Una tarde — balbució roncamente el minero, cerrando los párpados y hundiendo en su cabellera las uñas —, una tarde — porque ello fué preciso o porque así estaba en la suerte, ¡vaya usted a averiguar! — dejó el herrero su taller y llegó a su casa, de la que tenía una llave; la había forjado él mesmamente, pa que su mujer no se tomara la molestia de abrirle. Lo vió desde el pasillo. El muñeco estaba encima del sofá, tirao como un guiñapo; dentro, en la alcoba, acariciándose, su mujer y otro hombre, ¡otro!... Claro que fué de segundos la cosa; dos gritos, dos cuerpos medio desnudos rodando muertos por la estera, y el mataor en pie, mirando con los

ojos fijos, muy fijos, la hoja del cuchillo, que goteaba sangre. El mamón dormía, sonriendo a un rayito de sol que jugueteaba en su boca.

— ¡Pobre Jorge!...

— Pobre amigo de Jorge, querrás decir, *Cañas*. Fué a presidio el hombre. No estaba casao, ¿sabes?; por eso fué a presidio. Por muchos años fué.

— ¿Y el niño?

— Pues murió. Muerta la madre, el padre preso... ¡En los hospicios mueren a puñaos los muchachos.

El *Hampón* ocultó su cara entre los puños. Bajo su cara descansaba la copa. Poco a poco, fué tomando matices de ópalo el aguardiente.

— Jorge, levanta esa cabeza; anda, vamos; vámonos juntos.

— ¡Juntos! Pero, ¿estás llorando, *Cañitas?* ¡Pobre amigo!, ¿verdad? De su historia aprendí a no tomar sino como las tomo a las mujeres de este mundo.

— Algunas hay buenas.

— ¡Tú, quizá!... Anda, anda, llena otra copa, niña.

— No.

— Sí, mujer; sí.

— No; más bebía, no. Vamos...

— ¿Dónde?

— A mi casa.

—¿A tu casa?... Esta noche no. Cuando cuento la historia tengo el vino malo. Pué que te diera un disgusto gordo. ¡Solo! ¡solo!—añadió, apartando a la camarera—. ¡Solo! Esta noche solo a la galería, donde no estorba nadie.

En la galería entró tambaleándose, sin encender luz, ensudariado por las tinieblas, que cayeron en anchos pliegues húmedos sobre la estera donde sollozaba el *Hampón*.

IX

El primer día de feria ganó Román una crecida suma. Llamado al casino para un asunto del máximo cacique, tomó café con él en la sala de juego; recibió órdenes, y cuando, ya sombrero en mano, se despedía del ricacho e influyente señor, éste hubo de decirle:

—Está prohibido a los no socios apuntar una carta; pero en los ojos te relumbra el deseo de probar fortuna. Si quieres, y por una vez, puedes hacerlo, con permiso de estos señores. Yo lo pido en tu nombre. ¿Hay dificultad, caballeros?

Nadie contestó, y fué el silencio muestra precisa de que, si no aplaudían, toleraban aquel capricho del cacique. No era cuestión de ponerse a malas con él por cosas de tan poca importancia.

Román jugaba de prisa el dinero y, si el azar venía en su ayuda, a pocos lances realizaba una buena ganancia. Esto le ocurrió en el casino: cinco o seis cartas acertadas le bastaron para alzarse con unos miles de pesetas.

Era de justicia mojar aquel dinero. El *Zurdo,* cuando en su partida menguaron «los puntos» y la

media noche sonó, dió por seguro que no vendría gente de refresco en gran número y menos con sumas de cuantía a arriesgar; dejó a cargo de su *alter ego* la vigilancia del salón y fuése con varios amigos a *Los Montañeses,* colmado famoso donde había, a toda hora, seguridad de tener excelentes manjares. De vinos no se diga, porque las mejores marcas presidían los estantes de roble o tomaban fuerza y aroma en botas de muy respetable vejez.

Fué abundante la cena, y las libaciones copiosas. A los postres se descorchó el Champagne; al cosquilleo de su espuma se desataron intenciones y lenguas, no faltando quien hablase a Román de la *Cañas* y del desvío que por Román mostraba, de algún tiempo a entonces, la que antes le servía en esclava y estaba pronta a todos sus deseos, mandatos y caprichos.

— ¡Dejadla!—respondió Román—. ¿A qué mentar esa escoria aquí? No es prenda de mérito; si lo fuese, hubiera puesto los medios pa que no tendiese las alas hacia otro palomar.

— Hacia el palomar del *Hampón* echó el vuelo, y de allí no hay fuerza que la arranque.

— ¡No me dieran más trabajo! — exclamó Román—. Vaya—siguió diciendo—, ¿queréis que os lo pruebe? Así como así, aun tengo cuentas a arreglar con ella y con ese haraposo. Precisamente día es hoy de quincena; quizá el *Hampón* vaya por el

café. Aquella noche, porque la *Cañas* estaba en su obligación y porque la *Cañas* no se me importa el canto de una perra chica, no armé la de Dios en el «camarote de arriba». Ea, caballeros, ahí va un cigarro y a tomar café aquí — el de *La Buena Sombra* está colao por borras—; tomaremos con el café una copa de «Tres Estrellas»; luego a las camareras, y ya verán cómo esta noche torna la moza a su redil sin necesidad de echarle los perros.

Rebosaba en gente el café. Las mesas del turno de la *Cañas* no ofrecían lugar vacío; en una de ellas, y platicando con Irene, estaban el *Hampón* y tres o cuatro cortadores. Preciso les fué a Román y a sus acompañantes tomar asiento en un velador próximo a la mesa de los mineros.

— Ni siquiera te ha hecho así con la mano—dijo a Román uno de sus amigos.

— Ya hará, ya hará — respondió el jugador —. ¡Amo!

— ¿Qué se ofrece? — preguntó desde el mostrador el amo del café.

— ¿Está el «camarote» disponible?

— Pa usté, siempre, Román.

— Gracias. Pues que nos suban allá arriba una caja de vino y que desenfunde la sonanta el *Manitas*. ¡Ah! Quiero que nos sirva la *Cañas*.

— Como lo mande usté.

— ¿Has oído, prenda?—dijo Román encarándo-

se con Irene —. Y esta noche no pués negarte, ni pué nadie impedirlo, porque esta noche, como aquella de marras, has de cumplir tu obligación.

— Anda — murmuró el *Hampón* por lo bajo —. Otra noche será conmigo; esta noche con él.

— Ni ésta ni ninguna. Viene con mala entraña y no se le cuajará el gusto.

— ¿Has oído? — volvió a decir Román.

— Sí, señor. Pero el caso es que no voy a ser yo quien le sirva.

— Obligación tuya es.

— Mientras lleve el delantal puesto — contestó fieramente la *Cañas* —; sólo que mira, Román, ya está quitao, y no soy más que una parroquiana, y los parroquianos no sirven al público. Alternan con quien les parece, y en paz.

— Eso sí que no te lo aguanto — exclamó Román sordamente —. Eso, mala persona, es hacerme de menos en presencia del público y, tal acción, ni a ti ni a nadie.

Alzándose de la silla, el *Zurdo* enderezó hacia donde estaba la *Cañas*.

— Mire lo que hace — habló el *Hampón* medio incorporándose en el diván —; antes, bien; la mujer era una camarera; ahora es una mujer y tié más gusto de estar con nosotros que de ir con usté allá arriba, y sa menester respetarla en su gusto.

— ¡Respetarla! Ni a ella ni a ti.

Y Román, cogiendo a la *Cañas* por un brazo, la sacó bruscamente del diván y la hizo ir rodando a cuatro pasos de distancia.

No tuvo tiempo para más; de un salto el *Hampón* cayó sobre el *Zurdo,* le sujetó por las solapas de la americana, le agarró con la mano libre por la pretina del campanudo pantalón, y alzándole en el aire lo dejó caer con golpe sordo contra el piso.

El caído trató de incorporarse, esgrimiendo un cuchillo; la faca relumbró en la diestra de Jorge; pero la gente se interpuso y los amigos de Román sacaron a empujones al aporreado del café, mientras los cortadores llevaban al *Hampón* hacia el cuarto de arriba.

— Nos veremos — barboteó con rabia Román.

— Cuando quieras. Ya sabes dónde vivo — repuso con feroz sonrisa el minero —. Y que yendo a mi casa en mi busca no hay cuidiao, como aquí, de que puea estorbar la gente.

X

— Un capricho es — decía dos horas después al *Hampón* la *Cañas* en el «camarote», donde habían quedado solos.

— ¿Un capricho? ¿Cuál?

— ¿Dices que esta noche tampoco quieres ir a casa?

— Son ya muchas noches y no soy yo hombre pa entrar muchas noches en alcobas ande otros hombres puén dormir también.

— Conformes; no entres más en mi alcoba; pero déjame ir a la tuya. Permíteme dormir una noche en la galería abandoná, encima del cacho de estera ande, según dices, duermes tan ricamente.

— Sí que eres rara, criatura.

— No es que soy rara; es que te vas, Jorge, y es que no pueo estar sin ti. Déjame ir siquiera por esta noche, déjame.

— ¡Vaya! No te aflijas; vendrás, ya que tan gran empeño tiés. Sólo por esta noche, ¿estamos? No te arregostes, porque sería inútil.

— Sólo por esta noche.

*
* *

Rodeándole con un brazo el cuerpo, caída la cabeza sobre el hombro de Jorge, va Irene; sus ojos miran al cielo.

Ninguno habla. Ella camina como en éxtasis; él, contemplando el contorno desigual de la mina.

A una gran llamarada que brota de la chimenea central, cree entrever la *Cañas* sombras moviéndose tras una tapia.

— Serán árboles — exclama en voz alta.

— ¿Qué? — pregunta Jorge.

Dos fogonazos iluminan la obscuridad, y el *Hampón,* llevándose la mano al pecho, vacila y exclama con acento de ira:

— ¡El asesino! ¡Me ha matao!

Hace un esfuerzo para sostenerse en pie, y cae.

— ¡No grites!... ¡No llames! — murmura oprimiendo con sus manos las de la joven —. Cuando no hay remedio, está tó demás.

— ¡Jorge!...

— Miá tú, quizás que hayan hecho un favor matándome. Te iba tomando ley y... Ya di muerte a una mujer que me engañó. Fuera desdicha que, andando los tiempos, también te hubiera tenío que matar.

— ¡Jorge!...

— No te muevas. Mete la mano aquí, cerca de esta hería que mana sangre. ¿Tientas? Es el medallón. Tráelo. Ábrelo apretando el resorte. Yo no

pueo moverme. Es un niño, el retrato de un niño... Aquel niño, ¿sabes?... Pónmelo delante de los ojos.

Fijas quedaron las grandes pupilas verdemar en la cabecita infantil que recortaba el medallón. Poco a poco cuajaron sobre las pupilas dos lágrimas.

Fueron las últimas lágrimas de una vida; temblando quedaron en los párpados.

La *Cañas,* cerrando con sus labios los ojos del *Hampón,* bebió aquellas dos lágrimas.

ÍNDICE

OBRAS DE JOAQUÍN DICENTA

TEATRO

DRAMAS Y COMEDIAS

El suicidio de Werter.—Drama en tres actos, en verso.
La mejor ley. — Drama en tres actos, en verso.
Los irresponsables.—Drama en tres actos, en verso.
Luciano. — Drama en tres actos, en prosa.
Honra y vida. — Drama en un acto, en verso.
Juan José. — Drama en tres actos, en prosa.
El señor feudal. — Drama en tres actos, en prosa.
El crimen de ayer. — Drama en tres actos, en prosa.
Daniel. — Drama en tres actos, en prosa.
La confesión. — Drama en un acto, en prosa.
Sobrevivirse. — Drama en tres actos y un prólogo, en prosa.
El Lobo. — Drama en tres actos, en prosa.
Ramón Lull. — Drama en tres actos, en verso. (Póstuma.)
La promesa. — Drama lírico en tres actos, en verso. (Póstuma.)
La conversión de Mañara.— Comedia en tres actos, en verso.
Aurora. — Comedia en tres actos, en prosa.
Amor de artistas. —Comedia en cuatro actos, en prosa.
Lorenza. — Comedia en tres actos, en prosa.
¡Pa mí que nieva! — Comedia en un acto, en prosa.
Los majos de plànte. —Sainete en un acto, en verso (1).
De tren a tren.—Juguete cómico en un acto, en prosa.
El tío Gervasio. — Monólogo, en prosa.
El león de bronce. — Monólogo, en prosa.
Marinera. — Monólogo, en prosa.
El Místico. — Drama en cuatro actos, traducido del catalán.

---

(1) En colaboración con Pedro de Répide.

ZARZUELAS

Curro Vargas.—Drama lírico en tres actos, en verso (1).
La Cortijera.—Drama lírico en tres actos, en verso (1).
Raimundo Lulio.—Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (2).
El Duque de Gandía.—Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (3).
Juan Francisco.—Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (4).
Entre rocas.—Drama lírico en un acto, en verso (4).
El idilio de Pedrín.—Drama lírico en tres actos y un epílogo, en verso (5).
El vals de las sombras.—Comedia lírica en un acto, en prosa (6).
Los majos de plante.—Sainete lírico en un acto, en verso (4).
Los tres maridos burlados.—Comedia lírica en un acto, en verso (7).

NOVELAS

Los bárbaros.
Encarnación.
Rebeldía.
Mi Venus.
Una letra de cambio.
El sino.
El Lobo.
Del camino.
Gañanía.
Idos y muertos (memorias de mi vida).
El idilio de Pedrín.

---

(1) En colaboración con Manuel Paso. Música del maestro Chapí.
(2) Música del maestro Villa.
(3) Música de los maestros Llanos y Chapí.
(4) Música del maestro Chapí.
(5) En colaboración con J. Dicenta (hijo). Música del maestro Gimeno Sanchiz.
(6) Música del maestro Valverde.
(3) En colaboración con Pedro de Répide. Música del maestro Lleó.

Galerna.
Las esmeraldas.
Con la bandera en alto.
El hampón.
Página rota.
Rebelión.
Infanticida.
¿Cuál de los dos?
El pasaporte amarillo.
Caballería maleante.
El Capitán Anselmo.
Paraíso perdido.
Interior. (Póstuma.)
La herencia.
Sol de invierno.
El hijo del odio.
Garcés de Marsilla.
¡Quién fuera tú! (Póstuma.)

ARTÍCULOS Y CUENTOS

Spoliarium.
Tinta negra.
De la batalla.
Crónicas.
Traperías.
Los de abajo.
De la vida que pasa.

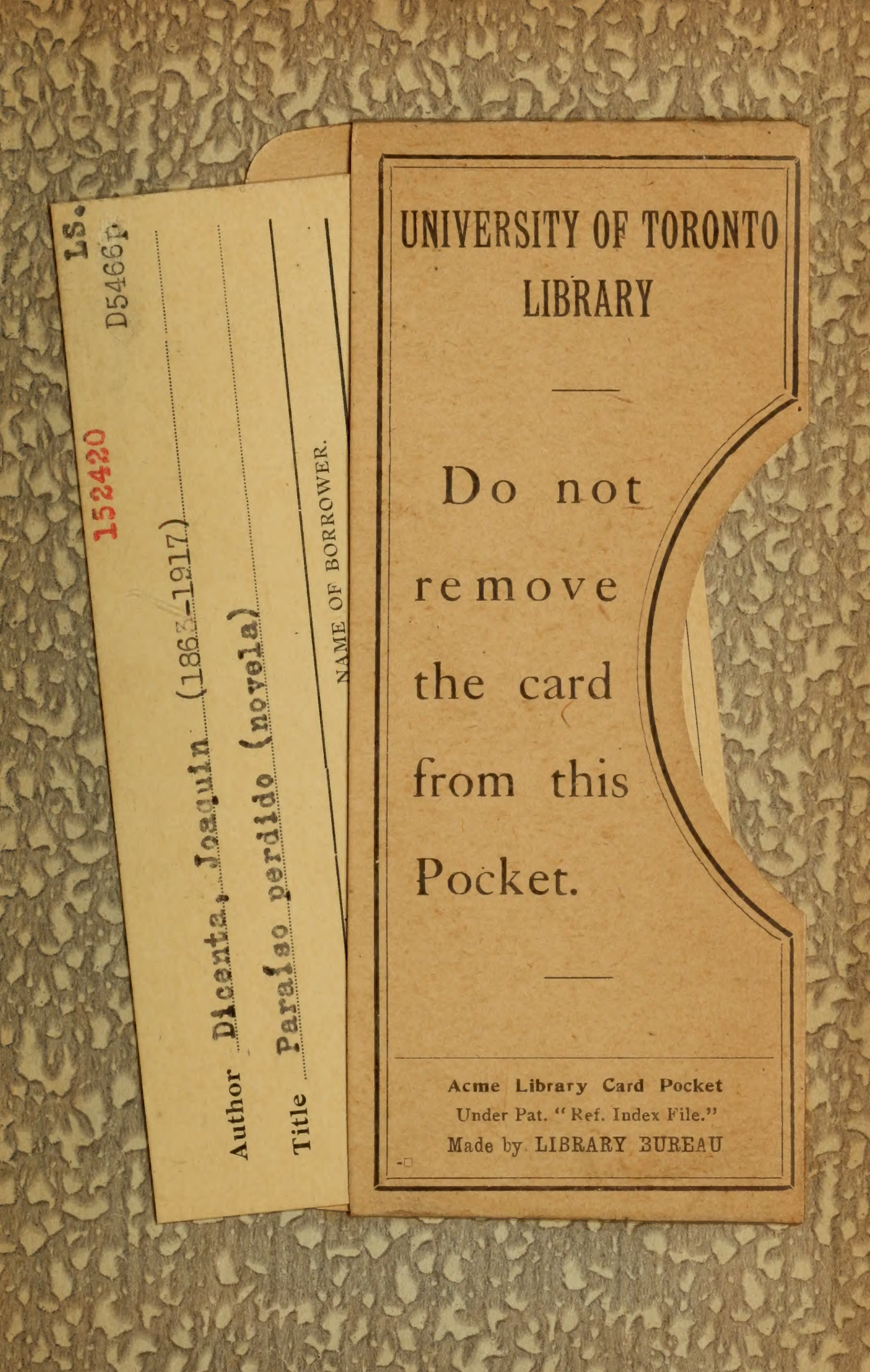
CRÓNICAS DE VIAJES

De piedra a piedra (impresiones de Piedra).
Espumas y plomo (impresiones del mar y de la mina).
Desde los rosales (impresiones montañesas).
Bajo los mirtos (impresiones asturianas).
Serranas.
Por Bretaña.
Mares de España.

POESÍAS

Del tiempo mozo. (Un volumen.)





UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
Do not remove the card from this Pocket.
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU
LS.
D5466p
152420
Author Dicenta, Joaquin (1863-1917)
Title Paraíso perdido (novela)
NAME OF BORROWER.

